
DOC SAVAGE
KENNETH ROBESON
EL OCEANO ENCANTADO
TERCERA FUNDACION
AUDACES
30

El océano encantado

Kenneth Robeson
Doc Savage/38

CAPÍTULO I

UN MUERTO EN EL UMBRAL

—¡HAY un muerto delante de su puerta!

La voz que hablaba era tranquila y a juzgar por su tono, se habría podido creer que su dueño estaba acostumbrado a encontrar cadáveres delante de las puertas. Era evidente que el hombre que hablaba no estaba muy conmovido.

Doc Savage miró de frente al individuo cuando entró y aparte un leve parpadeo, el aventurero de bronce no demostró tampoco mucha sorpresa, aunque, hasta que se lo anunció el visitante, ni Doc Savage ni sus cuatro compañeros allí presentes, sabían que en el corredor hubiera nadie, vivo o muerto.

Esto es, exceptuando al hombre que dio la noticia. El visitante pulsó el timbre y fue admitido del modo usual. Además, se le esperaba, puesto que media hora antes había telefoneado. Su visita estaba relacionada con la investigación que Doc Savage y sus cuatro amigos estaban llevando a cabo por aquellos días.

No había una sola arruga en la suave piel bronceada del rostro de Doc Savage. Mirando siempre a su visitante, habló al hombre alto y fornido, de expresión solemne, que estaba detrás de él.

—¡Renny, mira lo que ha ocurrido! —dijo tranquilamente—. ¡Da un vistazo y entra el cadáver aquí dentro!

El coronel John Renwick, conocido por el apodo de “Renny” ingeniero de reputación mundial, se encaminó a la puerta de entrada. Renny era un verdadero gigante y una expresión solemne, casi melancólica, sumamente engañosa.

Doc habló luego al otro hombrón que estaba a su lado. Este tenía el corpachón macizo y se movía torpemente, sus ojillos parpadeaban al abrigo de unas cejas muy pobladas y prominentes.

Sus largos brazos le alcanzaban a las rodillas.

—Monk —dijo Doc—. Echa una mirada a la escalera, tal vez esté indicado bajar unos pisos en ascensor y volver a subir cuidadosamente.

El teniente coronel Andrés Blodgett Mayfair, conocido por el nombre de “Monk”, químico de gran fama y amigo de Doc, gruñó su asentimiento con voz de timbre singularmente infantil.

Doc intentaba así enterarse cuanto antes de lo que significaba un muerto en el umbral de su casa. A continuación, se dirigió a su visitante.

—Su recepción ha sido más bien desagradable —dijo el hombre de bronce—. Tiene usted unos nervios excelentes, sin duda es usted el profesor Callus.

El hombre se inclinó, asintiendo.

—Soy el profesor Callus y he hablado con un amigo de la Inspección Geodésica que mencionó el hecho de que usted está buscando el origen de los disturbios submarinos reinantes…

—Hemos trabajado en esto —declaró Doc Savage—. Pero confieso que sabemos probablemente poco más o menos lo que usted, si es que llegamos a tanto. Daremos a conocer gustosamente lo que ha llegado a nuestro conocimiento.

El profesor Callus meneó la cabeza. Su cráneo se parecía singularmente a un globo brillante. Era calvo y su delgado cuello y su cuerpo huesudo.

—Ver a aquel hombre delante de su puerta me ha causado una fuerte impresión —dijo lentamente—. Tanto más cuanto que lo he reconocido.

—¡Esto es tener nervio! —dijo el hombre que estaba a su lado—. ¡Encuentra un cadáver… lo reconoce y no se conmueve en lo más mínimo!

El que hablaba era un sujeto esbelto, elegantemente vestido. Tenía la nariz puntiaguda y los ojos astutos de un analista, lo que era, en efecto. Se trataba del Brigadier General Teodoro Marley Brooks, conocido por el apodo de “Ham”, consejero legal del grupo de Doc Savage, Ham llevaba un bastón espada, cuya punta estaba untada de un producto químico, el cual, inyectado en la piel, producía la pérdida instantánea del conocimiento.

Evidentemente, el profesor Callus no oyó la reflexión de Ham.

—El muerto en un colega, si se puede decirlo así —declaró—. Es… o era… el profesor Homus Jasson, que se dedicaba también al estudio de la oceanografía. Barrunto que lo trajo aquí la misma misión que yo…

Estaban reunidos a la sazón en la gran biblioteca de Doc Savage. Esta habitación junto con otras y un laboratorio que era quizá el mejor instalado del mundo, se encontraba en el piso ochenta y seis de uno de los mayores rascacielos de la parte baja de Manhattan.

Al llegar el profesor Callus, Doc y sus compañeros estaban ocupados con gran número de instrumentos, todos destinados a indicar las condiciones atmosféricas.

Durante los últimos días, unos extraños disturbios habían sido registrados por la Inspección de la Costa y Geodésica del Gobierno. Los instrumentos más delicados sufrieron alteraciones que llegaron a ponerlos fuera de uso.

Esa inexplicable emanación parecía subir del fondo del mar y, aquella noche, Doc Savage estaba intentando localizar el disturbio y sobre todo, la posición de su centro.

Hasta entonces, el hombre de bronce no había visto sus esfuerzos coronados por el éxito. Hasta la llegada del profesor Callus, el fenómeno había sido aceptado como debido probablemente a algún disturbio natural de naturaleza submarina u volcánica… pero ahora había un muerto en el umbral de su puerta y el profesor Callus declaraba que se trataba de uno de sus colegas…

El asunto de la identificación no arrancó comentario alguno de Doc Savage.

Renny entraba, llevando en sus enormes brazos un cuerpo delgado y de escaso peso.

¡Rayos y truenos! —exclamó Renny, colocando el cadáver sobre un diván cerca de la mesa de la biblioteca—. ¡Da la impresión de haber estado ahí fuera algún tiempo ¡El cuerpo está rígido ya, Doc! ¡Y creo que hemos perdido algo no recibiendo a este hombre cuando estaba vivo!

Las manos bronceadas de Doc estaban atareadas sacando un surtido de instrumentos mortales de los bolsillos del traje ancho y usado del muerto.

—¡Repámpanos! —exclamó Ham—. ¡Me parece que era un hombre que abrigaba propósitos violentos! ¿Son bombas, Doc?

Ham señalaba dos objetos redondos y negros provistos de gatillos cronométricos.

—Son bombas —declaró tranquilamente Doc—. Y a juzgar por su forma, sospecho que contienen bastante explosivo para destrozar este piso.

—Esto es muy extraño —declaró el profesor Callus—. Siempre he conocido al profesor Jasson por ser un hombre sumamente apacible. Sin embargo, esto es una pistola automática. Y este otro instrumento ¿es acaso un arma?

Doc apartó una pistola automática cargada, de gran calibre y examinó el otro aparato. Tenía el aspecto de una pistola de agua de gran tamaño, de las que un niño podría usar. Doc la dejó a un lado.

—Si no me equivoco. Esto es una pistola para esparcir gases asfixiantes —dijo calmosamente—. ¡Ojo, Long Tom, no toques esto de momento!

El hombre de bronce había sacado una caja plana, de ébano, de uno de los bolsillos interiores del muerto. Era una caja muy grande para llevarla así y la cerraba un gancho movido por un muelle que Long Tom había estado a punto de tocar.

Long Tom, es decir, el Mayor Tomás J. Roberts, uno de los más conocidos electricistas del mundo, había estado ayudando a sus compañeros a manipular algunos de los aparatos de radio.

Doc recogió la caja plana.

—¡Creo que esto se merece una atención especial! —declaró—. ¡De toda esta colección de aparatos mortíferos, sospecho que se trata del peor!

Doc llenó un recipiente de cristal de un líquido transparente que no era otro que alcohol puro. Se arremangó, dejando al descubierto sus fuertes antebrazos en los cuales los tendones, gruesos como pequeños cables de acero, se dibujaban bajo la suave piel bronceada.

Hundiendo la caja de ébano en el alcohol, Doc hizo saltar el gancho con el pulgar. La caja se abrió y simultáneamente se oyó un silbido siniestro.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—.

¡Es una serpiente... una cobra!

La serpiente que se retorcía, tenía menos de un pie de largo pero su cabeza y su cuello se dilataron extraordinariamente.

—Se trata de la especie de cobra más venenosa que existe —declaró Doc—. Es un hamadryade, que no alcanza nunca un gran desarrollo.

El efecto del alcohol fue casi instantáneo. El peligroso hamadryade no silbó más de una vez. Se tiró sobre la mano bronceada que le había soltado, pero el gesto de Doc fue más rápido que su ataque.

El profesor Callus estaba boquiabierto. Parecía imposible que la serpiente no hubiese hundido sus colmillos en la piel bronceada.

La cobra se estiró y cayó atrás, permaneciendo inmóvil. El alcohol la había dominado.

El profesor Callus parpadeó, meneando la cabeza.

—El profesor Jasson debió ser víctima de alguna forma de locura homicida —comentó—. Pero, ¿por qué habrá venido a verle, señor Savage?

Como siempre cuando una idea importante iba naciendo en su cerebro maravilloso. Doc Savage guardó silencio. Se acercó al cadáver tendido en el diván de la biblioteca.

Los brazos del muerto estaban alargados hacia adelante, muy tiesos. Sus piernas rígidas. Su rostro era una máscara fría, exangüe… tenía los ojos abiertos, de mirar fijo.

—Debe hacer algún tiempo que está muerto, a juzgar por las apariencias —dijo Renny. El profesor Callus miraba a Doc pero no le vió mover los labios. Sin embargo, los compañeros de Doc sabían que su jefe estaba a punto de realizar un descubrimiento importante.

—Sí, el *rigor mortis* parece declarado —dijo Doc con tono mesurado—. Eso significa que el profesor Jasson lleva algunas horas muerto… y sin embargo ha muerto en el transcurso de la última hora.

—Esto en imposible —dijo el profesor Callus—. Tengo entendido que el rigor mortis no tiene lugar sino de dos a cinco horas después de la muerte.

—Este hombre ha muerto instantáneamente a consecuencia de una inyección venenosa —declaró Doc—. Y el rigor mortis le ha sido aplicado artificialmente para aparentar que hace algún tiempo que murió. No debe haber estado mucho tiempo en la puerta… quizá tan sólo unos minutos.

CAPÍTULO II

UNA MUJER VIOLENTA

MIENTRAS Doc Savage examinaba al muerto y descubría que iba equipado para acciones de violencia, el poco agraciado de Monk descubrió otra forma de violencia, pero esta vez completamente viva y bajo el aspecto de una muchacha esbelta.

En condiciones normales, la cara de la muchacha habría sido muy bonita, pero cuando la joven encontró la terrible figura de Monk en medio de la escalera, su expresión era ansiosa y desesperada. La muchacha era pelirroja.

Su cabello tenía naturalmente un color rojo brillante. Sus ojos oscuros miraban amenazadoramente. Sin duda alguna, estaba muy asustada, pero tratándose de una pelirroja, estaba decidida a luchar valerosamente.

Monk había subido la escalera con gran sigilo. Nadie había bajado recientemente por el ascensor. La llegada del profesor Callus era sin duda el único movimiento registrado en el piso ochenta y seis.

La muchacha pelirroja debió ser la primera en ver a Monk. Este sintió de pronto, en un recodo de la escalera, que el frío cañón de una automática se apoyaba sin dulzura en su cuello peludo.

—No se mueva —dijo una voz baja y vibrante—. ¡Le tengo cogido y dispararé!

Monk ignoraba por quién le tomaban; pero era evidente que la muchacha no vacilaría en disparar. El cañón de la automática se movió contra la dura piel de Monk.

—¡Rayos y centellas! —gritó con voz aniñada—. ¿De donde viene usted? ¡Debe haber matado a ese tío de arriba!

—¡Le he dicho que no se mueva —repitió la muchacha—. ¿De

manera que está enterado del crimen? ¡Estaba escapando y ha oído a Barton! ¡Barton! ¡Ven acá!

El joven llamado Barton debía encontrarse un piso o dos más abajo cuando Monk empezó a subir la escalera. Subió rápidamente hasta reunirse con la muchacha y Monk. Era un muchacho de pelo negro y cejas pobladas. Cuando vio la posición de la muchacha, palideció:

—¡Lora! —exclamó—. ¡Quién es? ¡Espera! ¡Dame la pistola!

La muchacha sacudió la cabeza con energía.

—¡Ponte detrás de mí, Barton! —dijo—. ¡Toma esto! ¡Si intenta escapar, tendrás que disparar!

Los ojillos de Monk se abrieron mucho. La pelirroja sacó otra pistola automática que metió entre las manos del muchacho.

—¡Vamos, vamos, señorita! —chilló Monk—. ¿Qué cree que está haciendo? ¿Qué es…?

—¡Cállese! —dijo secamente la muchacha—. Ahora suba esta escalera. Barton, quítale el seguro a la pistola… ¡Tal vez al señor Savage le interese ver a este golfo!…

Se oyó un chasquido metálico. Monk conocía de sobras el sonido del seguro de una automática. El arma se apoyaba a la sazón en su nuca, lo cual no resultaba mucho más tranquilizante que cuando tocaba su garganta.

Monk movió sus cortas piernas. Peldaño tras peldaño subió hacia el piso ochenta y seis. En el primer corredor en el cual desembocaron y que resultó ser el del piso ochenta y cuatro, la pelirroja dijo:

—¡Espere un momento!

La automática seguía apoyada contra su cuello. La muchacha añadió: —

—¡Barton, ponte esto en el bolsillo!

Monk vió que se trataba de una jeringuilla para dar inyecciones. Su olfato extraordinariamente desarrollado notó un olor que le hizo estremecerse.

Monk había sorprendido un olor a almendras tostadas. La jeringuilla contenía sin duda ácido hidrocyánico.

La puerta del cuartel general de Doc Savage era de metal liso sin que se viera cerradura ni pomo alguno. Podía no haber sido otra cosa que una depresión de la pared. La muchacha se paró apoyando

siempre el arma contra el cuello de Monk.

—¡Barton! —dijo—. Debe haber un timbre…

Enmudeció. La puerta se abría lentamente. En cualquier otra ocasión Monk se habría divertido la mar. El mecanismo electroscópico de la puerta funcionaba por medio de la radio.

La muchacha respiró más deprisa; pero se serenó en el acto.

—¡Entren ¡ —ordenó—. ¡Bien, Barton! Puedes guardar la pistola. Me basto para manejarle.

Doc Savage estaba en la puerta de la biblioteca. Ni sus facciones ni sus ojos expresaban sorpresa alguna, pero detrás de él se divisaban las marcadas facciones de Ham, el abogado, y Ham lanzó un grito de alegría:

—¡Buena ha ocurrido! —dijo con tono sarcástico—. ¿Dónde lo pescó, señorita?

—¡Doc! —chilló Monk—. ¿Quieres decirle a esta chica que aparte de esa pistola de mi cuello? ¡Es capaz de apretar el gatillo!

—Señorita —dijo Ham, arrastrando las palabras y con tono malicioso—. Prestaría usted un gran servicio al mundo. Siempre he dicho que alguien cogería al mono si se le permitía corretear por ahí mucho más tiempo.

—¡Maldito seas, Ham! —aulló Monk—. ¡Cierra el pico de una vez!

—¡Rayos y truenos! —Exclamó Renny—. Y Monk dice que él la ha traído aquí.

La muchacha pelirroja parecía tener un genio muy pronto. Las exclamaciones que acababa de oír la intrigaban visiblemente y también encendieron su cólera.

—¿Qué hay de extraño en esto? —preguntó—. ¿Usted es el señor Savage? —añadió dirigiéndose a Doc—. Pues bien, he encontrado a este mico en la escalera… Subí a verle y…

—¡No creas nada de lo que la pelirroja te diga! —interrumpió Monk—. La he cogido junto con ese animal descolorido cuando intentaba escapar ¡Doc! ¡Trae dos pistolas y una jeringuilla que contiene bastante veneno para matar a cien hombres! ¡La ha dado al sujeto que la acompaña!

La muchacha apartó lentamente la automática del cuello de Monk.

—Entonces ¿se trata de uno de sus hombres, señor Savage? —

dijo con tono incrédulo—. Me parece que tengo que excusarme. Me he equivocado. Había oído hablar del que se llama Monk; pero no creía que un ser humano podía ser así.

Esta declaración arrancó otro aullido de placer a Ham.

—Es el único en su género —dijo riendo—. Tiene usted sentido común, señorita, aunque el pobre no tiene la culpa...

—¡Óyeme, maldito picapleitos! —chilló Monk—. Te haré tragar estas palabras o te tendrán que sacar de aquí a pedazos.

Doc Savage no hizo el menor caso del aparente odio mortal existente entre el químico y el abogado.

—Me parece que aquí hay algún equívoco —dijo el hombre de bronce—. SIn duda, usted nos explicará su presencia... ¿qué hay de esa jeringuilla llena de veneno?

La muchacha miró alternativamente a todos los hombres que la rodeaban.

El profesor Callus la observaba con atención.

—¿Una jeringuilla llena de veneno? —dijo—. Entonces, quizá mi colega no haya estado muerto tanto tiempo como parece....

—Si se refiere usted al hombre que estaba tendido en el corredor —interrumpió la muchacha—. No sé nada de eso. Yo he venido a ver al señor Savage con mi hermano, pero al ver al hombre... al muerto... hemos pensado que quizá el momento no era oportuno para entrar. Tenemos una jeringuilla, en efecto. La he encontrado clavada en la pared de la escalera entre este piso y el de abajo.

Doc no dijo si prestaba fe o no a las palabras de la muchacha.

—¿Su visita tenía un fin determinado?

—¡Sí! ¡Oh, sí! —exclamó la muchacha—. Yo me llamo Lora Krants, señor Savage, y aquí está mi hermano Barton. Nos dijeron que usted está buscando la causa de aquel trastorno oceánico...

—Es cierto —contestó Doc Savage.

A su espalda, Ham le murmuró algo a Renny:

—¡Yo no creía que esto era un secreto del gobierno!...

—Entonces usted es hija de Cyrus Krants —dijo Doc—. Debemos a su padre muchos descubrimientos importantes. Su nueva forma de batómetro ha penetrado a unas profundidades extraordinarias del océano.

—¡Me alegro que le conozca! —replicó la muchacha—, nos ha dicho que usted está informado sobre casi todos los asuntos y tal

vez pueda darnos una información que nos ayuda.

La muchacha tenía razón. Había pocos asuntos sobre los que Doc no estuviera bien informado.

—Dígame en qué puedo ayudarla —sugirió Doc.

La muchacha habló con tono suavizado y conmovido.

—Se trata de mi padre —dijo—. Hace más de una semana que ha desaparecido. Lo último que sabemos de él fue un mensaje transmitido por radio desde su yate que se encontraba entonces cerca de Florida Keys.

—¿Sí? —dijo Doc—. Vamos a ver eso enseguida, señorita Krants. Long Tom, tú y Renny haréis bien continuando vuestra comprobación de onda corta. Si podéis determinar la latitud y longitud de aquel centro de perturbación, estoy convencido que llegaremos a algo.

Doc se dirigió entonces nuevamente a la muchacha.

—Si le permite usted a Monk, aquí presente, que examine la jeringuilla, nos enteraremos de la naturaleza del veneno que sin duda ha sido empleado para el crimen.

—Tendrá que depositar su confianza en el mico —sugirió Ham, socarronamente—. Para esas cosas en bastante útil, señorita Krants, y por eso le tenemos por aquí.

Monk le miró airado y mudo. Ahora que su cólera y su temor se habían disipado, Lora Krants resultaba sin duda alguna una muchacha muy bonita y Monk era muy susceptible a la belleza femenina.

—Es extraño lo que le ocurre a su padre —dijo el profesor Callus —. Le conozco muy bien, señorita Krants, pero nunca hasta ahora tuve el gusto de conocer a su hija o a su hijo.

—Explíquenos lo de ese mensaje por radio —sugirió Doc.

—No hay mucho que decir —declaró Lora Krants—. Hace más de una semana, recibimos un mensaje por radio. Resultó que las máquinas del barco estaban fuera de uso por un motivo que el ingeniero no lograba descubrir y otro mensaje dijo que mientras descubrían el origen del disturbio, los motores volvían repentinamente a funcionar.

—¿No ha sabido nada más del yate desde entonces? —preguntó Doc—. ¿No ha recibido otro mensaje por radio o por otro conducto?

—No, señor Savage. El barco ha desaparecido y en vano hemos

cablegrafiado a todos los puertos donde era posible que hubiese llegado.

—Supongo que no le habrá pasado nada —dijo le hombre de bronce—. ¿Cómo se enteró usted del trabajo que estamos realizando?

—Tengo un amigo empleado en Inspección de Costas y Geodésica —dijo la muchacha.

Monk surgió en el umbral de la puerta del laboratorio.

—Es hidrocyánico y en bastante cantidad —dijo—. La aguja lleva huellas de sangre humana y ha sido usada recientemente.

El trino que Doc emitió sobresaltó a la muchacha y a su hermano. Barton Krants no había tomado parte en la conversación. Sus ojos negros miraban a unos y otros como si temiera que no tratasen bien a su hermana.

Únicamente cuando miraba a Doc Savage se descubría simpatía en su expresión. En cuanto a su rostro, permanecía demasiado blanco y descolorido para ser natural.

El profesor Callus se sentía evidentemente interesado por la muchacha. Se le acercó y empezó a conversar con ella.

Long Tom se presentó en la puerta de la biblioteca.

—Doc, creo que ya le tenemos —anunció—. Lo hemos eliminado todo menos aquel punto que se oye con la onda corta. Podemos determinar aproximadamente su latitud y longitud.

CAPÍTULO III

LA COMISIÓN RAPTADA

ENTREN ustedes en el laboratorio —invitó Doc Savage—. Les interesará conocer lo que hemos descubierto.

Era sorprendente que Doc no hiciera más comentarios respecto a la muerte del profesor Jasson. Tampoco había informado a la policía. El cadáver, tapado con una manta, permanecía en la biblioteca. La señorita Krants y su hermano entraron con el profesor Callus en el laboratorio. Los ojos del profesor brillaron de interés.

—Este es un verdadero placer —dijo—. He oído hablar mucho de su instalación, señor Savage.

Doc Savage les alargó varios auriculares.

—Si quieren escuchar —dijo—, oirán ustedes lo que ha preocupado a los oficiales de la Inspección de Costas. Si el ruido fuese más pronunciado, se podría tomarle por el retumbar de algún torrente submarino, pero el sismógrafo no responde...

Oyeron un débil murmullo, rumor característico procedente del mar. Podía haberse tratado de aquel ruido especial que se obtiene acercando una concha al oído.

Los instrumentos no señalaban una alteración del tiempo en ninguna parte.

Las condiciones atmosféricas seguían normales en el mundo.

—Pero algo ha estado ocurriendo —dijo Long Tom, el mago de la electricidad—. Nuestra radio señala a intervalos un centro de perturbación.

—¡Y parece venir del fondo del océano! —explicó Doc Savage—. Es distinto de todo lo que la Inspección de Costas ha encontrado previamente y no se puede achacarlo a ninguna manifestación de la Naturaleza.

Su conversación fue interrumpida por la llamada insistente del teléfono. Doc contestó delante de los demás. Era una conferencia y la voz que hablaba era la del Presidente de los Estados Unidos:

—Es importante que usted venga a Washington enseguida para una comunicación confidencial —dijo el Presidente.

—Comprendo —contestó Doc—. ¿Qué sabe usted de la comisión?

Tras unos segundos de vacilación, el Presidente habló nuevamente:

—Esto es parte del asunto —dijo con tono grave—. La comisión no ha llegado a Caláis. El vapor Trafalgar Square no ha dado señal de vida desde hace más de doce horas. La otra parte es demasiado fantástica para ser creíble.

—Comunicaré con usted apenas llegue —contestó Doc—. Sus noticias confirman una idea que quizá sea importante.

Los pensamientos de Doc eran en realidad de la mayor importancia. Al hablar de la comisión, una convicción iba adquiriendo fuerza en el cerebro del aventurero de bronce.

El muerto caído en el umbral de su puerta señalaba algo nuevo, unas huellas humanas relacionadas con aquel extraño asunto del océano encantado.

El armamento del muerto, es decir, del profesor Jasson, era prueba indiscutible de que la labor actual de Doc Savage estorbaba a alguien. Era evidente que un hombre de ciencia, reputado por ser persona apacible, había ido al cuartel general de Doc con el fin de matar, si fuese necesario y sin duda alguna con la idea de destruir las complicadas instalaciones del hombre de bronce.

La noticia de la desaparición de una comisión, camino de Caláis, tenía suma importancia. Doc Savage se encontraba entre las pocas, muy pocas personas, que estaban enteradas de la existencia de dicha comisión a la que bien podía llamarse “comisión de guerra”.

El fin que se proponía era, en realidad, acabar con las guerras, es decir, que las naciones más importantes del mundo habían decidido firmar un tratado de sumo interés.

Se trataba de un pacto que no exigía el desarme de ninguna nación, sino el súper armamento inmediato de las seis naciones, miembros del acuerdo, contra todas las demás. Seis gobiernos habían decidido que la hora de luchar por la paz del mundo había

llegado.

En pocas palabras, proyectaban tener flotas y ejércitos tan poderosos que cualquier amenaza de guerra por parte de los demás países sería imposible.

Las seis grandes naciones habían decidido ser la policía del mundo.

Doc Savage tenía algo más que un interés general en esta comisión de guerra destinada a acabar con la guerra. William Harper Littlejohn, conocido por el apodo de “ Johnny” el arqueólogo y geólogo del grupo de Doc, era uno de los miembros de la misma.

Los seis comisionados estuvieron en Londres y se preparaban para encontrarse con los representantes de otras naciones en Washington, muy en breve. La comisión subió a bordo de vapor Trafalgar Square para cruzar el Canal de la Mancha de Dover a Caláis.

La travesía no debía durar más que unas pocas horas, pero hacía más de doce horas que no se tenían noticias por radio del Trafalgar Square. No se había recibido ningún S. O. S. dando la alarma.

El tiempo había sido bueno por tratarse de aquel canal donde las tormentas son frecuentes. Son embargo, el Trafalgar Square, uno de los buques más nuevos y seguros, había desaparecido.

Doc repasó mentalmente la lista de los miembros de la comisión.

Johnny, cuando menos de momento, representaba a los Estados Unidos. Sus compañeros eran: sir Arturo Westcott para Inglaterra; el barón Calosa, para Italia; monsieur Lamont, para Francia, herr Schumann, para Alemania, y el señor Torres, por España.

Doc Savage se volvió a sus compañeros y habló primeramente al profesor Callus y a miss Krants.

—Su interés nos honra —declaró—. Pueden ustedes permanecer aquí mientras Renny y Long Tom prosiguen sus observaciones.

Luego dio unas órdenes rápidas:

—Renny, tú y Long Tom trataréis de confirmar tan exactamente como sea posible las noticias que ya habéis obtenido. Monk y Ham me acompañarán, no estaremos ausentes más de unas horas.

Llevándose a Renny aparte, en la biblioteca, Doc añadió unas instrucciones que los demás no oyeron.

—Por ahora, no des parte a la policía del crimen —aconsejó—.

En vista de las circunstancias, es preferible acompañar a la señorita Krants a su casa. También es posible que tengas otras visitas de individuos interesados por lo que estás haciendo. Trátales cortésmente.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¡Y esto era asunto confidencial entre nosotros y la Inspección de Costas! Alguien habla que debería callar, Doc.

—Muy posible, pero lo veremos más tarde —fue lo único que el hombre de bronce le contestó.

Siguieron instrucciones de Doc; Ham y Monk estaban armados hasta los dientes cuando salieron del cuartel general, lo cual podía parecer extraño, tratándose de un rápido viaje en aeroplano a la capital de la nación.

Subieron al sedan blindado de Doc y se encaminaron rápidamente a un pequeño el almacén situado en la orilla de río Hudson, que llevaba un rótulo, diciendo:

“HIDALGO TRADING COMPANY”

El almacén se componía de una serie de tinglados que albergaban los aeroplanos más modernos y notables del mundo, dirigibles y submarinos.

En el cuartel general, Renny y Long Tom seguían manipulando los instrumentos.

—El centro de perturbación —anunció Long Tom—, se encuentra cerca de Noruega. En el mar del Norte.

CAPÍTULO IV

EL MISTERIO AUMENTA

¡HE perdido a Doc! —exclamó de pronto Renny—. ¿Qué le pasa a esta radio?

Long Tom, el profesor Callus, Lora Krants y su hermano se acercaron, muy interesados. El aeroplano de Doc se encontraba ya al sur de Baltimore, siguiendo la costa. Renny había estado constantemente en contacto con él mismo por medio de la onda corta.

Doc contestaba brevemente a las preguntas de Renny. Este había empezado a transmitirle un cambio aparente en los disturbios oceánicos, cuando el altavoz dejó oír una serie de ruidos extraños y tras unos chirridos espasmódicos, funcionó imperfectamente.

—¡Es extraño! —exclamó Long Tom—. ¡Mira los indicadores de luz!

Las agujas de los extremos de los largos cilindros de metal oscilaban rápidamente. Registraban la refracción y las revoluciones de los átomos de luz sobre una ancha superficie del océano. A pesar de la ausencia del sol, la luz parecía ir en aumento sobre un sector considerable.

—¡Doc! —exclamó Renny en el micrófono.

—¿Me oyes?

—¡Um —bum— bum —um!— hizo el altavoz.

Sin duda alguna, Doc había oído lo que Renny decía, pero con las mismas alteraciones.

El indicador de luz señalaba una luminosidad que iba en aumento en un lugar mucho más cercano que el centro de perturbación del Norte.

—¿Cree usted que algo le ha ocurrido al aeroplano del señor

Savage? —preguntó el profesor Callus.

—¡Oh, espero que no! —exclamó la muchacha.

—Nada de importancia —dijo Long Tom—. Esta perturbación oceánica no es nada seria.

La expresión de Lora Krants dio a entender que dudaba de sus palabras.

El timbre de la entrada sonó. Era menos estridente que de costumbre y Long Tom lo notó con su fino oído de electricista. Cuando aplicó el contacto por radio para que funcionaran las cerraduras electroscópicas de las puertas, éste respondió con más lentitud de lo que debía.

No parecía sino que la corriente eléctrica había perdido parte de su fuerza.

El hombrecito que entró se inclinó, obsequioso. Sus dientes blancos brillaron en una ancha sonrisa que comprendía a todos ahí presentes. Tenía la piel de un amarillo oscuro, propia de oriental; pero iba elegante y correctamente vestido y hablaba un inglés perfecto.

—No necesito confirmación de que esta es la casa de Clark Savage —dijo—. Y soy Kama Dbhana. Es mucho más sencillo llamarme Kama, que es mi apellido.

—¡Claro! —gruñó Renny, que estaba preocupado por la suerte de Doc—. Le llamaremos señor Kama. ¿Qué podemos hacer por usted?

—¿El señor Savage, no está aquí? —preguntó el señor Kama.

Miró con ojos brillantes al profesor Callus y con visible aprobación a la linda Lora Krants.

Renny explicó que Doc estaba ausente y presentó a los demás.

—No nos ha dicho qué es lo que podemos hacer por usted, señor Kama —repitió Renny, cuando concluyó.

Kama estaba contemplando los instrumentos y aparatos de Doc.

—Me han informado que el señor Savage está buscando el origen del fenómeno atmosférico, aparentemente de naturaleza oceánica. Esperaba que pudiese divulgar algo respecto a este asunto.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¡Usted también! Y supongo que tiene un amigo en la Inspección de Costas, señor Kama!

El señor Kama se limitó a inclinarse, sonriente.

Nueva llamada en la puerta, más débil todavía que al llegar el señor Kama.

El hombre que entró era alto, fornido y rubio. Era un sujeto simpático y jovial. Hablaba con la lentitud propia de un escandinavo.

—Soy Hjalmar Landson —anunció—. Un compatriota mío del Consulado de Noruega me pidió que viniera a hablar con el señor Savage.

—¡Oiga! —dijo rápidamente Renny—. ¿Tiene usted un amigo en la Inspección de Costas que le ha llamado por teléfono hablándole de este asunto?

Hjalmar Landson le miró con cierto asombro en los ojos azules.

—No tengo amigos en lo que llama usted la Inspección de Costas —dijo lentamente—. No es eso… Mi compatriota me informó que…

—¿No conoce usted al señor Kama, el profesor Callus o a la señorita Krants? —preguntó Renny.

—He visto antes al señor Kama —dijo inesperadamente Hjalmar Landson—. Pero no importa… no tengo el honor de conocer a estas personas…

Renny le presentó y a continuación hizo un nuevo esfuerzo para ponerse en contacto con el aeroplano de Doc. Lo único que consiguió fue un silbido más fuerte que antes. Otros instrumentos empezaban a oscilar, pero los que indicaban el tiempo no señalaban cambios atmosféricos.

El profesor Callus se había encargado del señor Kama y empezó a explicar al señor Landson la aplicación de varios de los aparatos de Doc.

Renny oyó decir al señor Kama, que venía de San Tao. El ingeniero había oído hablar de San Tao cuando estaba al frente de las obras de construcción de un túnel en el oeste de China.

Recordada que San Tao era una provincia aislada, poco conocida, pero muy rica, de la parte montañosa del sur de China.

La campanilla del teléfono sonó, Long Tom descolgó el receptor y levantó los ojos con algún recelo:

—Es para usted, señorita Krants —dijo—. ¿Así, pues, otras personas saben que ha venido aquí?

La muchacha sonrió sin inmutarse.

—¡Esperaba que llegara un cable de mi padre y di las señas a la Compañía del Telégrafo!

Al cabo de unos segundos, volvió a colgar el receptor.

—Hay un informe de un vapor sobre el yate de mi padre —dijo —. Debo ir enseguida a recoger el mensaje. Si dejo un número de teléfono y algo ocurre, ¿me llamará usted?

Aunque los instrumentos señalaban una confusión siempre en aumento, Renny se puso la chaqueta.

—La acompañaré —declaró—. Me dará el número de teléfono después.

—Pero... —empezó a decir Lora Krants—. Está usted tan ocupado... Creí que...

—Yo puedo acompañarla a la señorita Krants —ofreció el profesor Callus—. No creo que sepamos nada más de momento y mi coche espera abajo.

—Gracias —dijo Renny—. Pero creo preferible que vaya con ella hasta su casa.

El ingeniero seguía las instrucciones de Doc para la seguridad de la señorita Krants y, por otra parte, el ingeniero, que por regla general no era muy susceptible, sentía cierta simpatía por la pelirroja.

—Muy bien —dijo el profesor, inclinándose—. No tardaré tampoco en retirarme.

—Me gustaría tener el honor de quedarme —dijo Kama—. Pero tengo que atender otros asuntos urgentes.

—Yo también —gruñó Landson.

El rubio noruego y el moreno oriental siguieron a Renny, a la muchacha y a su hermano a la planta baja del edificio.

Uno de los coches de turismo blindados de Doc recogió a Renny, a la señorita Krants y a su hermano, este último no hablaba apenas mientras su hermana manifestaba su esperanza de tener buenas noticias en la oficina de Telégrafos.

Las manos de Renny parecían enormes y torpes sobre el volante, pero la muchacha se asombró al ver la velocidad con que el coche dejaba atrás una tras otra a las columnas de acero del ferrocarril aéreo. La oficina de Telégrafo de donde la muchacha había recibido el aviso, se encontraba a unas diez manzanas del cuartel general de Doc.

Al llegar a la cuarta manzana, Renny pasó rozando una columna y dejó atrás un autobús sorteando este obstáculo por el lado contrario a las reglas de circulación. Tenía los ojos fijos en el espejo que reflejaba la calle a sus espaldas.

Al llegar a la bocacalle siguiente, Renny torció inesperadamente por una calle más ancha y aceleró la marcha en toda la extensión de una manzana.

Dio un rodeo y volvió a seguir la vía del ferrocarril aéreo.

—¡Ya me lo parecía! —rezongó—. ¡Tenemos compañía, señorita Krants!

—¿Que quiere usted decir? —preguntó la pelirroja.

—Un coche cerrado, un sedan, nos sigue —anunció Renny—. Ahora le vamos a enseñar algo al conductor.

Durante uno o dos minutos, la muchacha respiró hondamente a intervalos y su hermano masculló algunos ternos en voz baja.

El tráfico era escaso, pero esta circunstancia no bastaba para dar seguridad a una carrera a setenta millas por hora. Las columnas del ferrocarril aéreo pasaban ante su vista como una hilera de postes de valla clavados a escasa distancia unos de otros.

Si la muchacha o su hermano dijeron algo durante aquellos segundos, fue imposible oírlos. El motor del coche no emitía más que un silbido agudo, pero las columnas vibraban fuertemente a su paso.

Renny gruñía de satisfacción. El sedan no podía desarrollar la velocidad necesaria para alcanzarlos. De pronto vieron un pesado camión delante de ellos.

—¡Cuidado! —gritó la muchacha.

Renny torció desesperadamente el volante. Su fuerza lo arrancó casi de cuajo. El camión estaba precisamente en el centro de la calle por donde ellos corrían.

Los frenos del *roadster* chirriaron y la muchacha agarró convulsivamente el fuerte brazo de Renny, su mano resbaló… Los neumáticos mordieron el pavimento… La goma ardió.

El radiador sufrió el impacto. Uno de los lados del camión saltó hecho astillas. Lora Krants chilló.

El grito de la muchacha fue corto. El brazo macizo de Renny estaba extendido delante de su cuerpo, con el fin de evitar que saliera disparado por el parabrisas. El cristal no se rompería. Era

irrompible y a prueba de balas.

La fuerza gigantesca de Renny salvó, sin duda alguna, la vida de la muchacha: pero ésta dio contra el cristal con bastante fuerza para perder el conocimiento.

Barton, su hermano, salió despedido por la portezuela. Tuvo la suerte de ir resbalando con los pies delante, sobre una porción de calle asfaltada y lisa.

Renny estaba tan sólo algo aturdido. Intentó volver a colocar la muchacha en su asiento... Detrás de ellos un sedan se detuvo en seco y varios hombres se apearon rápidamente, otros saltaban igualmente del camión.

El muerto en el umbral de la casa de Doc tenía algún significado espantoso, pero resultaba un hondo misterio para Renny. Sin embargo, el revólver que le aplicaron de repente debajo del brazo era una amenaza concreta y patente.

Muy pocos hombres habrían hecho otra cosa que levantar las manos.

Pero a Renny le gustaba la muchacha del pelo rojo tanto como una buena pelea. Renny tenía más fuerza física que cautela.

Pegó al hombre que sostenía el revólver con tal fuerza y rapidez que el arma le saltó de la mano y saltó a la calle moviendo los puños como martillos.

Uno de sus adversarios cometió un error serio:

—¡No disparéis! —gruñó—. ¡Ella ha mandado cogerle vivo!

Renny no se detuvo a pensar quien podía ser ella.

El ingeniero escogió el hombre que había hablado. Uno de sus puños describió un amplio arco y despidió el individuo a cinco yardas de distancia.

Renny retrocedió hasta el camión.

El gigante no tenía normas especiales para luchar. En menos de medio minuto tumbó seis o siete hombres el suelo.

Otros dos hombres cayeron víctimas de terribles directos y Renny se acercó al *roadster.*

Un brazo salió de éste. Iba armado con una ametralladora achatada cuyo cañón de acero cayó con ferocidad sobre la nuca de Renny.

El ingeniero cayó de bruces, perdiendo el conocimiento.

Cuando volvió en sí, comprobó que estaba atado de pies y de

manos. Una venda le cubría los ojos, pero el calor que sintió le dio a entender que se encontraba a cubierto en alguna casa. Le dolía la cabeza. Pero oía perfectamente cuanto ocurría a su alrededor.

Forcejeó con las cuerdas que le ataban cuando oyó de pronto la voz velada y enfadada de Lora Krants. Dejó de luchar en seco.

—¡Rayos y truenos1 —rezongó—. ¿Podía haber adivinado que sería esto! ¡Que me aspen si se puede nunca fiar de una mujer!

CAPÍTULO V

LA EXTRAÑA PELIRROJA

¡TONTO! —decía la voz de Lora Krants—. ¡Os habéis equivocado de hombre! Debisteis comprenderlo. ¿Por qué no habéis esperado mi señal?

Renny estaba perplejo y hecho un mar de confusiones. La muchacha añadió unas palabras:

—¡Doc Savage ha ido a Washington en aeroplano!

De manera que eso era, pensó Renny. La encantadora pelirroja había sido el anzuelo para atraer a Doc Savage a una trampa.

Renny se sorprendió todavía más cuando Barton, el hermano de Lora Krants, dijo de pronto:

—Vamos a soltarlo. No hay que perder tiempo. Cualquier cosa puede ocurrir dentro de una hora o dos.

Varios hombres entraron en la estancia y levantaron a Renny, poniéndole de pie.

—¿Puede valerse? —preguntó uno de ellos.

—¡Suéltame las manos y lo verás! —gritó el ingeniero con su vozarrón.

—¡Esta muy bien! —dijo otro hombre.

—Es preferible amordazarle hasta que estéis lejos —dijo la voz fría de Lora Krants—. No queremos que la policía meta la nariz en este asunto. Ya deben haber descubierto los coches estrellados.

Anudaron un trapo sobre la boca de Renny y le bajaron por una escalera.

Tras un corto viaje en automóvil, le dejaron caer sobre la hierba y un cuchillo cortó las cuerdas que le sujetaban los brazos.

Renny invirtió unos minutos desatándose la mordaza. Al quitarse la cinta engomada que le había cegado, se arrancó unos

cuantos pelos.

Un coche se alejaba rápidamente.

Renny se irguió, parpadeando. Se encontraba en medio de Central Park. El coche no había dado más de dos vueltas y Renny determinó un punto en el cual se encontraba posiblemente en el cual se encontraba posiblemente la casa desde la cual le habían traído allí.

Aquello podía esperar. Lo más importante era regresar al cuartel general de Doc. Long Tom estaría solo, sin duda, puesto que el profesor Callus había anunciado que se retiraría al poco rato.

Renny se preguntó por qué Doc insistió para que acompañara a Lora Krants a su casa. Reflexionó sombriamente que había cumplido la orden a sus expensas y, llamando a un taxi, Renny se encaminó al rascacielos.

El timbre de la puerta de Doc Savage sonó débilmente. No hacía más de unos minutos que Renny, Lora Krants y los demás se habían ido.

Long Tom había intentado en vano sacar algo en claro de la radio.

—¡Bondad divina! —exclamó con tono impaciente—. ¿Más visitas todavía?

El profesor Callus meneó la cabeza calva y brillante y sonrió.

—Parece evidente que el secreto no existe ya en este asunto de disturbios oceánicos —dijo.

El hombre que entró era alto y tenía la misma tez de oriental que Kama Dobhana. Enseñó los dientes en una amable sonrisa.

—He sabido esta noche —dijo—, que Clark Savage ha estado investigando…

—¡Ya lo sé! —dijo secamente Long Tom—. Su amigo de la Inspección de Costas se lo dijo, pero ¿qué es lo que desea usted?

El oriental de piel obscura continuó sonriendo. Long Tom dio un paso atrás, levantando lentamente las manos. La puerta exterior había quedado abierta y otros hombres de rostros amarillos penetraban en la estancia.

Eran seis y todos estaban sonrientes, pero los revólveres que tenían en la mano no arrancaron ninguna sonrisa a Long Tom. El perito electricista hizo un ademán rápido para sacarse algo del bolsillo… No fue lo suficientemente rápido. Seis revólveres lo

amenazaban y sus fuegos combinados lo habrían despedazado.

—Sabemos que está solo aquí con este hombre que no es compañero de Doc Savage —declaró el jefe—. No se le hará daño alguno.

El profesor Callus tartamudeó algo, pero se apoderaron de su persona así como de Long Tom. Les ataron las manos a la espalda con esposas de acero y les cubrieron la cara con trapos húmedos.

La droga que contenían no era cloroformo. Long Tom no había olido nunca antes de entonces aquel perfume especial. No tuvo tiempo de analizarlo.

Cayó de lado junto con el profesor Callus. Ambos dormían apaciblemente.

Siguiendo las órdenes de su jefe, los seis hombres de piel obscura empezaron a trabajar metódicamente. Cosa asombrosa, parecían conocer las partes más vitales de los delicados aparatos con los cuales Doc había buscado el origen de las perturbaciones del océano.

En menos de cinco minutos, todo estaba tan destrozado como si una de las bombas del profesor Homus Jasson hubiese caído en medio.

Instrumentos indicadores de tiempo, para señalar la luz, la radio... todo quedó hecho pedazos. Los orientales no tocaron nada en el laboratorio, excepto las instalaciones dedicadas a comprobar los disturbios marítimos.

Salieron en silencio, al igual que al entrar. El jefe apartó la manta del rostro de Homus Jasson. El muerto tenía todavía una mirada de terror en los ojos.

El oriental sonrió, descubriendo los blancos dientes.

—El maestro estará contento —dijo—. Esto lo hace perfecto para el que quiso vender...

Abajo, en la calle, Renny se apeó del taxi y vio a siete hombres que subían a un coche cerrado. Tenían la piel amarilla.

—¡Bondad del cielo! —murmuró para su capote—. ¡Supongo que hemos tenido más visitas! No parece sino que los amigos de ese Kama o...

Renny entró apresuradamente en el edificio y subió en el ascensor particular de Doc. Ese ascensor cohete pasó setenta pisos a una velocidad que le habría proyectado a través de la torre de la

enorme masa de acero y mármol.

Unos aparatos almohadillados disminuyeron la velocidad al llegar al piso ochenta y seis. La puerta exterior del piso de Doc estaba abierta. Renny entró con cautela. En la puerta del laboratorio, se paró lanzando un hondo gemido.

—Podría haber adivinado que algo por el estilo ocurría —murmuró—. Me pregunto dónde…

Unos golpes sordos llegaron a sus oídos del otro lado de la habitación.

Renny se abalanzó sobre lo que parecía una pared lisa y un tablero se abrió. El profesor Callus salió rodando y gimiendo. Su enorme cabezota bailaba extrañamente sobre su delgado cuello, pero no estaba desnucado. Al ponerse de pie Long Tom, tambaleándose, el profesor le miró.

—¡Esto es algo terrible… terrible! —dijo—. ¡Todo roto!… Creí que había llegado nuestra última hora.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Renny—. ¡He visto unos hombres que se parecían a ese Kama!

—¡Exacto! —dijo Long Tom con tristeza—. ¡No hemos podido resistir siquiera. Nos han narcotizado y encerrado en el gabinete.

Este gabinete uno de los espacios ventilados en los cuales Doc Savage encerraba a veces a los individuos a los que quería someter a un interrogatorio.

—Saca el aparato de emergencia —dijo Renny—. Es preciso descubrir qué es lo que le ha pasado a Doc.

El profesor Callus abrió los ojos. De lo que parecía una pared lisa emergió un equipo completo de radio y televisión que Doc Savage tenía oculto para casos de necesidad urgente.

Pero cuando funcionó, los silbidos y los ruidos resultaron todavía más intensos. El aparato estaba fuera de uso.

Se le ocurrió una idea a Renny y se acercó al teléfono. Buscando en el listín, encontró el nombre de Cyrus Krants, el hombre del batómetro.

La voz que contestó a Renny debió de ser la de un criado o conserje.

—Quisiera hablar con la señorita Krants, con la señorita Lora Krants —dijo Renny—. Es importante. Tengo noticias de su padre que desapareció.

La respuesta no se hizo esperar y llegó sin vacilaciones.

—Lo siento, pero la señorita Lora Krants está visitando a unos amigos en California. ¿Dice usted que su padre desapareció? Debe de haber algún error. Cyrus Krants ha estado en contacto con su casa todos los días. ¿Quién está hablando?

Renny no contestó a esta última pregunta. Su simpatía repentina por la pelirroja se había disipado totalmente.

CAPÍTULO VI

EL ALBA A MEDIANOCHE

DURANTE la destrucción de sus instrumentos de Manhattan, Doc Savage estaba pilotando su aeroplano de alas plateadas, siguiendo de cerca la costa del Atlántico. Ham y Monk estaban cambiando como siempre frases mordaces.

—¡Y una mujer de pelo rojo se burló de mí! —canturreaba Ham con sarcasmo.

—¡Maldito seas! —chillaba Monk—. ¡Y tú te callas o te haré picadillo!

Doc estaba mirando las luces de Baltimore a una milla debajo de ellos.

Un gruñido sordo acompañó la exclamación airada de Monk. Un animal que parecía todo orejas y piernas, simpatizaba evidentemente con las observaciones del simiesco químico. Se trataba de Habeas Corpus, el puerco, favorito de Monk.

—Este marrano es un compañero muy indicado para asistir a una conferencia en Washington —dijo Ham con una sonrisa burlona —. Aunque, bien mirado, hará la misma impresión que su amo.

—¿De veras? —tartamudeó Monk—. Si tuvieses sesos, maldito picapleitos, hablarías menos y pensarías más.

Doc interrumpió el amable duelo de palabras.

—Es extraño —dijo calmosamente—. Acaba de dar la medianoche y parece como si el sol saliera. Mirad hacia el Este.

—¡Rayos y centellas! —explotó Monk—. ¡Se hace de día y deprisa! ¿Qué le pasa a la radio, Doc?

—¡Um —um— bum —ulbum— ulbum! —graznó él altavoz del aeroplano.

—Hace rato que no funciona normalmente —hizo observar Doc.

El nombre de bronce había calculado llegar a Washington en menos de dos horas; pero de pronto empezó a dudar de ello.

La asombrosa alba a medianoche iba extendiéndose. Al Este, el cielo se aclaraba, pero su aspecto no era la de la salida del sol. Por regla general, la salida del astro sobre el mar está acompañada de colores variados, mientras aquello tenía mucha semejanza con un abanico blanco desplegado en el horizonte.

—Se parece al sol de medianoche —sugirió Ham.

Habeas Corpus, el puerco que Monk trajera de Arabia, era un animal de instintos desarrollados. Se puso rígido, olfateó y se estremeció.

—Hay algo en esto que no agrada a Habeas Corpus —dijo Monk.

—Este marrano no me gusta, pero en más listo que cualquier mico —dijo Ham.

El graznido de la radio cesó bruscamente. Se oyó un estampido tremendo y el silencio reinó.

—Esto no me gusta —declaró Doc—, parece como si algo hubiera destrozado la instalación en casa.

El motor del aeroplano empezó a fallar… pero sus cilindros reanudaron casi enseguida su ritmo normal. La mano de Doc tocó una palanca que levantó unos postigos protectores en torno al motor.

Estos postigos estaban hechos de un material especial que resistía a cualquier influencia magnética o intervención de cualquiera de los rayos inventados hasta la fecha.

El aeroplano estaba pasando sobre una vasta extensión de terreno pantanoso.

No se veían casa ni huellas de vida humana.

Por encima del silbido del motor del avión se oyó un sordo zumbido. Hacía rato que Doc Savage lo había notado, pues sus oídos eran mucho más desarrollados que los de Ham y Monk.

—¡Quizá sea conveniente ponerse los paracaídas! —aconsejó Doc—. Esos pantanos no resultan terreno conveniente para aterrizar.

—¿Vamos a bajar ahí? —chilló Monk.

El motor del aeroplano fue el que contestó. Sus sordas explosiones cesaron bruscamente.

Doc Savage miró el cuadro de mando unos segundos. La hélice

daba vueltas muy lentas. El hombre de bronce apretó un botón. Las luces que debían encenderse para alumbrar el cuadro de mando fallaron.

No había luz. No había corriente eléctrica.

—¿Alguna avería con los hilos? —preguntó Ham.

Doc no contestó. El interior del camarote no tenía luces, pero no las necesitaban. La luz del día bañaba le espacio. La línea irregular de la costa, las olas, una barca de pesca, surgieron a su vista.

Monk y Ham deslizaron rápidamente los brazos por las correas de sus paracaídas. La mano hábil de Doc Savage mantenía el aeroplano en una ancha espiral descendente.

Era de día, completamente de día a medianoche. El aeroplano era silencioso como si nunca hubiese tenido motor alguno y el viento silbaba a través de sus alas, acompañando su descenso.

—¡Fuera! —ordenó Doc a sus amigos.

El hombre de bronce no se había puesto el paracaídas.

—¿Vienes, Doc? —dijo Ham.

—¡Enseguida voy! —dijo Doc.

Ham y Monk abrieron la puerta. Monk cogió al puerco Habeas Corpus por una oreja y se tiró. Ham lo siguió.

Doc seguía en el aeroplano. La nave de plata caía rápidamente, Monk lanzó un gemido.

A menos de un centenar de pies sobre el pantano, Doc irguió el aparato. El viento aulló al enderezarse las alas. El aire amortiguó la caída y el aeroplano se hundió en el terreno pantanoso.

Doc y sus dos compañeros se encontraron en un ancho espacio de terreno fangoso en el cual se hundieron hasta las rodillas. El andar de esta suerte resultaba bastante difícil para Doc y Ham.

En cuanto a Monk, sus cortas piernas empeoraban su situación y el peso del puerco era un inconveniente. Monk dejó a Habeas Corpus en el suelo.

Doc, que abría la marcha, se pasó una mano por el cabello liso. Algunas chispas brotaron. La atmósfera estaba cargada de una extraña fuerza.

Llegaron a las rocas de la playa. En los pantanos los pájaros silbaban agudamente, saludando el alba.

Doc se encaminó a las rocas seguido de Ham y de Monk. Habeas Corpus luchaba todavía por salir del pantano.

Unas voces de hombres llegaron del océano. Tres pescadores que ocupaban una pequeña lancha, recorrían la cubierta lanzando sendos ternos. Se afanaban furiosamente para poner su motor en marcha.

—Barrunto que estamos delante de lo que ha perturbado últimamente el océano, sea lo que fuere —dijo Doc—. Esta lancha ha quedado inmovilizada, sin poder alguno.

La lancha fue empujada por las olas contra las rocas. Doc y sus amigos entraron en el agua y ayudaron a los pescadores a sacar su embarcación de la misma.

—¿Qué demonios querrá decir esto? —gruñó uno de los pescadores—. ¿Ha llegado la hora del juicio final?

—Posiblemente —contestó con inusitada alegría Ham.

Se vió de pronto una inmensa columna de humo en el horizonte, del lado del mar.

—Me parece que ese barco se ha parado —dijo Doc.

—Sí —contestó uno de los pescadores—. Estábamos ahí fuera cuando este fenómeno ha empezado. Han tenido que echar el ancla. Sus motores se han parado en seco.

Doc Savage se subió a una roca y contempló en torno suyo lo que parecía ser una cortina circular de tinieblas. La obscuridad no había hecho más que retroceder unas cuantas millas. Ellos se encontraban en el centro de la extraña iluminación de medianoche.

Se veían tres barcos distintos. Dos de ellos iban a la deriva y el tercero había anclado.

—Hemos de buscar un nuevo medio de transporte —aconsejó Doc—. Es importante que lleguemos rápidamente a Washington.

Los tres pescadores les acompañaron hasta la orilla del ancho pantano.

En la primera carretera empedrada que encontraron, no había tráfico alguno. Corrían por la misma las vías de un tranvía eléctrico y a corta distancia se divisaba le edificio de una central eléctrica, en cuyo umbral se encontraron cuatro nombres que vestían el traje de mecánico.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó uno de ellos—. Nuestra corriente ha quedado cortada y cuando he intentado telefonear, no había comunicación.

Doc Savage no contestó. Se encaminó a un cortijo, en cuyo patio

se hallaban un asombrado campesino y su mujer.

—¡No he visto nunca cosa semejante! —rezongó el granjero—. ¡Hasta los malditos gallos creen que es de día! ¡Pero no se ve el sol!

Doc asintió:

—Creo que el sol saldrá a su hora usual —dijo.

Los gallos se estaban desgañitando lanzando su grito familiar. Estaban saludando al alba.

—¿Tiene usted coche? —preguntó Doc al campesino—. En tal caso le pagaré bien para llevarme hasta que encuentre otro medio de locomoción.

Doc sonreía el formular su petición.

Dos minutos después, el granjero comprendió el significado de esta sonrisa.

Sus mayores esfuerzos para poner en marcha el automóvil del cortijo resultaron infructuosos. El desvencijado vehículo rehusó ponerse en movimiento. El granjero lanzó algunos ternos y una vez más dio vueltas a la manija con toda su fuerza redoblada por el enfado.

Algo ocurrió entonces. Fue como si alguien hubiera apagado un brillante faro y la obscuridad de medianoche envolvió el campo, el pequeño motor del coche se puso en marcha tan repentinamente, que con su trepidación tiró el granjero al suelo, de espaldas.

La noche había vuelto. De la central eléctrica subió el zumbido de una dínamo. Volvía a haber corriente, los tres pescadores lanzaron unas exclamaciones y se encaminaron nuevamente a la playa.

Doc se sacó un fajo de billetes del bolsillo de la americana.

—No vamos a alquilarle el coche —dijo—. Se lo compramos.

Ham y Monk subieron al interior y Monk izó a Habeas Corpus a su lado. El destartalado vehículo se alejó raudo por la carretera.

Doc dio toda la marcha y en menos de media hora llegó a un aeródromo y alquiló un aeroplano. Este llegó a Washington en pocos minutos.

CAPÍTULO VII

LA AMENAZA MUNDIAL

LA entrevista entre el Presidente y Doc Savage fue secreta y desprovista de formalidades. El Presidente declaró que había buscado esta conversación con el hombre de bronce a causa de los amplios conocimientos científicos de éste.

—¡El asunto es fantástico —dijo el Presidente—, pero entraña tales calamidades que no pueden ser pasado por alto! Nos amenaza un poder tal que ninguno de nuestros hombres de ciencia ni técnicos especializados creyó nunca que pudiera existir.

—La ciencia ha progresado de un modo increíble durante los últimos años, señor Presidente —declaró Doc Savage—. Nadie puede decir que nuevo poder puede ser descubierto en cualquier momento. Desgraciadamente, los descubrimientos no son hechos siempre por los que gozan de una mente sana y equilibrada.

Estaban discutiendo el asunto que empezó con las extrañas alteraciones sufridas por los aparatos de la Inspección de Costas y Geodésica. Doc avisó a sus compañeros que de momento no hablasen de lo ocurrido en la costa.

Pero llegaron a Washington para verse ante un problema muy serio. No solo el misterio del océano encantado se había hecho aparente, sino que se usaba el fenómeno como una amenaza directa. El fin que se proponían con esta amenaza era tan asombroso, que lindaba con lo increíble.

Habían informado al gobierno que debía desarmar, diciéndosele además, que todas las demás naciones se verían igualmente obligadas a renunciar a sus fuerzas armadas.

—Recibimos la comunicación en una forma que hizo imposible encontrar su origen —dijo el Presidente—. El mensaje provino,

según se deduce, de algún punto del Norte del Atlántico y por radio fue transmitido de un barco a otro.

—Dice usted que el fin de esto es, por lo que dicen, acabar con la guerra en el mundo —musitó Doc Savage—. Yo diría que el objeto que se proponen es muy distinto y al propio tiempo que esa fuerza no quedaría mucho rato dedicada exclusivamente a semejante obra benévola. Si la maquinaria de cualquier nación o gran ciudad pudiese quedar paralizada indefinidamente, esa fuerza no tardaría en encontrarse en manos de unos bandidos.

El Presidente asintió con la cabeza.

—Exactamente, señor Savage dijo con tono grave —. Pero todo en este asunto denota una mente enferma. No parece sino que algún lunático se ha aislado en la Tierra del Sol de Medianoche.

—¡Rayos y centellas! —exclamó Monk.

—Las ideas de los lunáticos de ayer se transforman a menudo en los grandes inventos de hoy —interrumpió Doc con rapidez—. ¿Dice usted que el desconocido que envía le mensaje pide el desarme completo en el acto? ¿Declara también que tiene el poder de controlar los destinos de todos los demás países?

—Sí —dijo el Presidente—. Y para probarlo, declara que hará una demostración de poder, señalando la hora: las ocho de esta noche. A esa hora, Nueva York quedará paralizada inactiva hasta mediodía.

—¡Que cosa tan estupenda para los de la Liga del Silencio! —dijo Ham—. Imagínese Nueva York sin una sola rueda que gira... sin el trueno del metro, sin el rugido del ferrocarril, sin el rumor del tráfico...

—De todas formas —dijo el Presidente—. Este asunto no puede ser otra cosa que la manifestación de la locura de un lunático y es probable que no se merece nuestra atención.

Doc Savage no contestó. Estaba pesando en la Tierra del Sol de Medianoche.

A lo largo de la costa de Maryland había sido de día en plena noche.

—Creo, como usted, que el que nos amenaza no está en sus cabales —dijo Doc—. Pero también creo que hará exactamente lo que dice...

El Presidente intentó reír, pero su risa fue de labios afuera.

—Y no hemos recibido otras noticias de la comisión de guerra ni del vapor Trafalgar Square —añadió.

Un secretario le entregó un mensaje.

—Aquí tenemos algo, señor Savage! ¡Unos buques se han visto detenidos en la costa de Maryland! ¡Un destructor de guerra se ha visto imposibilitado para seguir su ruta durante cerca de una hora! ¡Dan cuenta de haber visto una luz misteriosa, parecida a la del día!

—Sí —dijo Doc—. Uno de mis mejores aeroplanos se ha hundido en un pantano de la costa.

El Presidente miró al hombre de bronce con fijeza.

—No me había usted hablado de esto —dijo con tono grave—. Quisiera que Arne Dass estuviera con nosotros.

—Sabía que Arne Dass había desaparecido —dijo Doc—. Sus conocimientos serían muy valiosos en este caso.

—Sí —dijo el Presidente—. Hace más de seis meses que Dass nos falta. Sus trabajos en el Departamento Marítimo tenían un valor extraordinario. Tememos que en su desaparición haya intervenido algún elemento forastero.

El trabajo de Arne Dass, hombre de ciencia de bastante edad, era algo muy notable en la historia del Departamento de Marina. Había inventado varias armas de gran potencia.

—¿Qué nos aconsejaría usted que hiciésemos? —preguntó el Presidente.

—No se puede hacer nada efectivo antes de las ocho de esta mañana —dijo Doc—, tan sólo faltan seis horas y nosotros regresamos a Nueva York enseguida.

*****

Doc Savage estaba otra vez en su laboratorio del piso ochenta y seis al despuntar el alba. El hombre de bronce estuvo atareado durante más de una hora. Una de las llamadas que hizo por teléfono fue para ponerse en comunicación con una central electroquímica emplazada a orillas del Hudson. Le interesaba en gran manera.

El hombre de bronce tenía intereses en dichos talleres y por espacio de diez minutos habló con uno de los dibujantes. Este apuntó muy detalladamente el plano de lo que Doc deseaba. El complicado aparato había sido inventado por el asombroso cerebro del gigante de bronce.

—Ponga todos los hombres necesarios al trabajo para tenerlo

listo dentro de doce horas —dijo Doc.

El hombre de bronce volvió a enfrascarse en los experimentos químicos que había estado haciendo. Llevaba una bata de tejido impermeable de color gris y cubría su cabeza un casco de cristal por el estilo de los que llevan los buzos.

Los productos que Doc manipulaba eran poderosos venenos. Faltaban tan sólo dos horas para las ocho.

Una luz brilló y se oyó un timbre eléctrico. Doc se quitó el casco de cristal y descolgó el receptor del teléfono.

—Habla la Casa Blanca —dijo una voz—. Nos han informado que dos canoas de salvamento del Trafalgar Square han sido recogidas. Nuestra información dice que se encontraban cerca de las Islas Lofoten, en la costa oeste de Noruega.

Estas islas están a mil millas al Norte del Canal de la Mancha —dijo Doc—. Esto parece fantástico. ¿Y la comisión? ¿De qué se han enterado ustedes?

—De poca cosa. Washington intenta saber exactamente lo que le ocurrió al Trafalgar Square. El vapor fue abandonado y dicen que la Comisión de Guerra ha sido secuestrada. Una lancha salvavidas que llevaba a sus miembros ha desaparecido en el Norte. Esto puede no ser otra cosa que un rumor…

—Temo que sea la pura verdad —dijo Doc poniendo fin a la conversación.

Doc llamó a sus compañeros, reuniéndolos en el laboratorio.

—Los asuntos que estáis tratando han de ser esclarecidos rápidamente —declaró—. Amigos, nos vamos a trasladar a las regiones árticas, de forma que es preciso que os equipéis en consecuencia.

Doc se había quitado el casco cuando el timbre de la puerta sonó. Tocó una palanca y un cristal se iluminó. En aquel cristal se veía a un hombre que se arrastraba. Un líquido rojo le caía de la boca, manchándole la barbilla.

El cristal opaco daba una vista detallada del corredor delante de la puerta de Doc Savage.

—¡Bondad divina! —exclamó Ham—. ¡Otro todavía!

Renny y Long Tom miraban sin hablar.

—Es ese sujeto que dijo ser noruego —declaró Long Tom—. Salió de aquí con aquel otro Kama.

Hjalmar Landson, el rubio noruego, había salido a tropezones del ascensor.

Era probable que había caído después de bajar nuevamente el ascensor y estaba haciendo un nuevo esfuerzo para llegar a la puerta. Doc cruzó la biblioteca y salió al salón de recepción. La puerta de entrada se abrió por medio de la radio.

El fornido noruego se incorporó a medias. Sus ojos parecían dos pedazos de hielo azul, pero empezaban a empañarse. Una de sus manazas enjugaba la sangre que le manaba de los labios.

¡Doc… Doc Savage…! —murmuró—. Debe Usted… saber ese… Knut Aage… él hará…

Hjalmar Landson cayó de bruces. El puño adornado de una daga sobresalía de un modo horrible de sus hombros. Una hoja curva había sido hundida al lado de su espina dorsal.

Doc Savage le dio una inyección rápida y Hjalmar Landson pareció resucitar.

—Lo cogerán… encuentre a Kunt Aage… Salton Fiord… Moskeneso… pase al Norte en la Barrera de Satanás… ese profesor… que murió… Kama quería comprar… mi país… vaya allí…

Las últimas palabras del noruego fueron un murmullo casi ininteligible.

Ya no podría explicar lo que quería decir al referirse al difunto profesor Homus Jasson.

Muerto. Hjalmar Landson se parecía más que nunca a un rubio Vikingo del lejano Norte.

—Sea lo que fuere lo que haya sido, permaneció fiel a su país hasta el fin —declaró Doc Savage. Moskeneso es una de las Islas Lofoten.

—¡Kama! —exclamó Ham—. ¡Debe ser el asesino!

—¡Rayos y truenos! —gruñó Renny—. No es seguro. También hay esa pelirroja, la falsa señorita Krants.

Pero en aquel momento, otro hecho llamó la atención de Doc y de sus compañeros.

El corazón de Hjalmar Landson, el noruego, dejó de latir a las ocho en punto de la mañana y al mismo tiempo el corazón de la gran ciudad de Nueva York quedó igualmente paralizado.

CAPÍTULO VIII

CUANDO LA CIUDAD SE DETUVO

EL centro de Nueva York, Manhattan y los alrededores habían recibido aviso de Washington. Varios millones de personas sabían que era preciso estar ojo avizor.

Era posible que los trenes se detuvieran, que las barcas que cruzaban el puerto quedarán inservibles, que los subterráneos no fueran lugar seguro y que los ferrocarriles aéreos dejaran de funcionar.

En otras palabras, Washington aconsejaba por radio y por las primeras ediciones de los periódicos a varios millones de personas que anduvieran con cuidado en sus actividades a las ocho de la mañana.

Nueva York seguía su ritmo usual. Desde el piso ochenta y seis, donde Doc Savage tenía su oficina principal, se oía el trueno sordo del tráfico de la activa ciudad.

El rugido del tráfico es tan fuerte y constante que el neoyorquino deja de notarlo. Esas olas de sonidos se sucedían cuando Hjalmar Landson se tambaleó, moribundo, en el corredor de Doc Savage.

Luego, otra ola subió, más abrumadora quizá que cualquier cosa que pudiese ocurrir... Era una ola de silencio.

Desde luego, se trataba de un silencio relativo, pero de todas maneras resultaba una ausencia de sonido. Se oían voces, gritos de la muchedumbre apiñada en los subterráneos, detenida en los coches del “aéreo”, que se apeaban de miles y miles de automóviles que bloqueaban las calles; pero esas voces apenas hacían mella cuando el trueno del tráfico usual hubo callado.

Nueva York se había parado... paralizado.

La congestión y el pánico en el subterráneo eran peores que en ninguna otra parte. Los trenes se habían parado y estaban en las tinieblas. Miles de obreros estaban cogidos en una obscuridad espantosa. Tal vez miles habrían encontrado la muerte allí y en el “aéreo” donde salían atropelladamente de los coches, si las terceras vías hubiesen continuado en servicio activo.

Los mecánicos y los guardas intentaban en vano evitar que la enloquecida muchedumbre huyera por las vías. Los guardias no podían dominarla y la gente se apretujaba hacia las escaleras que llevaban a la calle.

Doc Savage y sus compañeros miraban por una ventana lo que ocurría en la calle, como quien mira el fondo de un cañón.

—Esto se parece a una película *au ralenti* —dijo Ham—. ¡Mira, Doc! ¡Todos los automóviles están parados!

Grupos de personas asombradas se apiñaban en los portales. Sus caras blancas miraban al cielo azul. Muchos parecían creer que había llegado el día del Juicio Final.

—¡La cosa es completa! —declaró Doc—. ¡No tenemos luz! ¡La corriente eléctrica ha sido cortada!

El hombre de bronce entró en su laboratorio y regresó con una lámpara eléctrica, pero incluso la pequeña dínamo de aquella lámpara inventada por Doc estaba fuera de servicio.

—¡Doc! —exclamó Long Tom—. ¡Estamos prisioneros! ¡El electroscopio no funciona!

La puerta principal, que estaba cerrada, se negaba a abrirse.

No había contacto por radio. Sin embargo, quedaban otras salidas practicables en el piso.

La radio que Doc poseía para casos de urgencia no funcionaba. Tan importante es el papel que desempeña la radio en la vida moderna, que su falta era, quizá, lo más espantoso de todo. Las asombradas amas de casa, ansiosas de saber por qué sus aspiradores de polvo, sus neveras, sus luces y sus teléfonos habían dejado de funcionar, enchufaron la radio.

Al cabo de la primera media hora, incluso las voces de la muchedumbre cayeron en el silencio. Los hombres hablaban en murmullos, pues sus voces naturales parecían extrañamente chillonas, sin el acompañamiento usual del rugido de la ciudad.

—¡Amigos, nunca, hasta ahora, habíamos encontrado semejante

poder! —declaró Doc.

—Nos informan que esta amenaza está hecha para acabar con las guerras. Es un noble fin, pero sospecho y casi tengo la certeza de que esta fuerza es conocida y deseada por una mente malvada.

El asesinato del profesor Homus Jasson y de Hjalmar Landson eran pruebas evidentes de que Doc no se equivocaba.

Siendo el día despejado, casi nadie se fijó en la diferencia existente en la luz, pero en el laboratorio de Doc, los informadores de luz sufrían una misteriosa agitación.

Y los oídos más finos oyeron aquel zumbido bajo que sugería la idea de que el aire se había llenado, de pronto, de millones de insectos invisibles.

A las doce en punto, Nueva York despertó. La transición entre la maquinaria inactiva y un resurgimiento repentino de su actividad fue todavía más desastroso que la paralización de la ciudad.

Los trenes arrancaron. Miles de motores funcionaron inesperadamente.

Centenares de hombres fueron alcanzados y heridos.

Las radios graznaron. Todos los teléfonos funcionaron a la vez y la ola de llamadas abrumó las centrales. Las líneas automáticas estaban congestionadas.

En algunos rascacielos los ascensores subían o bajaban locamente. Habían sido abandonados en plena marcha por los asustados empleados.

Sin embargo, tal era la influencia de Doc Savage, que fue una de las primeras personas en poder comunicar. Informado del misterio que rodeaba a la persona de la muchacha pelirroja que decía llamarse Lora Krants, el hombre de bronce se puso en contacto con un banquero.

—¿Usted cuida de los asuntos de Cyrus Krants? —dijo Doc—. La información que busco tiene quizá importancia vital.

—Sí, estoy al corriente de los asuntos personales de la familia Krants —dijo el banquero—. Si puedo ayudarle en algo, lo haré gustoso.

—Se nos ha dicho que la señorita Lora Krants está en California y que su padre se comunica a diario con su casa —prosiguió Doc—. ¿Es esto cierto?

—Debe haber algún error —contestó el banquero—. La señorita

Lora Krants se encuentra en Nueva York y sé que fue a verle a usted, en busca de ayuda, anoche. Hace algunos días que no se sabe nada de su padre. Nuestra firma le agradecería cuanto pudiese hacer en estas circunstancias, señor Savage.

Al colgar el receptor, Doc emitió el extraño trino que acompañaba cualquier descubrimiento de interés. Renny había escuchado la conversación.

—La muchacha es pues, realmente, la señorita Krants —dijo Doc —. Mi informador es persona de toda confianza.

—¡Rayos y truenos! —explotó Renny—. Doc, ¿cuándo salimos para el Polo Norte o sea el que fuere el sitio adonde vamos? ¡Dentro de un minuto voy a despertar y descubriré que he soñado cuanto ha ocurrido esta mañana!...

Doc no contestó. Nuevamente estaba telefoneando y en pocos minutos obtuvo conferencia con la costa del Pacífico. Sostuvo una breve conversación con una persona de Del Monte, en el Sur de California. Cuando volvió a colgar el aparato, no dio explicación alguna a sus amigos.

Durante esta conversación, una visita llegó. Era el cabezudo profesor Callus.

—¡Otro! —exclamó con emoción al ver el cadáver de Hjalmar Landson—. ¿Qué querrá decir todo esto, señor Savage? ¿Acaso el increíble fenómenos de esta mañana y esos crímenes, se relacionan con nuestro océano encantado?

—¡Así parece! —asintió Doc—. ¿Conocía usted a ese Landson o al hombre llamado Kama antes de anoche, profesor Callus?

—Nunca lo había visto antes de entonces —dijo el profesor—. He vuelto hoy esperando enterarme del motivo de su interés por esos disturbios oceánicos. He visto a Landson temprano, esta mañana, en la Quinta Avenida, cerca de Central Park.

—¿Estaba solo?

El profesor Callus meneó la cabeza con visible repugnancia.

—A no —dijo lentamente. Pero vacilaba en hablar de ello—. Es probable que no tiene relación con lo que ha ocurrido después. Landson guiaba un sedan esta mañana y con él se encontraban la señorita Krants y su hermano Barton.

—Podíamos haberlo adivinado —exclamó Renny—. ¿A que hora era eso, profesor?

—Si no recuerdo mal, entre las siete y las ocho.

—Él llegó aquí y murió en el momento en que la ciudad quedó paralizada —dijo Ham—. Esta me parece una prueba evidente...

—¡Maldito sea —chilló Monk, inesperadamente—. ¡Esa muchacha no pudo hacerlo! No puede haberlo clavado una navaja en la espalda a nadie.

—¡Ni tampoco una automática en tu cuello! —dijo Ham con marcado sarcasmo—. Ni tal vez una jeringuilla en el brazo del otro muerto.

Doc Savage cambió de conversación repentinamente.

—¡Tal como ya os lo he dicho, preparaos para el clima ártico! Os trasladaréis enseguida a los cobertizos del río Hudson y me reuniré con vosotros en breve. Renny, descríbeme la situación aproximada de ese piso cerca de Central Park al que te llevaron.

CAPÍTULO IX

DOC COGIDO EN LA TRAMPA

DOC llegó a las señas dadas por Renny.

—La servidumbre de los Krants se ha ido esta mañana temprano —dijo el conserje de la casa de Central Park—. No había más que el ama de llaves y su marido. Ellos han estado al cuidado del piso.

Doc Savage no manifestó sorpresa alguna ante la aparente ausencia de la familia Krants. Aparentemente, también, el hombre de bronce se alejó, pero cinco minutos después subía la escalera de servicio en la parte trasera del edificio.

El hombre de bronce no encontró dificultad alguna para penetrar en el piso.

Este se componía de cinco dormitorios.

Doc pasó de uno a otro. En ninguno se veía señales de que se le hubiese ocupado recientemente. El salón principal había sido convertido, en parte, en biblioteca.

Los ojos dorados de Doc brillaron de pronto. Dos dagas engrasadas habían sido cruzadas y colgadas en la pared encima de una mesa. Una de ellas seguía en su sitio y en la pared se veía la sombra dejada por la otra, que había sido quitada recientemente.

El puño de la daga solitaria estaba adornado de joyas. Su dibujo era exactamente igual al del arma hundida en la espalda de Hjalmar Landson, el noruego.

Doc se acercó a una ventana desde la cual se divisaba Central Park. Apartó cosa de una pulgada el pesado cortinaje y su rostro permaneció inescrutable mientras miró a un sedan que acababa de llegar y se paró en la avenida, frente a la casa.

Desde el momento en que salió de su casa, Doc se dio cuenta que lo seguían y no le sorprendió ver que un hombre se apeaba del

coche y cruzaba la calle hasta un sitio desde le cual podía vigilar cómodamente el edificio.

El vigilante tenía la piel amarilla e iba correctamente vestido. Tenía los ademanes furtivos de un oriental y, según la descripción hecha por Long Tom, Doc reconoció a Kama Dbhama, de San Tao.

Doc se apartó de la ventana y estuvo muy quieto un momento. Sus finísimos oídos habían sorprendido el tic —tac de un reloj.

En algún sitio del aposento, había un reloj que no debía estar oculto en un cajón, puesto que el sonido se había movido y seguía moviéndose.

Doc se arrimó a la pared y se deslizó silenciosamente hacia la ancha habitación contigua el salón. En el umbral, se paró y escuchó.

Un teléfono que estaba en la mesa había sido tocado desde que entró.

También habían tocado un cuadro de la pared, pero pocos hombres en el mundo hubiesen notado esos detalles. Dos Savage no entraba nunca en una habitación sin fijarse en el acto en la posición de cada objeto.

Aparentemente, Doc no había visto nada extraordinario. Cruzó lentamente el cuarto hacia una puerta interior. Excepto la puerta por la cual había entrado, todas las ventanas y puertas estaban cerradas.

Los cortinajes de la ventana estaban corridos y la estancia se encontraba en una semiobscuridad. Esto no impidió que Doc viera moverse unas figuras humanas.

Doc permaneció en el centro de la habitación y esperó. Llevaba en las manos dos objetos pequeñitos de cristal. Cada uno de ellos contenía bastante gas anestésico para poner a una docena de hombres fuera de combate.

Se abalanzaron sobre él, surgiendo de las sombras. Apenas se oyó un murmullo y no hubo orden dada en voz alta, pero Doc vio que se trataba de ocho o diez hombres que llevaban máscaras.

Cosa más asombrosa todavía que las máscaras era el hecho de que ninguna de las figuras parecía estar armada. Tenían las manos vacías y tal vez contaron con su fuerza numérica.

Doc rompió las cápsulas de cristal, que cayeron sobre la alfombra con un levísimo tintineo. El hombre de bronce había respirado hondamente y podía estar tres o cuatro minutos sin hacer

nueva provisión de aire.

El gas debió derribar instantáneamente a sus enemigos, pero estos permanecieron de pie. Ni uno solo tocó al hombre de bronce. Este se vio, sencillamente, rodeado por los enmascarados de actitud amenazadora, pero era posible que llevaran armas ocultas.

Una figura esbelta se separó de las demás y la voz helada de una mujer habló. Iba tan disfrazada, que no se podía identificar.

—Es usted bastante poderoso para derrotar a algunos de nosotros, Doc Savage —dijo la voz—. Pero no podrá dominarnos a todos. Le aconsejo que se entregue. Sus artificios e inventos no pueden nada contra nosotros. Hacemos esto por su propio bien y deseamos salvarle la vida así como a sus compañeros.

Además de una máscara la mujer llevaba una capucha que al ocultaba eficazmente.

—No tengo más remedio que entregarme —dijo tranquilamente Doc—. Pero debió usted peinarse con mayor cuidado. Enseña usted unos mechones de cabellos rojos.

No se veía cabello alguno debajo de la capucha, pero la mano de la mujer se tocó inmediatamente, buscando en vano. La mujer rió bajito.

—Me habían dicho que es usted muy listo, Doc Savage —dijo—. ¡Veo que merece esa reputación… pero eso no le salvará! Nosotros…

Doc expulsó lentamente el aire aspirado. El gas anestésico se había disipado en el aire. Sus efectos eran más cortos que el tiempo que Doc lograba contener la respiración.

El cuerpo simétrico del hombre de bronce se movió con la velocidad de rayo. No era posible que el ojo humano siguiera el arco descrito por sus fuertes puños.

Es indudable que no eran golpes que se pudieran esquivar. Sus nudillos cayeron sobre los rostros enmascarados. Estos se abalanzaron todos a la vez sobre Doc, cuyas manos cogieron a un hombre y lo tiraron de lado contra sus compañeros. Cuatro hombres cayeron a la vez.

Únicamente cuatro enmascarados quedaban de pie. Un brazo nervudo rodeó la garganta de Doc. Los esfuerzos de éste por desasirse tuvieron por resultado la aplicación de un revólver contra el cuello.

Por lo menos uno de sus enemigos iba armado.

Doc comprendió que llevaba las de perder y dejó de luchar. Le ataron y maniataron, llevándoselo con ellos cuando salieron.

—Únicamente al eliminar a Doc Savage podemos llevar nuestra empresa a cabo con seguridad —dijo una voz.

Era una voz de hombre y tenía el acento propio de los orientales.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo una mujer —. Me alegro que vea las cosas como yo. Él empleó un ardid para obligarme a traicionarme. Es indudable que sabe quien soy. ¿Cuándo se le suprimirá? Dicen que tiene poderes que huelen a magia negra.

Una risa fúnebre brotó de los labios del hombre invisible.

—Esto ha quedado arreglado —dijo—. El tanque mortal hará su obra en quince minutos. Estaremos entonces en otro sitio muy apartado de éste.

Doc Savage oyó esta conversación. Le habían dejado caer al suelo en lo que pareció una vasta estancia desierta en algún edificio destinados a almacén.

Estos se encuentran a centenares a lo largo de los ríos Hudson y del Este.

Doc se dio cuenta de que el edificio no estaba situado lejos del agua. A corta distancia pasaban unos barcos. El hombre que había hablado tenía una voz muy parecida a la de Kama y tal vez se trataba del mismo oriental.

Le habían quitado a Doc cuanto llevaba sobre su persona. Se echaba de ver que conocían sus secretos más íntimos e incluso le habían sacado la gorrita de metal a prueba de balas que llevaba en la cabeza. Tenía los pies descalzos.

Le habían quitado sus uñas postizas y las cápsulas huecas que llevaba sobre algunos dientes.

Nunca se había visto el gigante de bronce tan indefenso. Las cuerdas que le ataban estaban muy apretadas y lo único que podía hacer era esperar.

La mujer volvió a reír ásperamente.

—Vamos pues —dijo—. ¿Va a Washington esta noche?

—No estoy seguro todavía —dijo la voz del hombre—. Tal vez sea preferible esperar algún tiempo.

Se oyeron pisadas fuertes en el suelo desnudo de otra habitación

y una puerta se cerró a alguna distancia. Doc oyó pasos en la escalera.

El fino oído de Doc notó un ruido rítmico como el de un reloj. Miró a su alrededor. No se veía en la habitación una sola silla ni mesa.

Doc hizo todas las con contorsiones musculares que hubieran debido aflojar unas ataduras ordinarias, pero no surtieron efecto alguno.

El polvo amontonado en el almacén abandonado le hacía cosquillas en la nariz. Era inútil pedir socorro en aquel edificio vacío. Doc rodó hacia el sitio de donde provenía el tic —tac.

Un tanque de brillante aluminio estaba colocado en el cuarto. Todas las ventanas de éste estaban herméticamente cerradas. Las grietas habían sido tapadas con tiras de papel para tener mayor seguridad de que sería una cámara de muerte.

Un aparato marcador de tiempo estaba unido a un despertador ordinario, colocado sobre el tanque. Al tocar el despertador, un muelle se soltaría y éste a su vez haría funcionar la válvula de la tapa del tanque.

Doc no dudó un instante que el cilindro contenía algún gas mortal.

Un frasquito lleno de líquido blanco estaba colocado de manera que caería y se rompería en el suelo. Sin duda contenía un producto inflamable. En cuanto al gas del tanque, debía ser combustible o tal vea se limitaba a ser asfixiante.

Todo ofrecía mal cariz. El producto, al verterse por el suelo seco del almacén, engendraría sin duda un incendio y antes de que se lograra dominarlo, la identidad de un cuerpo quedaría enteramente destruida.

Doc se acercó dando tumbos al tanque. Su primer pensamiento fue romper el aparato marcador del tiempo, pero se dio cuenta que al tocar el tanque, el muelle haría funcionar la válvula mortífera.

Asimismo, al menor contacto, el producto químico inflamable se desparramaría por el suelo.

Más de cinco minutos habían transcurrido.

El despertador tocó e inmediatamente se oyó el silbido sordo del gas que se escapaba.

Se oyó también un leve ruido de la caída de un objeto y el

tintineo de un cristal al romperse.

Un vapor azulado llenó la estancia, formando pequeñas columnas que se encaramó por la pared.

Doc rodó hasta la ventana y, haciendo un esfuerzo tremendo, se puso de pie; dando un fuerte cabezazo, rompió el cristal y el marco de la ventana, pero no logró practicar más que una pequeña abertura.

Debajo se veía el río, desde la altura de un décimo piso. Unos barcos pasaban en la lejanía. Doc intentó romper otro pedazo del pesado marco de madera, pero no lo consiguió.

Pasó rápidamente la cabeza y los hombros por la ventana rota, de tal modo, tendría aire puro durante el máximo de tiempo. Sabía que el gas mortal llenaba el cuarto a sus espaldas.

La alcoba entera era pasto de las llamas. Doc miró con atención hacia el río, pero no logró pasar el cuerpo por la estrecha abertura de la ventana.

Detrás de Doc, el cuarto era una hoguera. Los vestidos del hombre de bronce despedían humo. La nuca le abrasaba y únicamente su rostro se salvaba. Al pasarle por la ventana, evitaba respirar el gas mortal.

Se oyó un crujido y Doc pensó al principio que parte de la pared se había derrumbado, pero era la puerta, que saltaba de sus goznes como si se la hubiese hundido a hachazos. Nuevo golpe y un fuerte tablero saltó hecho pedazos.

El tercer golpe la arrancó de cuajo. No se trataba de hachazos. Un fuerte puño penetró por la abertura. Otro puño dio en la madera, y la puerta entera cayó. Una voz exclamó:

—¡Hola, Doc! ¡Rayos y truenos! ¿Estás ahí?

—¡Atrás, Renny, atrás esto en gas asfixiante! —gritó Doc.

—¡Maldición! —chilló Monk—. ¡Déjame llegar a la ventana, Renny!

Juntos, el gigante Renny y el grotesco simiesco químico penetraron en la estancia. La corriente de aire que se estableció al abrirse la puerta avivó el fuego. Sus vestidos empezaron a despedir humo. Pero llegaron a las ventanas y las rompieron con sus gruesos puños. Los marcos, los cristales saltaron hechos pedazos. Renny y Monk contenían la respiración, así como Ham y Long Tom. Estos últimos desataron a Doc.

A los cuarenta segundos de haber forzado la puerta, Doc y sus amigos bajaban corriendo la escalera. Sobre ellos, la parte superior del almacén era un infierno. Una gruesa columna de llamas y humo se extendía sobre el río.

En la calle se oía el coche de los bomberos. Doc llevó a sus compañeros hacia una puerta lateral. Deseaba que creyeran en su muerte en el almacén siniestro.

Era de nuevo de noche.

Doc Savage estaba dirigiendo el traslado de un extraño aparato a bordo de una de sus más rápidos trimotores. El aeroplano cargó esencia para un viaje de cuatro mil millas. Esto no quiere decir que llevaba una cantidad extraordinaria de gasolina y de aceite. Los nuevos motores, los más modernos del mundo, consumían un mínimo de combustible.

Los compañeros de Doc vieron que una nueva máquina había sido colocada a bordo. Esta tenía la forma de un inmenso cilindro achatado. Parte de su construcción debía ser una nueva combinación de los elementos vidriosos del cristal. A través de su casco exterior se veían rollos de tuberías y algunos tanques.

Esta máquina acababa de ser entregada por el taller electroquímico. La habían construido en doce horas.

Doc preguntó a sus compañeros qué era lo que les había traído al edificio incendiado.

—Una mujer nos llamó —contestó Renny—. El teléfono sonaba cuando llegamos al cobertizo y la mujer nos dijo de encontrarnos en el piso superior de aquel edificio a las seis, hora de la puesta del sol. Llegamos a tiempo…

Se deducía que Doc fue llevado al edificio en cuestión por varios hombres y una mujer.

Doc creía que se trataba de una mujer de pelo rojo que estaba al mando de la cuadrilla que lo hizo prisionero.

¿Estaría acaso complicada en el asunto otra mujer todavía?

El hombre de bronce había llegado a una conclusión. Varios países extranjeros estaban complicados ya en el asunto del poder que paralizó a Nueva York y trastornó el océano. Y la mayoría de las naciones encuentran a las mujeres, en decir, a las que son bonitas, muy valiosas para esa clase de intrigas.

El gran aeroplano estaba dispuesto a emprender el vuelo. Doc

Savage pidió entonces conferencia telefónica con Washington.

De la Casa Blanca vinieron noticias sorprendentes.

La tripulación de una lancha salvavidas del Trafalgar Square que fue recogida en alta mar había hablado.

—Algunos hombres cuentan que se vieron remolcados a una velocidad espantosa por una fuerza invisible —le dijeron a Doc Savage.

—Esto explicaría su presencia cerca de las Islas Lofoten —dijo Doc—. Recogieron a los botes a corta distancia de la Isla Moskeneso, cerca de Salton Fiord.

—¿Cómo sabe usted esto? —dijo desde la Casa Blanca una voz sorprendida.

—Simple conjetura —contestó Doc—. No tiene usted noticias de la comisión de guerra, pero es probable que haya recibido un nuevo mensaje.

—Sí. Otro radiograma transmitido de buque a buque. Se lo voy a leer: "Los Estados Unidos deben desarmar. Asimismo todas las demás naciones. Tienen cinco días para decidirse. La flota debe ser recogida, el ejército licenciado. Todo armamento ha de quedar destruido. La misma orden reza para todas las naciones del mundo. La paz será aplicada a cualquier precio."

—No parece sino que el comunicante sabe claramente lo que se puede hacer —comentó Doc.

—Sí. Si tuviésemos aquí a Arne Dass para aconsejarnos. Sabía acerca de la energía atómica muchas cosas que nunca reveló.

—Tal vez demos con él —dijo Doc, sin explicar el motivo de esta creencia.

Cuando la conversación llegó al fin, Monk estaba arrastrando a Habeas Corpus, haciéndolo subir a bordo del aeroplano. El puerco árabe estaba ya tiritando. Había visto el extraño traje de pieles que Monk había preparado para él.

—Salimos enseguida para las Islas Lofoten, a lo largo de la costa oeste de Noruega —anunció Doc—. Tal vez demos pronto con el rastro de la comisión de guerra y de Johnny.

En alta mar, allá lejos, en el Norte, un hombre que se hallaba en una lancha salvavidas se hubiese alegrado al oír el plan de Doc Savage.

Al alejarse del río Hudson el rápido aeroplano del hombre de

bronce, la posición de Johnny y de los que le acompañaban era muy poco envidiable.

CAPÍTULO X

EL SOL DE MEDIANOCHE

OCHO de los hombres ocupaban la lancha descubierta. Dos de ellos llevaban el uniforme de marinos y los otros seis trajes corrientes. Afortunadamente, llevaban gruesos gabanes que habían tomado consigo para la fría travesía del Canal de la Mancha. Ninguno de esos seis hombres sospechó para qué extremos de frío le serviría su abrigo.

Los rostros de los seis hombres indicaban que no estaban a sus anchas y que se encontraban sumamente perplejos.

La lancha corría por el agua tranquila y verde de un canal interior al pie de altísimos acantilados de hielo. A primera vista se hubiera dicho que la embarcación se movía por arte de magia.

La hélice no se movía en la popa, pero la proa se hendía en el agua creando fuertes remolinos.

Uno de esos hombres era un verdadero esqueleto y temblaba de frío dentro de su grueso abrigo. Su cara de rasgos finos y expresión inteligente era la cara de un erudito.

Era el quinto hombre del grupo de ayudantes de Doc, llamado William Harper Littlejohn. Ocupó un día una cátedra de ciencias aplicadas en una de las mejores Universidades de América, pero desde que empezó a compartir las aventuras del gigante de bronce, se le conocía sencillamente por “Johnny”.

Johnny estaba diciendo:

—Nunca se ha visto semejante radiación opalescente, aun en verano. En dicha época la continua suspensión solar sobre el horizonte produce ríos de luz de todas partes de la periferia, que se difunden verticalmente sobre el hemisferio...

—Muy bien dicho, señor Littlejohn —contestó un hombre de

rostro encendido y bigote canoso—. Si no me sintiese tan abatido, apreciaría el pensamiento. ¡Por Júpiter, esos majaderos lo pasarán bastante mal cuando llegue la marina de Su Majestad!

El que hablaba no era otro que sir Arthur Westcott, miembro británico de la comisión de guerra secuestrada. No tenía la menor idea de lo que Johnny quería decir, pero sentía una fe inquebrantable en la marina inglesa.

Johnny usaba rara vez una palabra corta cuando podía encontrar otra larga para el caso. Acababa de hablar del efecto de Sol de Medianoche. En verano, el sol no se escondía nunca detrás del horizonte y en aquella estación no subía encima de la línea de éste.

Sin embargo, allí donde debió reinar la obscuridad, aliviada tan sólo por las luces norteñas, la lancha corría en medio de una luz extrañamente blanca.

Johnny se decidió a hablar en inglés sencillo para que sus compañeros pudiesen comprenderle.

—Si tan sólo pudiésemos ponernos en contacto con Doc Savage —dijo pensativamente—. Pero no tuvimos tiempo de nada y ahora no tenemos radio. Nos encontramos en un mundo muerto, exceptuando a ese monstruo misterioso que tiene cuernos. Pero Doc Savage sabría qué es o que hemos de hacer…

—Parece tener usted mucha confianza en ese Doc Savage, amigo —dijo sir Arthur, tirándose del largo bigote—. Yo prefiero fiar en la flota de Su Majestad. Después de todo, amigo mío, la flota inglesa va a todas partes.

—Me inclino a creer que Doc Savage ha estado en sitios que la marina inglesa no ha visto nunca —dijo Johnny, sonriendo.

Respetaba sin condiciones a la marina de Su Majestad, pero Johnny dudaba de la posibilidad de que los buques de guerra británicos pudiesen perseguir a un monstruo submarino mecánico entre los traidores canales y fiords de las Islas Lofoten.

Los demás compañeros de Johnny eran el barón Calosa. De Italia, el señor Lemont, de Francia, serr Schuman, de Alemania, y el señor Torres, de España.

Ninguno de ellos emitió teoría alguna que explicara el hecho de que cuatro misteriosos pitones atrajeron su bote hacia la región polar helada. Esos pitones podían serlos cuernos de algún monstruo

submarino.

La extraña luz bañaba el agua azul y helada. La intensa radiación obscurecía las usuales luces norteñas, la aurora boreal.

A un centenar de yardas de la lancha, los cuatro pitones salían levemente del agua y hendían el tranquilo mar. No se veía girar la hélice de la embarcación.

De al proa de la lancha partía un delgado cable de acero que arrastraba el bote a gran velocidad. Todos los instrumentos con los cuales hubieran podido cortarlo habían sido quitados de la embarcación. Esta llevaba pintado el nombre de S. S. Trafalgar Square Dover Inglaterra. El cable de acero se hundía en el agua.

—¡Quisiera saber si esos majaderos de ahí abajo pueden vernos con esos extraños ojos! —Se quejó sir Arthur.

Los cuatro pitones se encontraban a unos pies de distancia unos de otros, en línea recta. Los ojos a los que se refería sir Arthur se parecían a grandes espejos que reflejaban la extraña luz del día con una brillante radiación y a ratos llegaban a cegar a los ocho hombres de la lancha salvavidas.

Unos enormes témpanos de hielo bajaban flotando del Norte. El horizonte parecía ahora definido por un círculo de luz.

—Si pudiésemos adivinar lo que significa todo esto… —añadió Johnny—. Aquí estamos, una comisión de guerra dispuesta a acabar con la guerra. Se nos arranca de las literas en plena noche. No vemos a los hombres armados, pero es evidente que obligan a todo el mundo a abandonar el Trafalgar Square. ¿Creen ustedes que los otros botes salvavidas han sido traídos hasta aquí?

Ninguno de sus compañeros supo qué contestarle.

Sin duda alguna, los pitones que sobresalían estarían unidos con algún nuevo y extraño artefacto submarino. Sin embargo, éste no se había hundido nunca bastante para sumergir los pitones. Johnny creía comprender que los cuernos y los ojos parecidos s espejos estaban relacionados con la marcha de la embarcación.

Si ésta estaba provista de motores de enorme poder, ¿por qué resultaba su marcha tan silenciosa?

Nuevamente sir Arthur Wescott afirmó su fe en la marina inglesa.

—A estas horas un centenar de buques nos estarán buscando —declaró—. ¡Nos encontrarán aunque para ello sea preciso enviar a la

flota británica en peso!

Sin duda la flota entera habría sido puesta en movimiento, si hubiese sido necesario para rescatar a la comisión de guerra. Pero en aquel preciso momento, los marinos de Su Majestad se encontraban ante un problema particular en el Mar del Norte.

La luz del día había llegado a una hora extraña. En una superficie muy dilatada, todos los buques, desde las lanchas de pesca hasta los destructores de patrulla, se encontraban inmovilizados. En la vasta extensión en la cual la comisión secuestrada se había movido, ningún otro barco podía valerse.

CAPÍTULO XI

CUANDO LOS CAÑONES FRACASARON

EL submarino de Su Majestad que se encontraba más al Norte que ninguno estaba cerca de las Islas Lofoten. Su presencia en dichas aguas era debida al hecho de haber sido enviado para investigar el estado de los hielos flotantes a lo largo de la costa de Noruega.

La influencia del Gulf Stram evitaba hasta cierto punto que aquel litoral se helara totalmente.

El comandante del submarino había explorado minuciosamente la costa noruega, subiendo a la superficie durante la noche.

La radio de la nave recogió la noticia del aparente desastre ocurrido al Trafalgar Square en el Canal de la Mancha, de lo cual el comandante tomó nota.

El Canal de la Mancha, entre Dover y Caláis, estaba demasiado lejos para preocupar a la tripulación de un submarino que se encontraba en la vecindad de las Islas Lofoten.

Pero de pronto, cuando no se hubiera debido ver más que el mar oscuro, la superficie del agua adoptó el aspecto brillante que tenía de día. El comandante dio la orden de vaciar los tanques de inmersión y el submarino de Su Majestad remontó lentamente a la superficie.

El comandante en persona estaba al periscopio y el delgado tubo emergió del agua.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. ¡Veo visiones! ¡No es posible que una lancha salvavidas mantenga esta velocidad con su propia fuerza motriz! ¡Rayos! ¡Mire usted, teniente! ¡Es un bote del vapor Trafalgar Square!

—¡Tiene usted razón, capitán! —exclamó el teniente. Luego añadió sombriamente—: ¡No creo en serpientes de mar, pero si eso

no son los cuernos de algunos monstruos, es que estoy loco de remate!

El comandante lanzó una breve orden. Los tanques del submarino silbaron.

La embarcación submarina acabó de emerger.

—Tal vez tenga usted razón después de todo, sir Arthur —dijo Johnny—. ¡Aquí tenemos a la flota de Su Majestad!

Se veía obligado a hablar en voz alta a causa del silbido del viento. Sir Arthur lanzaba exclamaciones de júbilo y se tiraba del mostacho.

El periscopio del submarino estaba a la vista.

El submarino se acercaba a buena velocidad.

—Inglaterra sigue siendo la dueña de los mares, amigo mío! —dijo sir Arthur.

Los pitones y sus espejos brillantes habían aminorado la velocidad. El periscopio se encontraba tal vez a un centenar de yardas de distancia.

El submarino no parecía sentir los efectos del extraño poder como los barcos que navegaban por la superficie.

Johnny y sus compañeros de la lancha ignoraban cuales eran esos efectos o no habrían estado tan seguros de que el socorro había llegado.

Los ocupantes de la embarcación de los cuatro pitones misteriosos se habían dado cuenta de la llegada del submarino y adaptaron su velocidad a la del buque inglés.

—¡Bondad divina! —exclamó Johnny—. ¿Creen ustedes que nuestros amigos piensan luchar?

—Esos majaderos van a ser tratados según se merecen —aseguró sir Arthur—. ¡Los cañones de Su Majestad le amenazan!

El submarino subía a la superficie y se dirigía en línea recta a la lancha salvavidas. El largo casco negro no estaba a más de un centenar de yardas cuando emergió totalmente y su torre redonda quedó visible.

El submarino realizó una maniobra y las hélices chuparon toneladas de agua. Se oyó un ruido de maquinaria y la escotilla de la torre se abrió, unos oficiales con galones dorados salieron a la cubierta de hierro.

Nuevamente los pitones se movieron con rapidez, alejando la

lancha del submarino.

—¡Viren de bordo, en nombre de Su Majestad! —gritó una voz con acento inglés desde el submarino.

Una nueva orden siguió a la primera, sin obtener atención.

Entonces un cañón de tiro rápido subió por la torre del submarino. Este seguía moviéndose lentamente. Sus motores no habían sentido todavía los efectos del misterioso poder que parecía acompañar a la extraña luz diurna.

El cañón ladró y el proyectil cruzó el agua verdosa. Dio de lleno en uno de los pitones y lo cortó. El espejo reflector desapareció en el mar.

Instantáneamente, los otros tres pitones se movieron con mayor rapidez.

Johnny no encontró palabras largas para expresar sus sentimientos.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Le cortan los pitones y no se para! ¡Miren ustedes! ¿Qué ha ocurrido?

La consternación reinaba aparentemente a bordo del submarino inglés. Los oficiales movían los brazos. Se oían gritos. El submarino no se movía. Sus máquinas quedaban repentinamente paralizadas.

—¡Esto en formidable! —dijo Johnny a media voz—. Ese submarino parecía funcionar normalmente hasta que se acercó. Recuerden ustedes que las máquinas del Trafalgar Square se pararon bruscamente, precisamente cuando se apoderaron de nosotros.

El comandante del submarino gritaba nuevas órdenes. Era evidente que quería cerrar la escotilla de la torre de emersión, pero el motor que hacía funcionar la maquinaría estaba fuera de uso también.

—¡Y aparentemente eso liquida su flota inglesa! —dijo Johnny —. ¿Y ahora qué?

De la quilla del submarino emergió un objeto alargado, parecido a un pez.

Era un torpedo, artefacto temible entre todos. El inteligente comandante había ordenado que se disparara en un esfuerzo supremo por detener a los extraños cuernos.

El torpedo había sido disparado desde su compartimiento, debajo del agua.

Por su propio impulso volaba entre la lancha y los pitones del monstruo.

—¡Preparaos! —gritó Johnny—. ¡Vamos a tomar un baño frío! ¡Cuándo estalle tendremos que saltar!

El torpedo estaba quizá a medio camino entre el submarino y los tres pitones. Johnny se preguntó si corría a bastante profundidad para tocar a la embarcación misteriosa, pero de pronto dejó de preocuparse.

El torpedo pareció expirar como un pez enganchado por un arpón. Flotaba en la superficie sin moverse. El extraño poder de esa luz del país del Sol de Medianoche había reducido el torpedo a la impotencia.

No hubo explosión. Un esfuerzo para disparar otro torpedo desde el submarino británico fracasó. Se oyeron unas voces de mando y por los ademanes y movimientos de brazos se comprendió que el comandante deseaba sumergirse inmediatamente. Tal vez se figuraba que sus máquinas averiadas volverían a funcionar debajo del agua.

Pero no se oyó ningún rumor de maquinaria y la torre del submarino permaneció abierta. El submarino inglés flotaba, tan indefenso como el torpedo.

Los tres pitones seguían su ruta y la lancha salvavidas reanudó su carrera hacia el Norte a gran velocidad.

La comisión de guerra de seis grandes naciones prosiguió su viaje hacia una dirección desconocida.

—De todas maneras —declaró Johnny—, yo tengo ahora la seguridad de una cosa, y es que este extraordinario acontecimiento es demasiado importante para que Doc Savage no se haya enterado de él. No tardaremos en tener noticias suyas.

Johnny acertaba en parte. El aeroplano de Doc Savage no andaba lejos de allí. Pero algún tiempo transcurriría antes de que éste aliviase la situación de Johnny y de sus compañeros.

CAPÍTULO XII

NUEVO PODER EN EL CIELO

LOS motores de los aeroplanos de Doc Savage eran probablemente los más silenciosos del mundo. El gran avión volaba a una altura de mil pies sobre la movediza superficie de Mar del Note.

Aunque era de noche, Doc Savage escudriñaba el océano con atención.

Todas las crestas de las olas y los objetos que flotaban quedaban claramente visibles a pesar de que aparentemente el aeroplano no proyectara ninguna luz sobre las obscuras aguas.

Doc llevaba un par de enormes anteojos provistos de lentes complejos. De la parte inferior del aeroplano fluía un rayo invisible que iluminaba una vasta extensión de terreno. En el radio de este rayo todo se destacaba en negro y blanco, como sucede en las películas.

Los anteojos que Doc y sus compañeros llevaban les permitían ver las cosas como si el rayo fuese un poderoso faro.

Long Tom estaba manipulando la radio. De Washington recogieron lo que sigue:

—No se tienen noticias de la comisión de guerra desaparecida.

De Londres, unas noticias más interesantes eran transmitidas por radio:

—Aviso a todos los buques. Extraños disturbios en el Mar del Norte. Muchos buques averiados. Extraña luz ha aparecido...

Añadieron luego:

—Uno de los submarinos de Su Majestad sigue sin dar noticias desde el extremo norte, en la vecindad de las Islas Lofoten.

—Doc —exclamó Monk—. ¿No es allí donde vamos?

—Parece ser nuestro lugar de destino —dijo Doc—. Esta noticia

no es sorprendente. El centro de perturbación de nuestra radio se encuentra por ahí.

¿Y esa luz de que hablan, Doc? —preguntó Ham—. Después de lo que nos ocurrió en Maryland piensa tú por un momento que lo mismo nos pase aquí. ¿Qué haríamos?

Doc se limitó a sonreír sin contestar.

—¡Ham, te vuelves tan pelma como Monk! —rezongó Renny.

Los compañeros de Doc sentían honda curiosidad por el inmenso cilindro transparente colocado a bordo del aeroplano, pero Doc se había abstenido de explicar su utilidad.

De repente, Doc divisó un buque naufragado. Surgió silencioso cual buque fantasma, a la luz del rayo proyectado por el aeroplano.

—Hemos alcanzado el Trafalgar Square —anunció Doc—. El vapor se estrelló contra las rocas.

El abandono de Trafalgar Square estaba sólidamente acuñado entre las rocas de la costa. Tenía la proa completamente destrozada.

Doc aterrizó nuevamente cerca del buque. Fue necesario emplear uno de los botes pontones de goma para alcanzar el barco. Monk arrastraba su puerco detrás de él.

Cuando alcanzaron el costado del buque fantasma, Habeas Corpus se puso rígido y se negó a seguir adelante.

—¡Maldito esa, Doc! —exclamó Monk—. ¡Esto no me gusta! ¡Este puerco huele algo raro en este asunto!

Doc llevaba una caja negra y cuadrada, provista de una lente que parecía hecha de cristal negro. Se trataba de un fluoroscopio. El hombre de bronce anduvo por la inclinada cubierta del Trafalgar Square. Pasó la lente de la caja por varias ventanillas de los camarotes.

De pronto un curioso brillo azul iluminó un cristal y unas palabras saltaron a la vista.

—Esperaba que Johnny hubiese tenido tiempo de dejar un mensaje —dijo Doc.

Pero las palabras no daban gran información:

“Doc, si lees esto sabrás que la comisión de guerra ha embarcado en una lancha salvavidas, acompañada de hombres armados. Nuestras máquinas están paradas. La tripulación y los pasajeros salen todos del buque…”

No había más. El mensaje había sido escrito con una substancia

parecida al yeso que brillaba bajo el rayo violeta, llamado a veces “luz negra”.

Doc llevó a sus compañeros al gran cuarto de las máquinas. No se veía señal alguna de vida humana a bordo del vapor de pasajeros, como tampoco de violencia.

Doc no perdió más tiempo a bordo del Trafalgar Square. El vapor de pasajeros estaba condenado a abrirse sobre las rocas al estallar la primera tempestad.

El trimotor volvió a emprender la ruta hacia el Norte. Casi inmediatamente, la radio dejó de funcionar. La árida y rocosa costa de Noruega surgió a su vista. Inmediatamente, Doc ganó altitud.

—¡Es el mismo, Doc! —exclamó Ham—. Pero esta vez viene del Norte. Hace mucho frío aquí para vernos obligados a aterrizar.

—Poneos las ropas de más abrigo —aconsejó Doc—. Nos acercamos a lo que temía. Cuidad de recoger vuestro equipo entero. Tenemos muchas otras cosas a bordo.

Estas últimas palabras resultaban un misterio.

Pero el alba que llegaba, rápida, el Norte, no era ningún misterio para Ham y Monk. Era la misma luz blanca que presenciaron en la costa de Maryland, pero esta vez el aeroplano se dirigía hacia ella y el alba parecía llegar con mayor rapidez.

Los motores funcionaban trabajosamente a aquella altitud.

Entonces fue cuando en la noche, en torno al aeroplano, se oyó un fuerte ruido de motores. Era como si unas desconocidas naves aéreas de la estratosfera bajaran para interceptarles el paso.

—¡Aeroplanos! —exclamó Renny—. ¡Oíd esos motores! ¡Parecen el mismísimo trueno!

—No hay más de tres aeroplanos —dijo Doc—. Son trimotores como el nuestro, pero tienen un sonido distinto de todo lo que he oído en mi vida.

Era evidente que los pilotos de los tres aeroplanos misteriosos no tenían intención de interceptarle el paso el avión de Doc. O tal vez, no se habrían dado cuenta de su presencia en la obscuridad.

Lentamente, el trueno de los extraños motores se alejó y expiró.

—Bien —suspiró Long Tom—. ¡Por ahora hemos escapado! Ahora me pregunto…

El electricista no concluyó la frase.

Inesperadamente y con brusquedad, como una bengala que se

enciende, la luz del día se estableció. El trimotor quedó bañado por esa extraña iluminación e inmediatamente el río de motores calló. A unas seis millas sobre el suelo, el aeroplano de Doc Savage quedaba indefenso.

—Preparaos para saltar rápidamente al aterrizar —aconsejó Doc tan tranquilamente como si estuviesen a punto de apearse de un automóvil, sobre tierra firme—. Tenedlo todo listo. Tal vez dispongamos de poco tiempo.

La misteriosa luz norteña no era la aurora boreal. Sin embargo, iluminaba la áspera costa hasta en sus menores detalles. Detrás de la boca de entrada del océano se extendía la gran meseta de Noruega.

A lo largo de la costa, unos anchos ventisqueros se destacaban sobre los numerosos *fierds*, que se veían desde la gran altura. Algunos de esos canales marítimos se extendían por espacio de muchas millas en el interior de la tierra.

La temperatura era extremadamente baja, pero las paredes aisladas del aeroplano mantenían el frío a raya. Sin embargo, la temperatura alcanzaba bastantes grados bajo cero y Doc Savage tuvo toda la razón al ordenar que sus compañeros se pudieran prendas adecuadas para las regiones árticas.

—Esto no le gustará a Habeas Corpus —se quejó Monk—. Tengo que ponerle anteojos. El reflejo de la nieve lo cegaría.

—Aunque se quede ciego para siempre me tiene sin cuidado —replicó irónicamente Ham.

Doc Savage mantenía el pesado aeroplano en un vuelo planeado descendente tan lento como le era posible.

—¡Mirad amigos! —dijo—. Esas sombras azules que veis allí son las Islas Lofoten. Una de éstas se llama la Isla Moskeniso y de ella habló Hjalmar Landson al morir.

Entre las sombras azules y el continente, se veía agua verde y tranquila. En sitios distintos, se divisaban tres puntos negros que parecían no moverse.

Los ojos penetrantes de Doc vieron más que los de sus compañeros.

—Son barcos de pesca y están parados —dijo—. Dos de sus tripulaciones han izado un tosco velamen. Se dirigen a la playa y por ahí debe haber un pueblo.

Entre dos paredes de hielo, cerca de un fiord, apareció un sitio oscuro del que se elevaba humo.

—Tal vez tengamos suerte —dijo Doc—. De todos modos, éste es un pueblo de pecadores noruegos o lapones. Esas gentes acostumbran a ser hospitalarias.

—¡Rayos y truenos! —dijo Renny—. ¡Espero que nos traten amistosamente! Mal sitio es éste para valernos de nuestras propias fuerzas.

Iban a darse cuenta de que aquellos sencillos pescadores no eran hospitalarios y que en el pueblo que acababan de descubrir no se les daría precisamente la bienvenida.

CAPÍTULO XIII

EL ROSTRO DE UNA MUJER

TAL vez otros pilotos habrían sido capaces de amarar en aquel mar helado.

Pero muy pocos, en realidad, habrían posado al cargado avión sobre aquella superficie verde sin hundir la cola o la parte delantera de la nave.

Doc Savage deslizó los pontones sobre la superficie del mar como si estuvieran engrasados. El aeroplano se hundió algún tanto, pero conservó el equilibrio.

A la extraña luz, las montañas de la costa se erguían cual enormes catedrales azules. En los valles había numerosos ventisqueros.

Al posarse el avión, los compañeros de Doc saltaron sobre las alas.

—No será muy difícil llegar a la orilla en las canoas de goma —dijo Long Tom Podemos hacer varios viajes y llevar a tierra las provisiones que necesitamos.

Doc Savage estaba de pie en el armazón del aeroplano, mirando hacía el Norte. Allí, la zona clara se recortaba contra una cortina negra y durante unos segundos los cuatro hombres oyeron el extraño trino de su jefe.

Habeas Corpus estaba parado en el ala del aeroplano. El cuerpo se le puso rígido y tendió el alargado hocico hacia el Norte.

—¡Maldita sea! —dijo Monk—. ¡El puerco huele algo!

—Sugiero la idea de que te apartes de él —dijo mordazmente Ham.

Era evidente que el puerco tenía miedo. Doc se volvió rápidamente.

—Hace tiempo que me temía esto —dijo—. Este océano encantado tiene un doble poder. El de reducir a la impotencia y el de suplir una fuerza motriz.

Comprendieron enseguida el alcance de las palabras del hombre de bronce.

De la cortina negra del Norte salieron velozmente tres puntitos que no tardaron en tomar el aspecto de rápidos aeroplanos.

Se acercaron a toda velocidad. Esta alcanzaría, sin duda, trescientas millas por hora. Se encontraron inmediatamente encima del aeroplano que flotaba sobre el mar, casi antes de que los hombres de Doc empezaran a moverse.

—Podemos permanecer fuera hasta que hayan pasado —aconsejó Doc—. Los resultados serán los mismos.

Los hechos no tardaron en darle la razón. Los tres aeroplanos volaban bajo y pasaron a un centenar de pies escasamente.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¿Te has fijado, Doc? ¡Lo único que se oye es el aire que hacen sus hélices! ¡Sus motores son completamente silenciosos!

Esto en evidente —dijo Doc—. Pero cuando han pasado anteriormente, sus motores hacían bastante ruido. Me parece que ahora no vuelan con los mismos motores.

Monk estaba bailoteando sobre el ala. Sus cortas piernas y largos brazos le daban un asombroso parecido con un chimpancé excitado. —¡Era ella, Doc! ¡La chica del pelo rojo!— gritaba Monk —. ¡Yo que creía que podía fiarme de ella! Está en uno de esos aeroplanos. ¡Le he visto la cara y el pelo rojo!

—Tiene razón —afirmó Ham—. Y el sujeto que se llama Kama está en el mismo aeroplano. Estaba mirando hacia abajo. Doc, nos ha seguido por todo el Atlántico.

—Así lo creo —dijo Doc con toda calma—. Sí, era Lora Krants. La muchacha pelirroja y ese individuo que dice venir de San Tao. Ahora, adentro. No tardarán en regresar. No habían visto más que dos rostros en los rápidos aeroplanos y la identidad de los demás ocupantes seguía siendo un misterio.

Los tres aeroplanos desaparecieron rápidamente hacia el Sur, pero no estuvieron ausentes mucho tiempo.

Doc y sus amigos entraron en el camarote. El hombre de bronce empujó unas palancas al extremo del gran cilindro transparente.

Una tapa muy ajustada se abrió y se vió el interior, en el cual no había sitio más que para pocas personas.

—Esperaremos un momento aún —aconsejó Doc—. Pero preparaos para entrar aquí rápidamente. Van a atacarnos.

Casi inmediatamente los tres aeroplanos regresaron, siguiendo en sentido inverso la misma ruta que al llegar. Esta vez venían a unos cuantos centenares de pies de altura. Long Tom y Renny se deslizaron en el estrecho interior del cilindro.

—¿Pero que pasa, Doc? —inquirió Ham.

—¿No supones que...? Esto no va debajo del agua, ¿verdad?

—Ha sido hecho con ese fin —declaró Doc tranquilamente—. Y es capaz de hacer otra cosa además de ir debajo del agua.

Los tres aeroplanos volvieron a pasar sobre ellos.

—Me he fijado en algo extraño, Doc —dijo Ham—. Estos aeroplanos no tenían sombra cuando pasaron por primera vez.

—Sin luz directa desde arriba, no se pueden esperar sombras —declaró Doc.

Ham se estremeció y dijo rápidamente:

—Uno de ellos da media vuelta, Doc.

¡Ahora vuelve!

Uno de los aeroplanos de misterioso poder se había separado de los demás.

Al encontrarse directamente encima del aeroplano de Doc, inició un descenso en espiral.

Doc y sus hombres no vieron el reluciente bólido que caía hacia el agua. La suerte quiso que el piloto diera muestras de mala puntería.

El proyectil cayó a más de cincuenta yardas del aeroplano de Doc. La explosión consiguiente hizo saltar toneladas de agua y una enorme ola amenazó con destrozar los pontones.

—¡Adentro todos! —ordenó Doc—. Es probable que la próxima vez calculará mejor las distancias.

El cilindro transparente acogió a los cinco hombres, pero quedó, entonces, muy poco espacio libre. Estaban rodeados de una variedad de tanques metálicos.

—¡Rayos y truenos! —rezongó Renny—. ¡Se va a hacer muy oscuro!

Doc no contestó, pero pasó la mano por un tablero, dejando al

descubierto unos tubos alargados. Estos brillaron de repente, esparciendo una extraña luz azulada. Esta emanación era de naturaleza fosforescente y resolvía el problema del alumbrado.

Doc no dijo a sus compañeros a base de qué productos se obtenía dicha luz. Se echaba de ver que no dependía de una corriente eléctrica.

La tapa de entrada del gran cilindro cayó en su sitio. Doc dio la vuelta unos cuantos botones y de uno de los tanques salió un silbido sordo. Era oxígeno que se escapaba.

—Ahora, si tuviésemos una fuerza motriz, iríamos a muchos sitios —dijo Ham—. Supongo que iremos a parar al fondo del agua y a lo largo de esta costa dicen que hay una profundidad de cerca de seiscientos pies.

Habeas Corpus gruñó y apretujó su hocico contra el cuello de Ham. Este hizo el ademán de sacar el bastón estoque.

—¡Aparta a este maldito bicho de mi cuello! —gritó—. ¡De lo contrario, le corto una oreja!

Monk se limitó a hacer una mueca y a gruñir. El suelo del camarote se movió, inclinándose. Uno de los pontones había sido rajado por la explosión de la bomba.

Los tres aeroplanos seguían volando sobre ellos.

—Es probable que la próxima vaya mejor dirigida —dijo Doc—. Creo que ha llegado el momento de irnos.

Se oyó un crujido y el suelo del camarote pareció disolverse bajo el gran cilindro.

Este cayó por su propio peso en el agua verde.

Apenas se había sumergido, cuando una formidable explosión amenazó con destrozar sus paredes transparentes.

La segunda bomba había acertado su objetivo. El aeroplano de Doc Savage quedó destruido con una explosión que lo despedazó materialmente. Nadie que estuviese en el camarote podía seguir vivo.

Una voz de hombre habló desde uno de los aeroplanos que surcaban el cielo azul.

—¡El gran Doc Savage ha muerto! —dijo con acento de odio—. Sus conocimientos eran lo único que debíamos temer en el mundo.

Si se le hubiese dado tiempo, habría acabado por esclarecer el misterio.

—¡Bien, bien! —dijo una voz que tenía un fuerte acento extranjero—. ¿Cuándo sabremos el precio que hay que pagar?

—Tal vez la venta se efectúe al mejor postor —dijo otra voz—. Ninguna nación posee un tesoro demasiado grande para arriesgarlo entero por este poder. Un puñado de hombres podrían dominar el mundo.

—Eso en lo que hace que un hombre le corte el cuello a otro —sugirió la segunda voz.

—Sí, y cuidaremos de cortar cuellos nosotros —dijo el primer hombre—. Cualquier nación comprará. Cual de ellas es, eso lo decidiré yo. Ya no hemos de temer a Doc Savage.

Los tres aeroplanos misteriosos volvieron a su formación, en línea recta. En uno de ellos iba Lora Krants, la muchacha pelirroja. Estaba mirando hacia el mar verde cuando pasaron sobre el lugar donde se había posado el aeroplano de Doc Savage.

No se veían ya vestigios del aparato. Pero sí una enorme mancha de aceite.

—Ha desaparecido —susurró la muchacha.

—Sí, este es el fin de Doc Savage —dijo el joven de negras cejas que estaba a su lado.

Un hombre de piel amarilla enseñó sus dientes blancos en una rápida sonrisa.

—Los que juegan con la voluntad del infinito preparan su propia destrucción —, hizo observar alegremente.

Era evidente que el sujeto llamado Kama no se sentía afligido por la evidencia de la rápida muerte de Doc Savage.

Aunque apretujado en el estrecho espacio libre del interior del cilindro, el grupo de amigos de Doc estaba confortablemente instalado. Durante unos minuto, el cilindro permaneció suspendido como un globo de niño que flota en el aire. El último vestigio del aeroplano destruido se había hundido lentamente en el fondo del mar.

Luego, el cilindro volvió a hundirse y alcanzó una profundidad en la cual la presión debía ser terrible; pero el material de que estaba hecho el extraño aparato era capaz, por lo visto, de resistirla.

—Es como si uno estuviese en un ataúd —se quejó Renny—. Doc, esto resulta un buen escondite; pero quizá demasiado bueno, creo yo.

Doc Savage sonrió sin contestar. Sus manos bronceadas estaban atareadas.

—Es preferible esperar un poco —dijo Doc—. Estamos en conflicto con unos cerebros muy astutos. Muchas naciones se interesan por esa luz blanca del océano encantado. Es un poder que daría el país más insignificante la supremacía sobre los demás.

El hombre de bronce esperaba, hasta tener la seguridad que los ocupantes de los tres aeroplanos no sospecharían que, tanto él como sus amigos, habían sobrevivido.

De pronto, Doc accionó una palanca y con gran asombro de sus compañeros, el cilindro se llenó del ruido rítmico de un motor. El cilindro empezó a moverse a corta distancia del fondo oscuro del mar helado, cual enorme pez en busca de comida.

—¡Rayos y truenos! —estalló Renny—. ¡Que submarino, amigos! ¡Ahora podemos viajar! ¿Has descubierto qué fuerza es la que mantenía a esos aeroplanos en el aire, Doc?

El hombre de bronce meneó la cabeza.

—Tal vez lo sepamos más adelante —dijo—. Por ahora, nos movemos por medio de la descarga de aire comprimido.

CAPÍTULO XIV

UNA RECEPCION CALUROSA

A Habeas Corpus no le gustaba aquel recinto tan reducido. Aun frente al enorme peligro que habían corrido, Ham descubrió la manera de mortificar a Monk.

Cuando el puerco, vestido de pieles, se apretujaba demasiado contra él, el abogado hundía la punta de su cuchillo en el grueso cuero del animal.

El puerco gruñía y Monk cubría a Ham de improperios. La piel que el animal tenía puesta no estaba destinada a ser llevada en sitios completamente cerrados y el puerco árabe no tardó en despedir un olorcillo desagradable.

El cilindro se encaminaba a la playa.

—Si tenemos que salir de este artefacto a esta profundidad, quedaremos pulverizados —dijo Ham—. No es bastante grande para contener tanques sumergibles, de manera que no podemos expeler agua para subir a la superficie.

Este pensamiento era poco alentador. El oxígeno de los tanques no duraría siempre y sólo les quedaban unos minutos de aire respirable.

Doc Savage no contestó. De unos recipientes aplanados estaba sacando productos en polvo que vertió en una retorta de extraña forma.

Un tubo iba de esta vasija al costado del cilindro y éste tenía doble pared entre las cuales quedaba un espacio considerable. En dicho espacio se había hecho el vacío. La doble pared iba llenándose y el cilindro empezó a subir a la superficie.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¡Magnífico! La cuadrilla de la dama del pelo rojo cree que hemos muerto. ¡Vamos,

a desembarcar en el pueblo de pescadores, Doc! ¡No será empresa difícil descubrir, el misterio del océano encantado!

Doc Savage estaba mirando una pequeña brújula. Las rocas de la playa descollaban debajo del agua como una pared negra. El hombre de bronce hizo navegar el cilindro a la largo de esas rocas y al cabo de pocos momentos, el cilindro se metió en un fiord.

—Tu idea no es mala, Renny —dijo Doc—. Pero creo que nuestra aparición será una sorpresa algo fuerte para esos pescadores; sobre todo si son lapones.

Entre dos rocas enormes se distinguía un espacio arenoso en cuyo fondo había un pequeño muelle. El cilindro de cristal se encontraba tan sólo a unas yardas de la superficie. Una extraña figura estaba de pie en el extremo del pequeño muelle. Iba cubierta de pieles y su rostro estaba curtido por el sol y la intemperie. Unos ojillos negros y redondos miraban fijamente el agua.

El hombre lanzó un grito y pronunció dos palabras. Luego recogió un largo arpón que le servía para cazar morsas y lo tiró en el agua.

Las palabras que había pronunciado significaban en lapón: "¡Demonio del mar! La punta del arpón abolló el cilindro. Doc y sus compañeros vieron el arma caer en el agua.

—Dijiste que eran un pueblo primitivo, Doc —dijo Ham—. Tengo la impresión que nuestra llegada no es vista con muy buenos ojos.

—Es más que probable que habrá algún equívoco —observó Doc Savage—. Prepara las armas, pero no hagáis uso de ellas menos de veros obligados.

Monk, Long Tom y Renny llevaban pistolas cargadas con balas misericordiosas. Doc Savage y sus hombres no mataban sino en casos extraordinarios. Las balas de las extrañas pistolas se limitaban a dejar las víctimas sin conocimiento.

El cilindro hundió la punta en la arena helada y Doc abrió la puerta. Fue el primero en salir afuera. Antes de que sus compañeros le imitasen, el aire se llenó de gritos de furor y miedo. Doc Savage comprendía el idioma de las tierras del Norte, así como Ham.

De veinte sitios distintos, entre las rocas, se oyeron disparos de fusiles. Les tiraron arpones y venablos. Las explosiones que hacían menos ruido eran las más peligrosas. Los fusiles que explotaban

ruidosamente eran armas anticuadas que se cargaban por la boca, del tipo usado para matar pájaros con perdigones. Los demás eran rifles.

Repitieron los gritos: —¡Matad a los demonios del mar! ¡Matad a los demonios del mar! ¡Hacen flotar a los muertos!

Esta última acusación resultaba más bien asombrosa. Doc y Ham buscaron refugio tras un peñasco. Renny, Monk y Long Tom se acurrucaron tras otro.

El puerco, Habeas Corpus, recibió parte de una descarga de perdigones y lanzó un chillido agudo. Alrededor de un centenar de figuras cubiertas de pieles eran visibles entre las rocas de la playa. Detrás de ellas se veía un círculo de cabañas hechas de pieles tendidas sobre estacas.

Un humo espeso y grasiento salía de los respiraderos practicados en la parte superior de las cabañas. Los disparos cesaron unos segundos.

Una de las extrañas figuras cubiertas de pieles señaló a Habeas Corpus y exclamó en su lengua:

—¡Producto del demonio del mar! ¡Muera, muera!

La cosa se presentaba mal para Habeas Corpus. El puerco seguía estremeciéndose. Un pesado arpón alcanzó a Monk en la frente, sin herirlo, pero dejándolo aturdido. El químico cayó y rodó al abrigo del peñasco.

Durante un minuto, no pudo levantarse. El puerco parecía perdido. Sus grandes orejas se movían espasmódicamente.

—¡Ese miserable puerco es de mi propiedad personal! Lo guardo para mí —declaró de pronto Ham.

Dos lapones se abalanzaron sobre Habeas Corpus, blandiendo largos arpones. La delgada figura de Ham se movió con velocidad increíble y se vió el brillo de un acero.

—¡Os lo habréis buscado vosotros! —gritó Ham. Los lapones volvieron sus arpones contra él. El abogado se encontraba entre ambas armas. Su estoque se movía con tal rapidez que no se lo veía. Su punta, aguda como la de una aguja, atravesó las pieles de uno de los hombres.

Un arpón cayó sobre la roca. El lapón no soltó más que un leve gruñido y quedó aparentemente dormido. El otro arpón se abatió ladeado e hizo caer a Ham de rodillas.

El estoque rozó la muñeca cubierta de pieles del que empuñaba el arpón y el hombre sufrió la misma suerte que su compañero, cayendo de bruces.

Con una expresión de profundo disgusto y asco estampada en su rostro ascético, Ham, agarró al marrano por una de sus largas orejas.

Las balas silbaban a su alrededor mientras arrastraba el atemorizado animal hasta dejarlo en lugar seguro.

Algunos de los habitantes del pueblo eran grotescamente pequeños, mientras otros tenían la estatura de gigantes. Vestidos de pieles de pies a cabeza, parecían verdaderos Vikings de un siglo pasado.

Doc se levantó y empezó a hablarles en su propio idioma.

CAPÍTULO XV

DEMONIOS DEL MAR

—¡VENIMOS en son de paz! —aseguró Doc Savage—. Habéis tenido algunas dificultades y con este motivo os unisteis unos pueblos con otros.

El hombre de bronce había analizado rápidamente una situación particular.

Algunos de los hombres de aquel pueblo extraño eran lapones, bajitos, fornidos y de piel oscura. Otros, altos y rubios, eran, sin duda algunos, noruegos.

Únicamente un peligro común pudo así reunirlos. Tenían distintos lenguajes, costumbres, trajes e ideas. Aun entonces, una figura se destacaba entre ellos.

Doc había hablado en noruego.

—¡Vaer god! ¡Vaer god! —gritó el que se acercaba y parecía un jefe, a los lapones y a sus compatriotas noruegos.

Estas palabras querían decir: “¡Sed buenos!”

El jefe deseaba parlamentar, pero los lapones, que eran superiores en número, no hicieron caso.

—¡Na! ¡Na! ¡Na! —gritaron unas voces.

Una nueva lluvia de arpones cayó de las rocas. Dispararon algunos fusiles y un tiro mal dirigido alcanzó al jefe noruego en la cara. La sangre brotó de su mejilla desgarrada.

Tal vez otros individuos se figuraron que la herida había sido infligida por los compañeros de Doc. Una extraña figura, muy bajita, surgió de una roca.

Tenía la estatura de un niño de diez o doce años, pero unos mechones blancos enmarcaban su carita arrugada.

Doc Savage lo identificó enseguida, comprendiendo que rea un

jarl, es decir, uno de los subjefes de la tribu costera.

—¡Na! ¡Na! ¡Na! —gritó el anciano reuniéndose con los enfurecidos lapones.

Nuevamente pronunciaron las palabras "demonios de mar."

El hombre de bronce tuvo que refugiarse tras una roca. Se echaba de ver que los pescadores habían sido aterrorizados.

Lapones y noruegos charlaron entre ellos. Miraban con temor el cilindro de cristal.

Doc Savage conocía las numerosas leyendas del *Edda*. Los pescadores noruegos son extremadamente supersticiosos, y los lapones son quizá peores todavía. Creían en los *hudrefok*, es decir, en los duendes de los *fiords*.

Recordando esas leyendas, Doc Savage se dio cuenta de que los pescadores no se sentirían en seguridad hasta haber exterminado a los hombres que ellos tomaban por demonios del mar.

Doc habló a sus compañeros en antiguo maya.

—No matéis a nadie de esa gente por el motivo que sea —dijo—. Son inofensivos, pero están muy asustados.

—¡Maldición! —chilló Monk—. No duraremos mucho tiempo a menos de que hagamos algo.

Los arpones de punta de acero caían sobre las rocas y los disparos se sucedían sin interrupción.

Nuevamente el hombre de bronce habló en maya. Luego salió rápidamente de su escondite y a grandes pasos se acercó al grupo de pescadores que estaba más cerca.

De un bolsillo interior, Doc sacó cuatro de sus cápsulas anestésicas que siempre surtían efecto. El frágil cristal tintineó sobre las rocas, y los lapones que estaban más cerca se desplomaron, hechos unos grotescos ovillos de pieles.

Pero el aire era despejado y frío. Un viento helado soplaba. Los lapones y noruegos se abalanzaron contra el hombre de bronce y las cápsulas de gas no lograron surtir su efecto sobre bastante superficie.

Durante unos segundos, los lapones armados de arpones debieron figurarse que un ciclón los había alcanzado. Poco le faltó a Doc para ser atravesado de parte a parte por los temibles instrumentos de pesca, pero sus puños bronceados se movían con tal rapidez que el ojo no podía seguirlos.

Los pescadores se tambaleaban y lanzaban gruñidos.

La punta de un arpón hirió a Doc en el brazo derecho, haciéndole perder el equilibrio. Media docena de armas amenazaban su cuerpo y de momento le era imposible defenderse de ellas.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¡A ellos, amigos!

Un zumbido profundo se dejó oír y las pistolas especiales de Renny, Monk y Long Tom soltaron un río de balas misericordiosas.

Los pescadores cayeron en montón en torno a Doc Savage. Los amigos de éste dieron unos pasos atrás. La sangre brotaba del brazo herido de Doc, corriéndole por los dedos.

Había demasiados pescadores diseminados para poder alcanzarlos a todos con las balas especiales. Doc y sus amigos se veían en un verdadero aprieto.

El extremo de un pesado arpón cayó con fuerza sobre el cráneo de Renny, el fornido ingeniero lanzó un gruñido y cayó de bruces. La descarga de un fusil rompió el estoque de Ham, que éste tenía en la mano.

De repente, los compañeros de Doc se aprovecharon de una circunstancia inesperada.

La extraña luz desapareció tan rápidamente como si alguien hubiese dado la vuelta a un conmutador. No hubo crepúsculo y tan sólo quedaron los débiles rayos de luz de la aurora boreal, más allá de la montaña.

La obscuridad, en contraste con la luz anterior, era muy densa. Los pescadores huyeron entre las rocas. Parecían temer la súbita desaparición de la inexplicable luz del día.

Renny recobró el conocimiento y Doc ordenó a sus compañeros que se ocultaran y por espacio de unos minutos hubo una tregua en el ataque.

Unas antorchas de aceite brillaban de pronto. Una especie de vasija que contenía, por lo visto, grasa de ballena encendida, fue rodada hasta un espacio libre entre las rocas. En torno a esa luz, que despedía un denso humo, los pescadores se acurrucaron, esperando...

—Hemos de jugarnos el todo por el todo —dijo Doc—. Vamos a acercarnos a ellos y a tirar nuestras armas al suelo. Hemos de poner fin a este equívoco; o moriremos a manos del pueblo que hemos de

libertar…

La sorprendente estrategia de Doc debió asombrar y atemorizar a los pescadores, de momento.

Renny y los demás caminaron atrevidamente hasta el círculo de luz proyectado por el calderón de grasa de ballena. Tiraron en montón sus pistolas y Ham entregó el puño de su estoque roto.

Doc Savage no llevaba arma alguna. Tenía la creencia que los hombres armados acaban por fiar demasiado en la fuerza mecánica haciendo caso omiso de su propia inteligencia y de su fuerza física.

Doc se acercó con sus amigos con las manos en alto.

—Ahora, poneos al abrigo —aconsejó.

La figura del viejo y arrugado *jarl* quedaba iluminada por una antorcha.

Durante unos segundos, el sorprendido jefe no habló. Doc Savage se encaminó en línea recta al *jarl* y al grupo más numeroso de pescadores.

De pronto, el jarl chilló una orden.

El gigante de bronce comprendió sus palabras. Era una orden para matarle.

Doc mantuvo las manos en alto.

De las rocas llegaron unos disparos. Algunos de ellos eran de rifle. Las balas silbaron por el espacio.

Doc Savage mantuvo la cabeza inclinada con el fin de protegerse la cara.

El plomo le alcanzó en la cabeza desnuda y varias balas le tocaron en el magnífico torso. Pero el hombre de bronce no se detuvo por eso. A los ojos de aquellos pescadores sencillos y supersticiosos debió aparecer como un verdadero demonio o dios del mar. Sus balas no le causaban daño alguno.

El cuerpo de Doc estaba protegido por una cota de malla extremadamente fina que le llegaba a las rodillas e iba oculta por las demás prendas de vestir.

El cabello bronceado que se veía formaba al parte exterior de un casquete de metal delgadísimo, pero impenetrable. Las balas de plomo y los perdigones se aplastaban sobre él.

Era una cosa terrorífica. Aquel inmenso gigante de bronce seguía andando hacia ellos. Una descarga disparada con un fusil anticuado tocó a Doc en mitad del pecho. Sin embargo, ni se detuvo, ni se

tambaleó.

Esto ya no lo aguantaron los nervios de los lapones. Empezaron a chillar y gritar algo que se parecía a: ¡Wha! ¡Wha!

Doc sabía que esto se refería a uno de los espíritus de Skagerrak. El Skagerrak era el diabólico remolino de las corrientes entre el Mar del Norte y el Mar Báltico, y en vista de que hacía numerosas víctimas, los lapones le asociaban en su mente con su concepción particular del demonio.

Los pescadores tiraban sus armas al suelo. El viejo jarl chillaba órdenes que nadie atendía. Por un momento, pareció que el hombre de bronce iba a poder parlamentar, pero un arpón salió disparado desde lo alto de un peñasco. Un noruego lo había lanzado el huir. Era un arpón para cazar morsas y era muy pasado. Por desgracia, dio con fuerza contra la pierna de Doc, debajo de la rodilla.

Doc perdió el equilibrio y cayó.

Los gritos de terror se troncaron en el acto en gritos de amenaza. Lapones y noruegos se unieron para abalanzarse sobre el caído. Doc fue inmovilizado en el suelo y no opuso resistencia.

—¡Dejad que os agarren! —ordenó a sus compañeros.

El hombre de bronce permitió que le ataran brazos y piernas con tiras de piel de morsa y de reno. Sus compañeros sufrieron la misma suerte.

Era evidente que los pescadores habían cambiado de idea y no querían matarlos enseguida.

En torno a la caldera de grasa de ballena hubo una nueva conmoción.

Muchos pescadores corrieron a la orilla de *fiord*. Sus antorchas de aceite iluminaron el agua azul, más allá del cilindro de cristal.

—¡Van a destrozar nuestra nave submarina! —dijo Ham—. La cosa va mal…

Doc y sus amigos estaban tendidos en el suelo cerca del calderón de grasa y desde allí veían la superficie lisa del fiord.

—De momento, cualquier cosa puede sernos favorable —dijo Doc—. Los he oído hablar de muertos que flotan y me parecen que un muerto ha venido ahora en nuestra ayuda…

Sus amigos vieron de pronto un cuerpo en el fiord. Era un hombre que flotaba, pero no estaba medio sumergido como ocurría con los ahogados. En cambio, aquel cuerpo flotaba sobre el agua

con la ligereza de un corcho.

CAPÍTULO XVI

LA MALDICION DE LA BARRERA DE SATANAS

UNAS manos rudas llevaron a Doc Savage y a sus hombres a un edificio de extraño aspecto. Su fachada estaba ennegrecida y parecía extrañamente antiguo.

—Es un lugar adecuado para ser habitado por algunos de los demonios de que nos han hablado —rezongó Ham.

—Al contrario —dijo Doc—. Se trata de una cosa muy distinta. Esto es una de las iglesias más antiguas, llamada *stavekirker*.

El edificio carecía de ventanas. Poseía un sinnúmero de torres y faldones agudos. En esos faldones estaban clavadas las proas ennegrecidas de buques naufragados, inservibles.

En las fachadas de las torres se veían esculpidas figuras legendarias.

La estructura se componía de pesadas vigas y no había más que una sola puerta, maciza.

En el interior había una nave, un altar y una sola y ancha nave lateral.

Los vencedores dejaron caer a Doc y a sus amigos, en el suelo de tierra, sin miramiento alguno. Todos, menos dos lapones armados, salieron corriendo.

La llegada de un muerto flotante era, sin duda, de mayor importancia, de momento, que los mismos prisioneros.

Doc y sus hombres quedaron entregados a sí mismos. Dos voces disputaban cerca de ellos. Hablaban una extraña mezcolanza de idiomas y a veces decían unas palabras en un inglés defectuoso.

Doc no les prestó atención, de momento.

—Todos hemos visto el fenómeno del muerto flotando en el *fiord* —dijo Doc—. Hermanos, no es extraño que esta gente esté asustada

hasta el punto de matar, azuzada por el temor. Los muertos no suben a la superficie en esta agua heladas, sino al cabo de días y, a veces, de semanas. Y aun entonces no se encuentran en perfecto estado de conservación, como ese cadáver.

—¿Crees que tiene algo que ver con el océano encantado? —preguntó Ham.

—Estoy convencido de ello —declaró Doc.

—Creo que estamos cerca del manantial de ese poder. Muertos flotando deben ser un medio eficaz para ahuyentar a los pescadores curiosos. Las voces que se peleaban el otro lado del banco de madera callaron un momento.

De pronto, una dijo en inglés:

—¡Americanos! ¡Tú también te has metido en esta trampa!

Dos hombres rodaron por el suelo. Estaban atados con tiras de piel.

—¡Zarkov! —dijo Doc, instantáneamente—. ¡Y Larrone! Este océano encantado es como un imán que atrae a la gente de muchas partes del mundo.

—¡Doc Savage! —exclamó el hombrecillo barbudo llamado Zarkov—. ¿Usted también ha venido? Pero no será para comprar, ¿Verdad?

Larrone habló en buen inglés, pero con furor contenido.

—¡No es fácil que Doc Savage compre nada! —dijo disgustado —. ¡Si se le deja hacer, nadie comprará!

—Si no me engaño, habéis venido con el fin de adquirir este poder —dijo Doc—. Recuerdo que ambos fuisteis detenidos una vez en mi país por haber intentado hurtar un secreto del Departamento de Marina. A propósito, esos secretos eran los de Arne Dass, el viejo hombre de ciencia que desapareció. ¿Tal vez sepáis algo de Arne Dass?

Los dos hombres cambiaron una mirada.

—No sabemos nada de ese Arne Dass —declaró Larrone—. Nosotros estamos encargados de una misión legítima.

—No dudo de que así sea… desde su punto de vista —dijo Doc.

El hombre de bronce deseaba una más amplia información.

—Tal vez tendrán informarnos acerca del motivo del temor de esos pescadores —sugirió—. Antes de ser hechos prisioneros, ¿sabían ustedes algo de esos cadáveres flotantes?

Zarkov habló rápidamente.

Resultaba que, durante varias semanas, los pescadores de la costa habían muerto misteriosamente. La semana anterior, una barca de pesca penetró en el *fiord* conocido por el nombre de Barrera de Satanás. Ese *fiord* era uno de los que corren al pie del gran ventisquero de Jostedalsbrae.

El ventisquero en cuestión es uno de los mayores de Europa. Durante muchos miles de años cubrió una superficie de trescientas cincuenta millas cuadradas. Partes antiquísimas de Jostedalsbrae estaban cubiertas de muchos pies de hielo pulverizado.

El enorme ventisquero se movía siempre. Sus brazos helados alcanzaban valles en forma de canales y se decía que había ahuecado inmensas cavernas debajo de las montañas.

Cinco hombres se encontraban a bordo de la chalupa de pesca que entró en la Barrera de Satanás, según Zarkov informó a Doc Savage y cuatro de ellos murieron misteriosamente antes del regreso de la embarcación.

La chalupa había vuelto de una manera extraña, flotaba en el fiord contra la marea y el único hombre que se salvó y vivió algún tiempo habló de hombres que estaban desnudos con una temperatura de cuarenta a cincuenta grados bajo cero, hombres que parecían insensibles el frío.

Cuando los cinco hombres hubieron muerto, sus cuerpos adquirieron aparentemente la ligereza del corcho.

Desde entonces, algunos otros pescadores perdieron sus botes. Por lo menos, regresaron sin ellos, flotando como la madera más ligera, sobre el agua.

De fuera llegaron gritos y lamentaciones de los pescadores.

Cuatro mujeres entraron en el stavekirher que servía de cárcel. Llevaban fuentes de madera que contenían alimentos.

Las enviaban para que dieran la comida a los prisioneros. Los compañeros de Doc, Zarkov y Larrone fueron alimentados como criaturas. Las mujeres eran laponas y sus caras morenas carecían de expresión. Se llenaron las manos de una especie de pan negro y duro y de tiras de bacalao seco.

—¡Santo cielo! —gruñó Renny—. ¿Qué es esto? ¿Cómo pueden pensar que…?

Una mano grasienta le llenó la boca abierta de pan negro.

—¡Maldición! —chilló Monk—. Estas señoras han recibido el encargo de ahogarnos. ¿Creéis que van a alimentar a Habeas Corpus de este modo?

Ham rió a pesar de tener la boca llena de pescado seco.

—¡Es el único pensamiento que hace soportable esta comida! —aseguró.

—Así te ahogues y dejes de una vez de hablar —chilló Monk.

Cuando las mujeres se retiraron, Zarkov declaró que actualmente los pescadores no querían acercarse siquiera a la Barrera de Satanás.

Tan sólo dos guardias permanecían en la entrada. Doc Savage luchaba con las fuertes ligaduras de piel que le ataban los brazos, pero tenía el derecho herido y las ataduras se le hundían en la carne.

El interior de *staverkirker* estaba alumbrado por dos antorchas de aceite de ballena que apestaban.

Ham rodó hasta Doc.

—Si pudiésemos romper estas cuerdas todos a la vez, posiblemente nos sería fácil escapar —dijo—. Uno tras otro, os voy a ayudar.

El abogado se dio prisa. La gran sortija en forma de sello que llevaba, contenía oculta, una hoja afilada como la de una navaja de afeitar. Con ayuda de la misma cortó las tiras de piel que rodeaban las muñecas y los tobillos de Doc hasta que no se aguantaron más que por un hilo.

Ham hizo lo propio con sus demás compañeros. Pero iban a poder gozar poco de la libertad. Unos gemidos llegaron de fuera:

—¡Knut Aage! ¡Knut Aage! ¡Knut Aage! ¡Awai! ¡Awai!

—¡Rayos y centellas! —gritó Monk—. ¡Ahora es otra cosa! ¡Parece un entierro!

—¡Knut Aage! —dijo Zarkov—. Es gran hombre entre esos pescadores. Oímos decir que se iba él solo a explorar esa Barrera de Satanás.

—¡Maldición ¡ —dijo a su vez Renny—. ¡Doc.! ¡Ahora me acuerdo! ¡Knut Aage! ¡Es el nombre que Hjalmar Landson pronunció antes de morir!

—Es cierto —asintió Doc—. Es probable que Hjalmar Landson viniera de aquí.

Los dos guardias salieron corriendo. Doc empezó a forcejear para tener las manos libres. Se oyeron fuertes pisadas sobre las rocas.

—Ese Knut Aage era hermano del viejecito arrugado a quien llaman *jarl* —explicó Zarkov—. Me juego cualquier cosa a que ha vuelto flotando.

El viejo *jarl* entró a la cabeza de un grupo de hombres.

—Me parece que no tendremos la oportunidad de escapar —dijo Doc.

—¡Rayos y centellas! —chilló Monk—. ¡Mirad quien llega!

—¡Esto es sorprendente! —añadió Renny estupefacto.

La sorpresa era la pelirroja, Lora Krants, a quien llevaban a la sombría cárcel. A su lado caminaba Barton, el joven de gruesas cejas, a quien ella llamara hermano, y detrás de ellos andaba el moreno Kama.

Los pescadores hablaban entre sí con excitación. Doc tradujo sus palabras:

—Nuestros amigos se han visto obligados a amarar a corta distancia de la costa —interpretó—. Una de las lanchas de pescadores los ha recogido. Tal vez fiaron en el poder del océano encantado y esto les falló.

—Mirad, ¿qué es esto? —exclamó Ham. Cuatro pescadores noruegos traían entre ellos una especie de canoa de corteza de árbol. En el interior yacía el cuerpo casi desnudo de un hombre, fornido y muy bien proporcionado. Su rostro severo tenía las facciones de los antiguos Vikings.

—¡Knut Aage ha vuelto como los demás! —dijo Zarkov—. Pero para él han construido un bote.

Lapones y noruegos gemían en coro. El viejo jarl fue a colocarse al lado del extraño ataúd que venía del mar. Sus mechones blancos enmarcaban un rostro de facciones estiradas.

Doc Savage estudiaba las líneas rígidas del cuerpo tendido en la barca de corteza.

—Helado —dijo a media voz—. Y helado vivo. Como esos hombres desnudos de que hablaban los pescadores, que no parecían sentir el intenso frío. Es posible que este hombre, Knut Aage, viva todavía.

Hubo una interrupción. La luz deficiente que reinaba en el

stavekirker no había permitido a Lora Krants y a sus compañeros ver enseguida a Doc y a los demás prisioneros.

Al oír la voz de Doc Savage la muchacha palideció.

—¡Usted! ¡Es imposible! —murmuró, añadiendo en voz mas alta —: Sí... es el señor Savage y su amigo Renny... ¡Todos ellos están aquí! ¡Oh, me alegro, me alegro tanto...!

—¡Rayos! —exclamó Renny—. ¡Tiene razón de sorprenderse!

—¡Por favor, por favor! —exclamó la pelirroja—. ¡No sabe usted lo cierto que es! ¡Estoy tan contenta de verle aquí!

Kama de San Tao miraba a Doc y a sus amigos. Su mirada parecía cargada de odio, pero habló en voz suave.

—Es evidente que el océano infinito sufre los efectos de una magia superior. Le felicito. Doc Savage, por su evasión. Encontramos su aeroplano después de su destrucción y temimos que hubiese fallecido.

Doc Savage contemplaba a la muchacha. Era evidente que leía en su cara cosas que escapaban a los demás y tal vez la creyera verdaderamente sincera.

El hermano estaba sombrío y no dijo nada.

Zarkov parecía ocultar la cara. De pronto, el viejo *jarl* se puso delante de él y una mano huesuda cogió a Zarkov por el hombro. La cara del prisionero quedó visible a la luz de la antorcha.

El *jarl* hablaba noruego y Zarkov parecía comprender.

Doc y Ham comprendieron también.

—Mi hermano, Knut Aage, no está muerto. No es bastante viejo para morir. Esto en magia negra de la Barrera de Satanás.

Doc Savage miró la forma rígida de Knut Aage. El bote de corteza que le servía de ataúd había sido colocado sobre uno de los bancos de madera y unas manos temblorosas pusieron unas velas encendidas a la cabeza del difunto.

De pronto se oyó un extraño trino que llenó el interior del stavekirker. Las manos de los pescadores se colocaron sobre sus armas. Nadie comprendía de dónde salía aquella extraña melodía.

Los compañeros de Doc sabían que éste estaba a punto de realizar un importante descubrimiento o que un plan se le había ocurrido. El hombre de bronce habló lentamente, con gravedad majestuosa y en noruego. Hablaba al *jarl*.

—¡Su hermano está tan sólo hundido en el suelo helado! —

anunció Doc—. Nosotros, los del mar, sabemos que no está muerto. Puede despertar. Si se me pone en libertad, veré si se le puede aplicar la magia de vida.

CAPÍTULO XVII

EL MILAGRO DE DOC

EL viejo jarl no se dejó convencer fácilmente, pero debía compartir el terror que sentían los demás por Doc Savage y sus hombres.

¿Acaso no habían salido del mar en un extraño tubo transparente?

Los ojos hundidos de jarl brillaban extraordinariamente. De pronto anunció su decisión con voz cascada.

—¡Se le dará esta oportunidad! ¡Si mi hermano vive, todos quedaréis libres! ¡Si está muerto, todos los prisioneros morirán en el acto! ¡No hay alternativa!

Doc Savage indicó que estaba conforme. El hombre de bronce sabía que las ataduras de Renny estaban cortadas y que el fornido ingeniero era capaz de libertarse en cualquier momento.

Doc señaló a Ham y dijo.

—Necesito a este hombre para que me ayude.

Indicó entonces a Monk, añadiendo.

—Y este otro ha de traerme las pociones mágicas del pez de cristal.

Esto ocasionó una discusión, pero el jarl acabó por consentir. Cortaron las ataduras de Monk y Doc le pidió que trajera el laboratorio portátil que se encontraba en el cilindro. También cortaron las ataduras de Ham.

El hombre de bronce se colocó al lado de Knut Aage. No se hacía ilusiones acerca de una sobrenatural habilidad para hacer revivir a un hombre helado.

Era evidente que Knut Aage había sido helado vivo. Su cuerpo no llevaba señales de violencia.

La cara de rasgos severos parecía de mármol. Tenía los ojos

cerrados como si estuviese durmiendo.

Doc Savage no habló. Bajo la vigilancia de media docena de pescadores, Monk traía el laboratorio portátil.

El hombre de bronce hizo lentamente sus preparativos. Nadie creería que una mano humana puede ser más rápida que el ojo, pero las manos de Doc Savage estaban realizando un milagro, que no tenía nada que ver con hacer revivir a Knut Aage.

Del laboratorio de Monk, Doc extrajo una vasija plana. Solemnemente, la colocó a la cabeza del hombre tendido en el bote de corteza. Al mismo tiempo, una de sus manos estaba escondiendo varios objetos y dispositivos que se encontraban en el laboratorio, entre sus ropas.

—¡No puede usted hacer eso... no puede hacerlo! —susurró la muchacha—. ¡Moriremos todos! Señor Savage, quiero explicarle lo del aeroplano y...

Su hermano, Barton, la cogió por la muñeca. Doc no pareció darse cuenta de ello, pero Lora Krants hizo una mueca de dolor.

Kama se acercó a los hermanos y susurró unas palabras que creyó que ellos serían los únicos en oír. Sin embargo, el fino oído de Doc Savage las cogió al vuelo.

—El jefe vendrá, locos que sois. ¡Una lengua demasiado larga puede atar una cuerda en torno al cuello más blanco!

Doc Savage estaba mezclando tres polvos distintos que sacaba de sendos frascos. Los estuvo removiendo con un tubo de vidrio y la reacción química que se produjo hizo brotar una llamarada roja y azulada.

El hombre de bronce no acostumbrado a acompañar sus trabajos de química con gran aparato de ceremonia, pero en la presente ocasión estaba tan solemne como un sacerdote ante el altar. Empezó un canto sordo, pronunciando sílabas aparentemente sin sentido, pero, en realidad, hablaba en antiguo maya, lenguaje que únicamente él y sus compañeros comprendían.

—Monk, Ham y Renny, tenéis las manos libres... ante todo cortaréis las ataduras de Long Tom... no tenemos tiempo de ocuparnos de los demás... llevadlos fuera... Renny y Ham irán en busca de las armas por la puerta... cuando yo vierta los productos, cubrios los ojos... durará menos de cinco segundos... acordaos de llevaros a todos los demás del stavekirker...

—¡Llevarnos a esta pelirroja? —rezongó Renny—. ¿Y a ese Kama? Pero sí ellos…

Doc no pareció haberle oído y prosiguió su canto.

—Llevadlos a todos… Tal vez hay bastantes cosas que no podéis comprender…

Aquel canto había impresionado a los oyentes, incluso al viejo jarl. Su figurilla de mico traicionaba la tensión de sus nervios y sus ojos hundidos estaban fijos en la mezcla que contenía la vasija colocada a la cabecera de Knut Aage.

Doc Savage cogió un cuarto frasco y lo levantó sobre la llama como para verter lentamente su contenido sobre ésta. En realidad, sus fuertes dedos lo apretaron con fuerza tremenda.

El grueso cristal se rompió y el contenido entero del frasco cayó desparramado sobre al llama.

Instantáneamente, el interior del stavekirker fue iluminado por una llama cegadora.

Doc se tapó los ojos con las manos y sus compañeros le imitaron.

El jarl y sus pescadores estaban demasiado asombrados para obrar inmediatamente. También debieron creer, durante unos segundos, que aquello formaba parte de la ceremonia de resurrección. El cariño que el jarl tenía por su hermano era grande.

—¡Ved… al venir la luz… Knut Aage vivirá!

Las palabras del hombre de bronce les dieron unos segundos más de plazo. Sin apartar las manos de los ojos, Ham y Renny se acercaban a las armas que estaban cerca de la puerta y cortaron las ataduras de Long Tom.

Zarkov y Larrone no habían comprendido lo que ocurría. Siguiendo las instrucciones que le dio rápidamente Doc, Long Tom cortó las tiras de piel que les sujetaban los tobillos.

—¡Seguidlos! —murmuró Long Tom.

Monk fue quien puso una mano peluda sobre la muñeca de la pelirroja.

—¡Cierre la boca y venga! —ordenó el químico—. ¡Y si grita, la haré callar en seco!

—¡Oh! —exclamó Lora Krants—. ¡Estoy ciega! ¡No veo nada!

Doc Savage en persona se apoderó del cegado Kama.

—Venga con nosotros —dijo el hombre de bronce—. No verá antes de una hora o tal vez más. No le hará ningún daño y la

ayudará a contestar a algunas preguntas. De todos modos, nos va a llevar al sitio donde ha aterrizado.

—Los que están en las tinieblas no pueden escoger su camino — dijo Kama burlonamente—. De todos modos no lo llevaré al aeroplano, puesto que se ha hundido en el *fiord*. No es usted bastante listo, Doc Savage.

Los lapones y los noruegos se dieron cuenta de la verdad. Oyeron las voces de los prisioneros. Completamente cegados, los pescadores buscaban su camino a tientas. Empezaron a pinchar con sus arpones...

El hombre de bronce y sus amigos ayudaron a los demás compañeros a evadir el vano ataque. En el interior del stavekirker, que estaba en la semiobscuridad, reinaba la mayor confusión. En medio de ésta, Doc soltó de pronto el brazo de Kama.

Un milagro estaba ocurriendo. La figura casi desnuda de Knut Aage no estaba y rígida. Uno de sus largos brazos se levantaba lentamente y su cabeza rubia se erguía.

Doc Savage sabía que él no tenía nada que ver con lo que sucedía. Sus productos químicos fueron mezclados con único fin de cegar temporalmente a sus adversarios, pero no tenían el poder de curar la enfermedad y, menos aún, de vencer a la inexorable muerte.

Tal vez fuera debido al calor que reinaba en el interior del calabozo o, más probablemente, se trataría de la condición en que pusieron a Knut Aage los misteriosos individuos de la Barrera de Satanás.

En apariencia, el noruego había sido helado.

¿Se trataría de una nueva forma de la pérdida del conocimiento?

Las manos sensitivas del hombre de bronce tocaron el pecho de Knut Aage, que se movía débilmente. La carne estaba extraordinariamente fría y era posible que hubiese sido helada, pero Doc sorprendió un latido lento y regular. Era el corazón, aun que latía con una lentitud sorprendente. No tendría más de veinte pulsaciones por minuto y esto estaba en desacuerdo manifiesto con la ciencia médica. La sangre no corre por las venas de ningún hombre con tan poca rapidez.

Sin embargo, los ojos de Knut Aage se abrían. Eran ojos azules y brillantes como el hielo limpio de un ventisquero nuevo. Los labios

descoloridos intentaron formar palabras.

Nadie, aparte de los compañeros de Doc pudo observar este aparente milagro y los amigos del hombre de bronce tenían otra cosa que hacer. Ham y Renny recogían las armas que estaban cerca de la puerta. Algunos lapones corrían alocados en medio de la confusión creada por sus propias voces.

Las pistolas de Doc dejaron oír su voz, inesperadamente y una hilera entera de arponeros cayeron de bruces. Las balas misericordiosas los habían privado del conocimiento por un par de horas.

Doc Savage sacó una jeringuilla de un bolsillo interior. Esta contenía el mejor estimulante para el corazón que existía en el mundo. El hombre de bronce llevaba siempre consigo dicha jeringuilla cuyo contenido reanimaba a hombres sin sentido.

Una pequeña parte de la mezcla era adrenalina. El resto era el resultado de los extensos conocimientos de Doc en medicina y cirugía. El hombre de bronce hundió la aguja en la carne helada del pecho de Knut Aage. La aguja penetró en los músculos del corazón.

Si los latidos del corazón de Knut Aage aceleraron o no su ritmo, eso quedaba por saber, pero el seudo muerto que había regresado en un ataúd se sentó y habló. Como había tenido los ojos cerrados, no quedó, momentáneamente ciego.

—Doc Savage —fueron sus primeras palabras, pronunciadas lentamente—, Hjalmar Landson dijo que vendría…

Doc Savage habló rápidamente.

—Hemos de irnos enseguida, Knut Aage; Pero si es posible, regresaremos pronto.

Doc volvió a coger a Kama por la muñeca.

—He oído la voz de Knut Aage —dijo éste—. El afamado Doc Savage creerá, sin duda, haber realizado un milagro; pero existen unas fuerzas notables de las que el mundo no ha sabido nada hasta ahora. Esto no es ningún milagro…

Doc empujó al hombre de San Tao hacia la puerta de entrada. Renny había dejado de disparar. El fornido ingeniero estaba rodeado de cuerpos. Cada vez que daba un puñetazo, un nuevo cuerpo iba a engrosar el montón.

Monk estaba gritando.

—¡Maldición, Doc! ¡Ven acá! ¡No puedo sujetar a esta pelirroja

por más tiempo!

Con uno de sus largos brazos, el químico ayudaba a Renny y Long Tom a abrirse paso y con la otra mano tenía cogida la muñeca de la muchacha, detrás de la cual se encontraba Barton.

Zarkov y Larrone fueron los primeros en salir del Stabekirker.

Cuando estuvieron todos fuera, siguieron oyendo gritos salvajes en el interior del edificio. Los lapones y noruegos, privados de la vista, luchaban entre sí.

Sujetando siempre a Kama, Doc Savage abrió la marcha por un camino helado que iba subiendo. Delante de ellos se extendía el monstruoso ventisquero de Jostedalsbrae.

En algún sitio de aquel desierto de hielo se encontraba la Barrera de Satanás.

CAPÍTULO XVIII

LOS HOMBRES DE LA SANGRE HELADA

DOC Savage y sus amigos habían emprendido una tarea digna de Hércules.

La ascensión de la montaña hacia el ventisquero de Joatedalsbrae era una proeza para el hombre más fuerte y en el caso presente en preciso recordar que cada uno de los cinco compañeros llevaba consigo a una persona privada de la vista.

Doc Savage, acompañado de Kama, abrió la marcha. Los fugitivos cruzaron la montaña entre altísimos picos. De pronto, pisaron la nieve y el polvo helado acumulado por siglos enteros, y el hombre de bronce se vió obligado a buscar un camino donde el hielo fuera duro.

Los encontró y descubrió peldaños que parecían haber sido practicados en el hielo.

—Esto en la obra de seres humanos —anunció Doc—. Estamos subiendo por lo que fue en un tiempo una enorme pared.

Kama rió malévolamente. De pronto, Monk lanzó un gemido.

—¡Maldición! ¡Tengo que volver atrás! ¡He olvidado a Habeas Corpus!

—¡Señor! —exclamó la pelirroja—. ¿Quién llevará semejante nombre?

—¡Un puerco, señorita! —contestó la voz de Ham.

—¡Un puerco! —exclamó la muchacha—. ¿Quiere usted volver atrás por un puerco?

—¡Maldito sea! —chilló Monk—. ¡Quisiera haberla dejado allí y haber traído a Habeas Corpus!

Doc seguía señalando el camino por los toscos escalones de la pared de hielo. Zarkov y Larrone rezongaban, acusando a Doc

Savage de haberlos cegado deliberadamente para impedir que llevaran a cabo su misión.

Kama seguía callado. La escalera de hielo llevaba hacia la parte superior de una pared que permanecía invisible. De pronto los escalones quedaron borrados por una niebla espesa, compuesta de diminutas partículas de nieve y hielo.

Doc Savage empujó a Kama adelante, donde debía haber otro escalón… pero éste faltaba. Los pies del hombre de bronce resbalaron sobre una pendiente suave. Siempre agarrado a Kama, el hombre de bronce sintió que se deslizaba rápidamente hacia abajo en medio de la niebla.

—¡Rayos y truenos! —gritó Renny—. ¡Sabía que había una trampa en algún sitio! ¿Adónde iremos a parar?

Nadie le contestó, pues todos estaban muy ocupados tratando de deslizarse con los pies por delante por la resbaladiza pendiente. Doc Savage intentó clavar los talones, pues era muy posible que aquello fuera una trampa. La pendiente de hielo acabaría, quizá, en un precipicio del ventisquero.

Los hombres de Doc que veían y los otros cinco que estaban ciegos cayeron en montón sobre un hielo despejado y plano.

Al ponerse de pie, hubo un momento de intenso silencio.

Luego, de la niebla, sobre ellos, llegó un ruido particular, parecido al de las pisadas de un caballo sobre hielo duro o roca.

—Alguien pasa sobre nosotros —dijo Doc.

—Tal vez de trate de alguien en un stolkfaerre, uno de los coches primitivos. Algunas de las más antiguas carreras del mundo han sido practicadas en estas montañas.

—¿Y si le diéramos un grito? —sugirió Ham.

—No es de aconsejar —dijo el hombre de bronce—. En este momento, gran número de hombres están rodeándonos.

Se había oído un ruido furtivo en cuatro direcciones distintas, ruido producido por pies calzados con abarcas de piel de gamo o envueltos en pieles.

De pronto, se distinguió un ruido metálico, como cuando se le levante al seguro a una pistola.

El caballo que pasaba por la carretera de arriba seguía haciendo oír sus fuertes pisadas sobre la nieve helada.

Doc Savage empujó a los que estaban ciegos al centro de un

pequeño circulo que formó con sus compañeros.

Como se diese la luz con un conmutador, la niebla helada y la obscuridad se disiparon. Una luz blanca y extraordinaria los rodeó.

El grupo formado por Doc y sus compañeros se encontraba en una llanura ancha y desierta del gran ventisquero. En aquel lugar, el viento soplaba de continuo, había limpiado el hielo azulado de polvo y nieve. Tendría aproximadamente una milla de extensión. Más allá se erguía una pared de rocas negras.

El caballo y el *stoljaerre* habían pasado por una carretera alta y tortuosa que dominaba el precipicio, pero ya habían desaparecido.

—¡Rayos y truenos! —gruñó Renny—. ¡Estamos en un aprieto, Doc!

—¡Cincuenta grados bajo cero y no llevan ropa! —exclamó Long Tom.

Los hombres que se hallaban a una docena de yardas de Doc Savage y sus compañeros eran unos cuarenta o cincuenta. Todos eran blancos y de estatura normal.

A primera vista, parecía que estaban completamente desnudos pero, en realidad, se podía observar que todos llevaban un taparrabo de piel. Aparte de esto, sus cuerpos estaban completamente expuestos a la rigurosa temperatura.

En cambio, Doc y sus compañeros estaban vestidos de pieles de pies a cabeza.

Los extraños individuos, que quedaban el mayor silencio, eran rubios y altos.

Todos llevaban un rifle moderno al brazo. Uno de ellos habló en noruego.

—Si comprendéis nuestro lenguaje, no haréis resistencia —dijo con calma—. Hemos sido enviados para llevaros a presencia del Hombre de Paz, bajo la montaña. No tenéis bastante fuerza para luchar con nosotros.

—¡Oh! —gritó Lora Krants—. ¡El Hombre de Paz! ¡Por fin!

—¡Que quiere decir con esto? —rezongó Renny.

Doc Savage no contestó a Renny. Habló tranquilamente a los hombres desnudos.

—Me parece que tendremos que acompañaros —dijo.

El jefe de los hombres desnudos, un individuo alto, dio unos pasos adelante.

De pronto, Kama de San Tao lanzó unas palabras en su idioma. El oriental debió recobrar la vista antes que los demás.

También era evidente que conocía aquel lugar. Sus órdenes, lanzadas a gritos, hicieron que unos hombres vestidos con pieles salieran corriendo de lo que parecía ser la entrada de una cueva.

Doc Savage no tuvo tiempo de dar órdenes. Unos disparos estallaron. Los hacían los recién llegados, unos hombres pequeños y de rostros morenos.

Tres o cuatro hombres desnudos cayeron a la primera descarga. Kama de San Tao echó a correr hacia los recién llegados, sin dejar de gritar nuevas órdenes.

Aunque los hombres desnudos fueron tomados por sorpresa, reaccionaron sin tardanza y sus rifles escupieron fuego.

El impetuoso Renny disparó su pistola y tres o cuatro hombres cayeron heridos por las balas misericordiosas. Doc Savage le quitó el arma de la mano.

—Lo más indicado en que no nos metamos en esto —declaró el hombre de bronce.

—La prudencia nos dicta retirarnos mientras se nos presenta la oportunidad.

Kama se había reunido con los recién llegados. Se echaba de ver que eran compatriotas. Se parecían a los hombres que se habían presentado en casa de Doc Savage, en Manhattan, atacando a Long Tom y al profesor Callus.

Zarkov lanzó un grito de dolor. Levantó las manos y cayó de bruces sobre el hielo. Ya no volvería a hablar, una bala de rifle la había penetrado en el cerebro sobre una oreja.

Larrone lanzó un grito y empezó a correr y empezó a correr en circulo.

Todavía no veía nada.

El ventisquero estaba iluminado como por la luz del día. Doc Savage miró hacia la pared de roca negra. Cerca de ella, en la lejanía, se veían unos rayos de luz. El hombre de bronce dedujo que ahí estaba el manantial de aquella luz extraordinaria. Doc divisó unas especies de palos de acero al extremo de los cuales brillaba un ojo, más fuerte que la de la aurora boreal.

Doc ordenó a sus compañeros que se acurrucaran sobre el hielo.

Los hombres desnudos y los compatriotas de Kama eran casi tan

numerosos unos como otros. Los hombres desnudos se acercaron a unas lomas de hielo.

Ocho o diez de ellos yacían sobre el hielo. Doc tomó nota de un hecho singular. Aunque aquellos hombres estaban muertos o mal heridos, la sangre no manaba de sus heridas.

Kama dirigió su grupo hacia Doc y sus compañeros. Los hombres de rostro moreno empezaron a disparar en su dirección, y las balas silbaron sobre el hielo. Algunas de ellas se aplastaron sobre la cota de malla de Doc.

De uno de los numerosos bolsillos, Doc extrajo dos globitos de metal provistos cada uno de una palanquita. Doc movió las palancas y tiró ambos objetos hacia los hombres de Kama.

Entre el grupo de Doc y sus amigos y los partidarios de Kama se abrió una grieta tremenda en el ventisquero. Dos explosiones cubrieron el ruido de la fusilería.

Los hombres de Kama cayeron, pero sin estar el parecer mal heridos. Su ataque no era rechazado más que de momento.

El hombre de bronce no había querido matarlos con los explosivos que contenían las bombitas. Esperaba tan sólo abrir una grieta que le permitiera escapar con sus amigos.

Kama estaba gritando mientras el jefe de los hombres desnudos trataba de detener a los que huían en franca y cobarde desbandada.

—Vamos a intentar llegar hasta la escalera del terraplén —dijo Doc—. Es seguro que Kama quiere que muramos. En cuanto a los demás, ignoramos cuál sería nuestra suerte entre sus manos.

La muchacha no veía todavía. Intentó levantarse, pero resbaló y cayó atrás.

Tenía la cara muy pálida.

—¡Temo haberme torcido el tobillo! —gimió—. Váyanse… ¡No me esperen!

El hombre de bronce levantó a la pelirroja con la misma facilidad que si hubiera sido una criatura. Renny y Ham empujaron a su hermano y a Larrone en la buena dirección. Parecía que iban a tener tiempo de llegar a la pendiente helada que conducía a la escalera.

Tan inesperadamente como surgió, la extraña luz desapareció. La niebla no se había disipado. Todos anduvieron a tientas en la obscuridad. No se veía sino a unos cuantos pasos…

Algo nuevo ocurrió en la obscuridad. Los hombres semidesnudos volvieron a agruparse y rodearon a Doc y a sus amigos, aunque sin disparar sus rifles.

Doc Savage se veía acosado por hombres tan altos y fornidos como él. Sus movimientos eran más lentos, sin embargo. El hombre de bronce dejó a la muchacha sobre el hielo y sus puños cayeron sobre unas sombras enemigas.

Tres o cuatro hombres le tumbaron sobre el hielo con su peso. Los dedos bronceados de Doc apretujaron el cuello de ellos. Su pulgar hizo presión sobre un centro nervioso. El hombre hubiera debido lógicamente perder el conocimiento en el acto, pero no pareció darse cuenta de nada.

Doc Savage tuvo la extraña sensación de haber hundido los dedos en una carne muerta, de piel fría como el hielo. La reacción nerviosa usual no ocurrió.

—¡Maldición! ¡Suéltame! —aulló Monk—.

—¡Rayos y truenos! —exclamó el vozarrón de Renny—. ¡No sabía que eras tú!

En la niebla habían cambiado unos golpes y el puño de Renny debió poner a Monk fuera de combate. El químico no volvió a hablar.

Doc Savage luchaba contra un enemigo superior en número. De lejos oía los disparos de los rifles de Kama y sus hombres, pero no parecían haber cruzado la grieta y las balas se perdían sin tocar a nadie.

El hombre de bronce intentó coger sus cápsulas anestésicas. Unos brazos fuertes le sujetaban sobre el hielo. El peso de varios hombres de carne helada lo aplastaba.

Recibió en el cráneo un fuerte golpe asestado con la culata de un fusil y perdió el sentido.

CAPÍTULO XIX

EL PROFESOR ERRABUNDO

DOC Savage volvió en sí con la extraña sensación de haber sido trasladado de sitio y de que le habían dejado caer brutalmente. Alargó una mano y tocó carne desnuda, carne extremadamente fría.

El hombre de bronce seguía rodeado de niebla glacial. Débilmente distinguió dos voces.

El hombre a quien había tocado era uno de los más altos y fuertes noruegos que iban desnudos. Doc sacó su lamparita del tamaño de un lápiz. La pequeña dínamo zumbó en el interior, y el rayo de luz se ensanchó iluminando el cuerpo blanco del hombre sentado sobre el hielo.

Estaba muerto. Sin duda llevaba a Doc Savage a cuestas. Un agujero de feo aspecto era visible entre sus hombros y una bala se había alojado en su espina dorsal.

Doc se puso en pie. Oyó un gemido sordo y vió que a pocas yardas de él yacía otro noruego. Este tenía en el cráneo una herida superficial y respiraba.

La bala no había hecho más que abrir un surco en su cabeza.

El hombre de bronce se preguntó qué habría sido de sus compañeros. Lo último que recordaba era haber luchado contra un peso tremendo de carne fría. Luego perdió el conocimiento.

Era evidente que los hombres que se lo llevaban fueron atacados o tal vez heridos por balas disparadas de lejos.

Las voces que Doc oyó se hicieron más distintas.

—¡Maldición! —chillaba Monk—. ¡Han cogido a Doc y creo que usted está enterada de lo que ha pasado! ¡Debería hacerla andar!

—¡Por favor, OH, por favor! —dijo la voz de Lora Krants—. ¡Ignoro qué es lo que ha ocurrido! ¡Había hombres por todas partes!

¡Derribaron al señor Savage y creo que se lo han llevado, pero no podía andar…!

—¡Por aquí Monk! —llamó Doc, blandiendo su lamparita.

El químico lanzó un grito de alegría.

—¡Tiene usted suerte que lo haya encontrado! —dijo a Lora Krants—. Estaba a punto de dejarla que se las compusiera sola en este lío….

La grotesca figura de Monk surgió en el círculo de luz. A pesar de sus amenazas, el químico llevaba la muchacha entre sus brazos y la depositó cuidadosamente sobre el hielo.

—Me alegro que le hayamos encontrado, señor Savage —exclamó la muchacha—. ¡Temía que le hubiese sucedido algo malo! ¡Mi hermano ha desaparecido…!

—¿Dónde están los demás? —preguntó Doc—. ¡Renny, Long Tom, Ham, Larrone!

Monk movió la cabeza dudosamente.

—Lo último que recuerdo es que Renny me asestó un directo y me di un golpe en el hielo —declaró—. Al despertar, he oído a la pelirroja que lloraba. ¡Doc, ya no me fío de ella!

Monk hablaba con entera franqueza de Lora Krants. De pronto, la muchacha, dijo:

—Las circunstancias son inevitables. Estoy aquí, es cierto, pero no puedo decirles por qué; por lo menos, ahora no. Espero que todo acabará bien y entonces lo sabrán.

—¡Lo sabía! —chilló Monk—. Apuesto cualquier cosa que ella lo sabe todo…

—Tal vez tengas razón —asintió Doc—. Pero estoy seguro que la señorita Krants hablará cuando llegue el momento oportuno.

—¡Gracias, Doc Savage! —murmuró la pelirroja.

Doc sacó un instrumento de uno de sus bolsillos. Tenía el aspecto de una combinación de estetoscopio y termómetro en miniatura. El hombre de bronce lo sujetó al pecho del herido por medio de una aguja delgadísima.

Apoyó unos segundos el oído al extremo del instrumento y, al hacerlo, el extraño trino que le era peculiar llenó de pronto el ambiente. Doc miró con atención el pequeño termómetro.

—¿Qué pasa, Doc? —preguntó Monk—. ¡Está a punto de morir este pobre diablo?

El pecho musculoso del noruego herido se movía rítmicamente al compás de su lenta respiración.

—De acuerdo con las informaciones médicas más acreditadas, este hombre ha estado muerto algún tiempo —declaró tranquilamente Doc—. Cualquier doctor declararía, sin duda, que el *rigor mortis* se ha apoderado de su cuerpo.

—¡Rayos y centellas, Doc! —chilló Monk.

—¡Este sujeto respira aún!

—¡Es verdad! —asintió Doc—. El corazón le late todavía. Si embargo, tiene exactamente veintiséis grados de temperatura y treinta y dos pulsaciones por minuto.

—¡No es posible! —exclamó Monk—. ¡Que te parece, Doc! ¿Nos vamos de aquí? ¡Este sitio no me gusta!

Doc estaba examinando el herido con toda atención.

—Únicamente unos cuantos animales pueden helarse y sobrevivir —declaró—. Uno de ellos es el Chorni Ryba, o pez negro de Alaska.

—¡Pero, Doc! —protestó Monk—. La temperatura humana ha de ser alrededor de noventa y ocho y las pulsaciones unas setenta y dos.

—Es cierto —convino el hombre de bronce—. En algunos casos de grave enfermedad, la temperatura humana puede bajar a setenta y cinco, pero existe peligro de muerte. La adrenalina aumenta el calor y la acción del corazón quemando el azúcar que contiene el organismo. Puedo asegurar que casi todo el azúcar ha sido quemado en estos hombres, de manera que se han vuelto casi insensibles a la más baja temperatura.

Las manos de Doc tantearon alrededor de la base del cráneo del noruego.

Monk miraba a Lora Krants. Esta se había cubierto la boca con la mano para no hablar.

—Estos hombres no han reaccionado a la presión ejercida sobre sus nervios —declaró Doc—. El motivo de ese fenómeno es aparente. Los nervios que gobiernan la temperatura son conocidos por el nombre de diencefalones y se encuentran en la base del cerebro. Una cicatriz demuestra dónde se les han cambiado grupos de nervios.

Doc calló. El noruego había dejado de respirar.

—¿Oye, Doc! —exclamó Monk—. ¡Fíjate en esto! ¿No es otra vez el caballo que oímos en esa carretera?

Se oía el ruido de unas herraduras y de unas ruedas de metal sobre la nieve blanda. A corta distancia y desde la pared negra, una voz gritó:

—¡Hola, los de abajo! ¿Podéis indicarnos un camino para bajar? Mi conductor dijo que había un pueblo de pescadores cerca de aquí, pero esta carretera parece acabar en una llanura desierta.

—¡Maldición! —gritó Monk—. Doc, es el profesor Callus. ¡Este asunto es fantástico!

—Es el profesor Callus en persona —asintió Doc. Y a continuación gritó:

—Conocemos un camino para bajar a pie, pero no desde la carretera de arriba.

—¡Doc Savage! —gritó el profesor Callus—. Debí adivinar que llegaría hasta aquí. Pero temí que se perdiera con su aeroplano cuando me enteré que se había ido en dirección a la costa de Noruega.

—Escapamos a ese desastre —replicó Doc—. Su propia presencia indica que el misterio del océano encantado le interesa sobremanera, profesor Callus.

—Es verdad y ¿a quien no le interesaría después de lo sucedido en Manhattan? —replicó el profesor—. Cuando supe que usted se había ido a la Tierra del Sol de Medianoche, alquilé un aeroplano. Nos encontrábamos sobre una ancha meseta nevada cuando los extraños disturbios oceánicos volvieron a producirse. Nuestro avión cayó y de milagro escapamos a la muerte. Acompañé a mis dos pilotos hasta llegar a un pueblo. Oí hablar entonces de ese pueblo de pescadores y alquilé uno de esos carros noruegos. ¿Cree usted que podemos bajar de este acantilado y reunirnos con vosotros?

—Es posible —dijo Doc—. Pero también es preferible, para su seguridad, que...

Las palabras del hombre de bronce fueron ahogadas, por una descarga cerrada. Esta provenía de la carretera, a corta distancia del carro del *stolkjarre.*

—¡Doc Savage! —gritó el profesor Callus—. Nos atacan... son...

Sus palabras se perdieron al encabritarse ruidosamente el caballo. Allá arriba, en medio de la niebla helada, el *stolkjaerre*

crujió como si se lo hubiese aplastado contra las rocas. Una voz ronca gritó algo en noruego.

—¡Lo han apresado! —dijo Monk.

El *stolkjaerre* y el caballo cayeron rodando por la pared negra. Se desplomaron sobre el hielo con un ruido siniestro. El cuerpo de un hombre se despeñó sobre el ventisquero a su lado.

Arriba se oyó un grito de mando. La voz era la de Kama.

El hombre que había caído yacía a los pies de Doc Savage. Sin duda alguna, era el skydgut o sea el cochero. Tenía la cabeza horriblemente aplastada.

El profesor Callus no cayó con el vehículo. Doc Savage se volvió a sus compañeros y recogió a la muchacha del suelo.

—Hemos de alejarnos antes de que encuentren la manera de bajar de esta pared —aconsejó Doc—. Más lejos tal vez encontremos un camino que lleve a esa llanura. Me parece que es imprudente volver hacia el mismo terraplén.

El hombre de bronce no parecía sentir el peso de la muchacha. Caminaba tan deprisa, que Monk le seguía con dificultad con sus cortas piernas. La obscuridad les amparaba. Los hombres de Kama metían tanto ruido que no debieron darse cuenta que se alejaban.

Doc había andado más de una milla a lo largo de la pared antes de ver un camino en la misma. Monk subió por la pronunciada pendiente con gran dificultad. El hombre de bronce se encaramó fácilmente hacia arriba sin soltar a la muchacha.

Desembocaron en una carretera que había sido practicada algunos siglos antes.

CAPÍTULO XX

EL ASCENSOR DE MONTAÑA

DOC Savage llevó a Lora Krants a la llanura. En aquel terreno habían recogido heno durante la temporada adecuada y parte de éste estaba cubierto de nieve en el sitio donde lo habían desparramado sobre parrillas de madera con el fin de dejarlo secar.

Lora Krants intentó ponerse derecha, pero su pie lastimado se negó a sostenerle su peso.

—No sé cómo podremos salir de aquí —dijo la muchacha—. Si los hombres de Kama vienen por la carretera, estaremos acorralados.

Doc Savage no contestó. El hombre de bronce oía pasos y el crujido de los pies de muchos hombres en la nieve, ruidos que todavía no habían llegado a los oídos de Monk ni de la muchacha.

Doc caminaba al lado del heno abandonado. En un extremo, el campo parecía disolverse en el espacio y abajo se divisaban las luces de antorchas.

El campo se encontraba precisamente encima del pueblo de pescadores.

—¡Maldito sea, Doc! —se quejó Monk—. ¡Si esos demonios están en la carretera, no podemos salir de aquí! ¡Hay más de un millar de pies de aquí abajo!

Doc estaba apartando el heno con las manos. Arrancó de la parrilla de madera dos ganchos de hierro de extraño aspecto, cubiertos de fuerte piel de reno.

—Ahora vamos a encontrar el *hesjire* —dijo Doc—. A menos de que esté muy oxidado, tenemos aquí un medio de locomoción que no es posible que nadie use para seguirnos.

Monk y la muchacha oían ya las pisadas de sus perseguidores.

Estos entraban en aquel momento en el campo de heno. Algunos hombres gritaron.

Acababan de descubrir las huellas de Doc y sus compañeros.

—Bien —dijo Doc—. Monk, pasa tú primero. Te seguiré con la señorita Krants.

—¡Bajar por aquí! —gruñó Monk—. ¿Piensas hacer un número de circo por este miserable alambre?

—No es nada del otro mundo —dijo tranquilamente Doc—. La gente de por aquí encuentra este sencillo ascensor muy conveniente.

Monk y la muchacha miraban el delgado alambre atado a un grueso poste de madera. Las luces del pueblo brillaban en el fondo, a lo que parecía millas de distancia. No se veía más que unos pies del alambre tendido que bajaba en diagonal por el espacio.

Doc colocó uno de los ganchos sobre el alambre. Debajo del gancho había una anilla y por medio de este sistema primitivo enviaban el heno al pueblo durante el verano. Tal vez, como Doc lo había dicho, el alambre estuviera oxidado y a punto de romperse, pero era el único medio de escape de que disponían.

Monk pasó una muñeca peluda por al anilla y aspiró hondamente. A continuación dio un paso en el vacío. La piel que envolvía el gancho rechinó agudamente sobre el alambre. Monk desapareció casi instantáneamente.

El gancho y el alambre despidieron chispas.

Detrás de ellos, Kama lanzó un juramento. Acababa de descubrir el plan de Doc. Se oyeron unos disparos y las balas se hundieron en la nieve.

—Tendrá usted que confiar en mí y contener la respiración —aconsejó Doc.

—Usted ha confiado en mí e ignoro por qué —contestó la muchacha.

—Quizá sea porque sé que usted no es Lora Krants —dijo inesperadamente el hombre de bronce.

Los hombres de Kama estaban corriendo, disparando a tontas y a locas. Ya no parecían hacer ningún esfuerzo para no alcanzar a la muchacha. Doc sintió los proyectiles aplastarse contra sus pieles, pero su cota de malla los detenía.

Recogió a la muchacha en el hueco de uno de sus fuertes brazos.

Con la otra mano, se asió a la anilla, la colocó sobre el alambre y

saltó al vacío.

La muchacha hablaba con voz entrecortada. El gancho chirriaba sobre el alambre. La pelirroja debió temer la impresión que no pararían sino aplastándose abajo.

Y, mientras bajaban, Doc sintió el temblor que más temía. Los hombres de Kama estaban dando fuertes golpes en el poste del alambre sobre sus cabezas.

Algunas balas silbaron a su lado. Si Kama lograba desprender el hilo, únicamente un milagro les salvaría.

La fuerte muñeca de Doc estaba torciendo el gancho. Habían recorrido una distancia de unos quinientos pies antes de que empezara a frenar, disminuyendo la velocidad de su caída. Debajo de ellos la voz ansiosa de Monk llamó.

Sus palabras eran ininteligibles.

De pronto el alambre se aflojó. En la parte inferior, el *hesjir*, o ascensor de montaña, formaba una curva pronunciada con el fin de disminuir la velocidad de la caída de los objetos antes de su llegada al poste inferior.

Doc y la muchacha se encontraban en aquel recodo cuando el alambre cedió. Lo habían cortado en el poste de arriba. Sus cuerpos dieron media vuelta y cayeron.

Aun a cuarenta grados bajo cero, el agua profunda *fiord* no quedaba nunca helada, debido a la influencia del *Gukf Strem.*

—¡Contenga la respiración! —ordenó Doc, mientras caían.

El hombre de bronce no estaba seguro de sí caerían en el *fiord* o sobre las rocas de la playa.

Doc Savage había llenado de aire sus pulmones. Sosteniendo siempre a la muchacha, su forma gigantesca cayó con una fuerza que habría aturdido a cualquier hombre.

El agua del fiord les recibió y las gruesas pieles con que se cubrían amortiguaron el choque.

La muchacha estaba inerte entre los brazos de Doc. Remontarse a la superficie no fue tarea fácil. Doc logró desprender la parte superior de su cuerpo de las mojadas pieles. Sus miembros macizos hendían el agua azulada.

Doc nadaba bajo el agua con la misma facilidad que los mejores pescadores de perlas de los Mares del Sur.

Sin duda, Lora Krants estaba ahogada. Sus pulmones se habían

llenado de agua y cuando subieron a la superficie estaba de momento completamente inerte.

Monk ayudó a sacarla a la playa. La temperatura bajísima que allí reinaba era una terrible amenaza.

—Esta vez creí que estabas perdido irremediablemente —declaró Monk con voz quejumbrosa—. ¿Qué haremos? Me parece que la chiquilla está muerta. No podemos hacer nada sin un fuego y, si encendemos uno, nos caerán encima todos los habitantes de ese fantástico pueblo…

Monk se estaba rascando la cabeza y la ansiedad estaba pintada en sus feas facciones.

Doc Savage se estaba quitando las pieles que llevaba.

—Sácale las pieles y las ropas mojadas —ordenó a Monk—. Podemos salvarla sin fuego.

Doc Savage podía añadir que únicamente su gran habilidad en materia de medicina podría lograr lo que de otro modo habría sido imposible. Las manos de Monk eran torpes y temblaban, pero apretó los dientes sombriamente y se puso a la tarea.

Mientras Monk preparaba a la muchacha, Doc hizo algunos ejercicios que restablecieron propia circulación.

La pelirroja estaba tendida de bruces. Monk hizo cuanto pudo y supo para hacerla volver en sí, pero sin éxito.

—Monk, irás hasta la primera de las tiendas de pieles del pueblo —dijo Doc—. Verás que algunas están vacías. Coge las pieles más secas que encuentres y vuelve.

Monk cumplió la orden de buena gana. Doc Savage se trasformó en un gran cirujano. Monk había dejado caer parte de sus pieles. Al cabo de cinco minutos, Lora Krants respiró como quien solloza, y cuando Monk regresó, estaba envuelta en sus pieles. Monk traía un surtido variado de hermosas pieles, Doc y la muchacha no tardaron en estar completamente vestidos.

El hombre de bronce había salvado todos sus frascos y dispositivos que guardaba en los bolsillos de su cota de malla.

—¡Oh! —exclamó la muchacha—. ¡He soñado que había muerto y veía a mi padre! Creía haber cruzado el océano y…

Los ojos de la muchacha se abrieron desmesuradamente cuando se dio cuenta de su actual situación. Calló y Doc hizo como si no hubiese oído sus palabras. Ya le había dicho antes que sabía que

ella no era Lora Krants.

—Nuestra menor esperanza de salvación estriba en descubrir si el cilindro sigue intacto —declaró Doc—. Creo que esos supersticiosos pescadores vacilarían en tocarlo.

Doc Savage había acertado. El extraño pez de cristal seguía medio sepultado en la arena. Siguiendo la marea, el agua iba retirándose a su alrededor.

—¡Rayos y centellas! —exclamó Monk—. ¿Volvemos al fondo del mar?

—Es preciso que encontremos los restos del aeroplano enseguida —declaró Doc—. Es posible que la suerte de Johnny, de sus compañeros de la comisión y de todos los demás, dependa de que encontremos el modo de entrar en el fiord llamado la Barrera de Satanás. Miss Krants nos llevará al sitio donde el aeroplano ha sido varado en la playa.

—Haré cuanto pueda —dijo la muchacha—. A no ser por usted estaría muerta, Doc Savage. El aeroplano fue impelido a la playa. No funciona sin la luz que usted vió. Tiene otros motores, pero fallaron.

En el Staverkirker seguían ardiendo antorchas de aceite. Una luz se movía entre las tiendas de pieles de los lapones, pero no había nadie cerca del pez de cristal.

—Tenemos bastante aire comprimido para una hora —dijo Doc —. En este tiempo o podemos alcanzar el aeroplano o llegar hasta la Barrera de Satanás.

Monk y la muchacha entraron en el pez de cristal. Doc empujó y tiró del cilindro con el fin de ponerle en la posición adecuada para que su propia fuerza de aire comprimido le hiciera deslizarse en el *fiord.*

Doc entró a su vez en el pez de cristal y cerró la tapa. Inmediatamente la extraña y azulada luz de los tubos brilló dando al cilindro transparente un aspecto sobrenatural.

Un tanque de oxígeno silbó. Doc Savage soltó el aire comprimido y se oyó una serie de explosiones.

La cola del pez de cristal estaba hundida en la arena, pero fue como si una enorme mano le empujara al fondo del *fiord* y el cilindro bajó a una profundidad de cien pies.

—¿Dónde está el aeroplano? —preguntó Doc Savage—.

Disponemos de poco tiempo.

—Lo sacaron a un banco de arena en la parte Norte del *fiord* —dijo la pelirroja—. Si lo alcanza usted, tal vez el poder del océano vuelva y le sea posible emplearlo.

Doc Savage no contestó. El fin que se proponía el buscar el aeroplano, era examinar su extraña maquinaria. Esperaba que eso le revelara la naturaleza de la fuerza con que tenía que habérselas.

—Doc —dijo Monk—. ¿Crees que han cogido a Ham, y a los demás vivos? Si han matado a Ham, me quedo aquí y echo abajo todas estas montañas.

Lora Krants miró extrañada al químico. Creía que Monk y Ham se habrían degollado gustosamente bajo el menor pretexto.

—Antes de llegar al aeroplano, señorita Krants —sugirió Doc—. ¿Tiene usted algo que decirnos?

La muchacha cambió de expresión.

—Puedo parecerle ingrata, Doc Savage —dijo—. Pero no tengo nada más que decir.

Doc no insistió. Había formado una teoría sorprendente, y si lo que él creía se veía confirmado, suponía que Washington se estremecería de asombro.

Cerca de la entrada del *fiord* del pueblo de pescadores, Doc mezcló los productos que llenaban la doble pared del cilindro con un poderoso gas que le hacía remontar a la superficie. La muchacha le miraba con asombro el ver que iba creciendo.

Encontraron el aeroplano que descansaba sobre un estrecho banco de arena.

Sus alas y su armazón eran maravillas del genio mecánico. En conjunto rivalizaba con el mejor aeroplano de Doc y aparentemente no había sufrido mucho con su aterrizaje forzoso.

—¡Si este trasto quisiera volar, podríamos bombardear a Kama en el ventisquero! —sugirió Monk, mientras el pez de cristal se acercaba las rocas—. ¡Me gustaría poner las manos encima de ese objeto!

Doc abrió la tapa del cilindro. La aurora boreal daba una luz escasa que iluminaba la escena, pero no permitía el hombre de bronce ver lo que sucedía al otro lado de la montaña.

Fuera del alcance de su visión, dos goletas de pesca cruzaban el *fiord*. De unos tornos instalados en la cubierta de cada una de esas

embarcaciones colgaban unos cables que se perdían en el agua.

Las goletas estaban a unas trescientas yardas de distancia una de otra. Las separaba casi toda la anchura de la estrecha entrada del hondo *fiord*.

—Permaneced aquí mientras voy a explorar —ordenó Doc—. Si es posible poner los motores en marcha, subiremos a bordo del aeroplano.

—Es posible —asintió Doc—. Pero cierra la tapa y prepárate para sumergirte si ocurre algo. No estaré fuera más de unos minutos.

CAPÍTULO XXI

EN LAS REDES DEL DIABLO

DOC Savage penetró en la espaciosa cámara del misterioso aeroplano. Este había funcionado parte del tiempo con motores usuales, pero las hélices no estaban conectadas actualmente con éstos.

El hombre de bronce dejó oír su extraño trino. Estaba examinando unos cortos pitones de metal que sobresalían de la capucha y estaban provistos en sus extremos exteriores de una especie de espejos brillantes.

Doc determinó que se trataba de unas poderosas lentes por el estilo de las que se usan en los telescopios de gran tamaño.

Los pitones eran de metal y huecos. Estaban dispuestos en forma de batería reunidas para la concentración de su poder sobre un solo objetivo.

—Esto tenía que ocurrir tarde o temprano —musitó el hombre de bronce—. Se ha descubierto la luz que puede operar sobre toda la maquinaria del mundo. Esto es un invento que podría revolucionar los medios de transporte.

Vio que las hélices del aeroplano habían funcionado por medio de la luz.

Las misteriosas propiedades del selenio. Empleado ya en pequeña escala para accionar motores en laboratorios, había sido amplificada en una escala mayor y más práctica en el caso actual.

El misterio de la extraña luz del día quedó revelado a los ojos de Doc Savage. Este comprendió que un rayo de dicha luz, junto con la maquinaria apropiada, podría algún día poner en movimiento todos los buques que cruzaban los mares y en general, todos los vehículos del mundo.

Los motores ordinarios del aeroplano estaban irremediablemente destrozados. Parte de la maquinaria estaba fundida y echada a perder.

Doc estaba tan enfrascado en su estudio, que dejó de fijarse en las luces de las goletas de pesca que entraban en el fiord. Los obscuros cascos de las embarcaciones se acercaban rozando ambas orillas.

Arrastraban algo entre ellas y uno de los barcos se acercaba lentamente al sitio donde Monk y la muchacha estaban ocultos en el pez de cristal. Tal vez su luz azul y extraña resultaría visible para los ocupantes de los barcos de pesca.

—Hay luces que se acercan por el fiord —dijo Lora Krants—. ¿Cree usted que debemos llamar a Doc Savage?

Monk sacudió la cabeza.

—Los ojos de Doc son más perspicaces que los suyos —dijo con fervor—. Ha visto las luces y sabe lo que debe hacer.

Monk pensó en abrir la tapa de cilindro.

Alargó uno de sus largos brazos. Torpemente, su codo tocó la palanca que gobernaba los tanques de compresión. El aire silbó y estalló en la cola del pez de cristal. Vibrando, el cilindro resbaló lentamente por el banco de arena. El gas que tenía la virtud de hacerlo flotar se había evaporado en parte. Doc Savage salió del camarote del aeroplano. Se había dado cuenta que éste estaba colocado de tal manera que al quitar las cuñas de madera resbalaría por el banco de arena hasta el fiord.

Doc Savage se encaminó al sitio donde había dejado al pez de cristal. De pronto apretó el paso. El ruido de los motores de los barcos de pesca había llegado a sus oídos y pudo ver sus luces lejanas y movedizas.

El hombre de bronce esperaba ser guiado a la vuelta por la iluminación fosforescente del pez de cristal, pero la luz había desaparecido y creyó por un momento que Monk habría manipulado las lámparas.

Pero no se trataba de eso. Doc Savage se detuvo a la orilla del banco de arena. Sabía que en aquel sitio la profundidad era quizá de unos quinientos pies.

Doc miró fríamente el agua. Tan sólo veía un leve brillo muy poco acentuado. El pez de cristal se había sumergido. Estaba a un

centenar de pies de la superficie y seguía hundiéndose.

Rara vez tenía Doc Savage la sensación de que estaba indefenso. Pero durante unos segundos permaneció clavado en su sitio.

Allí, a sus pies, Monk y Lora Krants iban cayendo lentamente en la profundidad submarina.

Tan sólo podía Doc confiar en los conocimientos de Monk en químicas para sacar el pez de cristal a la superficie. Era evidente que Monk no había logrado aplicar el gas flotador y Doc Savage recordó un descuido suyo.

La combinación química final, la llave para la producción del gas, se encontraba en su bolsillo. No creyó estar ausente más de un minuto o dos.

Monk era impotente para sacar el pez de cristal del fondo del fiord. Un remolino en la fuerte corriente de las aguas recogió la luz que despedía el cilindro. Su fuerza la borró, pero ahí estaba, al pie de la pared recta del acantilado negro.

Doc Savage volvió al lado del aeroplano misterioso. No podía hacer nada allí. A pesar de su fuerza y de sus recursos inagotables, no podía alcanzar el fondo fangoso de aquella agua helada. El pez de cristal se había transformado en un ataúd del cual ningún poder humano podría rescatar a sus ocupantes.

El hombre de bronce pensó en sus demás compañeros: Johnny, el miembro de la comisión de guerra,Renny, Ham y Long Tom, si seguían vivos, eran sin duda, prisioneros de Kama o del Hombre de Paz, fuese quien fuese.

Doc sacó a puntapiés las cuñas de las ruedas del hidroavión, que se deslizó hasta el agua. Flotando normalmente sobre el *fiord*. Los pontones no habían sufrido daño alguno.

El hombre de bronce saltó sobre un ala al apoderarse del aeroplano la fuerte corriente. Los pontones levantaban el aparato con ligereza y éste se vio arrastrado a lo largo del acantilado hacia el extremo interior del *firsd.*

En la lejanía del mar, invisible desde el *fiord*, había otro aparato, pero permanecía invisible. Únicamente tres pitones de asta sobresalían del agua.

Esos pitones tenían ojos, en aquel momento apagados y ciegos. De haber visto Doc Savage esas cosas, habría obrado de distinto modo.

A una milla más arriba del pueblo de pescadores, el aeroplano misterioso encalló entre las rocas y Doc Savage saltó a la orilla, empujando una de las alas del aeroplano en una grieta de las rocas.

El hombre de bronce presentaba un aspecto tan extraño que casi espantaba.

Las pieles de que se apoderaron en el pueblo era lo único que llevaba sobre su persona y se las había adaptado al gigantesco cuerpo lo mejor que pudo.

Doc se dirigió al camino de la montaña y empezó a subir. Su intención era volver al ventisquero de Jostedalsbae. Mas allá de la escalera de hielo, esperaba encontrar el rastro de algunos de sus hombres.

De pronto se detuvo. Nos se había oído ningún sonido que un hombre normal pudiese recoger, pero el viento helado que soplaba del jostedalsbrae trajo algo que el delicado olfato de Doc no dejó de notar.

Era un olor humano mezclado con el olor de pieles curtidas, tan débil que únicamente lo habrían recogido los de las grandes mesetas o los gamos de las montañas.

Doc se aplastó sobre el hielo, confundiéndose con este, pero no había sido bastante rápido. Una llama azulada salió del ángulo de una grieta, a corta distancia, seguida de una explosión de rifle. La nieve azotó la cara de Doc.

Hubo una nueva explosión y la segundo bala pasó a la misma distancia.

Doc no llevaba nada que pudiese alcanzar al que disparaba y esperó el tercer tiro.

Una voz habló en noruego.

—¡Quédese donde está hasta que vea si es amigo o enemigo! —ordenó—. ¡No le mataré a menos que se resista! Entonces…

Doc Savage contestó calmosamente:

—Esperaba encontrarle en algún puesto de este ventisquero, Knut Aage. Ha hecho bien avisándome de este modo. Creo que ambos perseguimos el mismo fin.

—Es usted, Doc Savage —exclamó Knut Aage, en perfecto inglés —. Es para buscarle que he subido al Jostedalsbrae. He descubierto indicios que me han dado a entender que sus amigos han sido diezmados. Usted debe ser el hombre asombroso de que habló

Hjalmar Landson.

Knut Aage se acercó. Su cara seguía blanca como la de un cadáver y su piel tenía la frialdad del mármol.

Doc tenía la convicción que Knut Aage había sido víctima de la sangre helada.

—Temo haber perdido a uno de mis hombres, el químico llamado Monk —dijo Doc Savage—. Mis demás compañeros pueden ser prisioneros de una de esas fuerzas en pugna en el ventisquero. Tal vez sepa usted algo de lo que se oculta tras todo esto, Knut Aage.

—Sé mucho Doc Savage, pero no bastante —dijo Knut—. Basta saber que sacrificaré mi vida si es preciso pare destruir al demonio a quien llaman Hombre de Paz. Él es el verdadero Satán de las cuevas de hielo. ¿Dice usted que ha perdido al hombre llamado Monk?

—A menos que me equivoque, Monk y una muchacha que dice llamarse Lora Kants han perecido en el fondo del fiord a corta distancia del pueblo de pescadores —declaró Doc.

Mientras tanto, el pez de cristal se hundía hacia el fondo del fiord encajonado entre montañas. El rostro de la muchacha estaba blanco como el de una muerta, pero ahora que el fin se acercaba, sus labios rojos se apretaban valerosamente.

Monk intentó mezclar convenientemente los productos de que disponía en una retorta. Encontró tres polvos distintos y produjo una llama azul. Pero parecía faltar algo en la composición.

—Ahora que parece que vamos a morir juntos, Monk, podría usted ser más amable —sugirió la pelirroja—. Usted y los demás amigos de Doc Savage son unos hombres admirables. Mi propia misión en este país consistía en salvarles de un desastre.

Monk se limitó a gruñir por toda respuesta. Cerró la llave del aire comprimido. El pez de cristal se había movido contra la corriente. Monk decidió salvar cuanta fuerza motriz le quedaba.

Miró sombriamente la retorta en la cual se fabricaba el gas, deseando tener a su alcance su laboratorio portátil. Los remolinos de la corriente empezaron a tumbar el cilindro, que se iba hundiendo cada vez mas en barrena.

Monk volvió a abrir las válvulas del aire comprimido y el pez de cristal se irguió algún tanto en el agua, pero no tenía el impulso

necesario para remontarse. Monk sentía la garganta oprimida.

La muchacha tenía el lindo rostro oculto entre las manos y parecía adormecida. Monk adivinó por qué motivo. El oxígeno iba agotándose. Abrió la llave del último de los pequeños tanques, sin que se oyera silbido alguno.

Monk dio media vuelta, encarándose con la muchacha.

—¡Maldito sea! —exclamó—. ¿No estoy tan enfadado como parece con usted! Creo adivinar que ha tenido sus motivos para obrar como lo hizo.

—Es usted un hombre entraño, feote bondadoso —susurró Lora Krants—. Hablar y respirar duele, Monk, creo… que esto… en el fin…

Monk no pudo contestarle.

El pez acababa de topar con un obstáculo. A pesar de la fuerza motriz que le prestaba el aire comprimido, el cilindro fue rechazado y empujado atrás.

Empezó a subir, ladeándose, su luz azulada iluminaba el agua a algunas yardas de distancia afuera.

—¡Rayos y centellas! —exclamó Monk—. Un ejército de grandes peces nos arrastra consigo. Enseguida nos van a tragar como le ocurrió a Jonás con la ballena. ¿Qué le parece esto?

—¡Señor! —dijo Lora Krants—. Nos acorralan en el fondo del fiord.

No parecía sino que ambas cosas eran ciertas. Unos bacalaos gigantescos, de ojos saltones, se apretujaban contra el cilindro trasparente. Entre ellos brillaban bastantes salmones plateados.

El pez de cristal se veía arrastrado con ellos.

—¡Oh, me parece que vamos subiendo! —exclamó Lora Krants —. Monk, nos ha cogido una de esas grandes redes barrederas. ¡Doc Savage ha encontrado la manera de salvarnos!

—¡Doc sabe hacer muchas cosas, pero no es pescador! —declaró Monk—. Y no traía una red de esas con él. ¡Son esos salvajes que nos han vuelto a coger!

El cilindro de cristal subía rápidamente hacia la superficie de fiord.

A bordo de los dos barcos de pesca, los pescadores charlaban con excitación. Las goletas arrastraban su inmensa red en el fiord, aprovechando la pleamar, los pescadores habían visto el extraño y

reluciente monstruo cogido en la red. Los tornos chirriaron y sus cables empezaron a izar la red.

Los tripulantes de los barcos no habían estado en el pueblo a la llegada de Doc y sus hombres en el cilindro de cristal. Era, pues, la primera vez que veían aquella extraña luz azulada.

A través del cristal veían a Monk y a la muchacha que no se movían.

Tenían el aspecto de cadáveres en un ataúd de cristal iluminado.

Los tornos seguían girando.

Como si se hubiese dado la vuelta a un conmutador, una extraña luz, parecida a la luz del día, inundó el fiord el pie de las montañas. Los tornos se detuvieron en seco. Los motores de los barcos de pesca fallaron y dejaron de hacer girar las hélices. Mientras los pescadores caían de rodillas, los barcos se veían arrastrados por la fuerza de la marea. La enorme red se aflojó, acercando los barcos el uno al otro.

El brillante pez de cristal volvió a hundirse.

Los pescadores lapones caían de bruces, asustados y mudos.

Tres pitones recorrían el fiord a una velocidad increíble y sus ojos, provistos de espejos, absorbían energía despedida por la extraña luz. Sin detenerse, la extraña embarcación submarina rasgó la red, que fue arrancada de sus cables.

Los pliegues de cuerdas alquitranadas se enrollaron en torno al casco alargado del submarino.

CAPÍTULO XXII

CUERNOS DEL DIABLO

MUY pocas veces Doc Savage dio por perdido a alguno de sus hombres, pero si no había desechado todavía la última esperanza respecto a la suerte de Monk, el hombre de bronce se encontraba muy apesadumbrado.

—He descubierto cosas que los más crédulos se resistirían a creer —declaró Knut Aage—. Mi propia condición fue parte de ello, después de ser acorralado en las cuevas heladas situadas debajo del Jostedalsbrae, perdí el conocimiento. ¿No se fijó usted en la cicatriz que tengo en la nuca?

—La he visto —dijo Doc—. Los nervios que gobiernan la temperatura del cuerpo y las pulsaciones del corazón han sido cambiados mediante una hábil operación.

—No me di cuenta de lo que era —dijo Knut Aage—. Quedé como en un trance y desde entonces no tengo la sensación del calor ni del frío. Puedo pensar en los gestos que tengo ganas de hacer, pero los realizo con lentitud. Todos los músculos están relajados.

—¿Vió usted a otros hombres en las cuevas de hielo? —preguntó Doc.

—Vi a algunos prisioneros y a dos grupos de hombres que eran antagonistas —declaró Knut Aage—. Los hay de mi propia raza. Algunos otros son orientales que reciben órdenes de dos personas. Una de ellas es ese Lama que se encontraba en el stavekirker. En cuanto a la otra, yo no la conozco.

—¿Y los prisioneros? —preguntó Doc—. ¡Había, acaso entre ellos, un hombre que parecía un esqueleto.

—Lo recuerdo —dijo Knut Aage—. Es un hombre que tiene la cara de un sabio, muy alto y delgado. Estaba con un inglés y cuatro

hombres más.

—Ese es Johnny —declaró Doc—. Se llama William Harper Littlejohn y forma parte de la comisión, compuesta de seis miembros, que desapareció.

Knut Aage frunció el entrecejo.

—Malo —dijo—. Pues esos seis hombres están encadenados en una meseta rocosa que se encuentra en la cueva conocida bajo el nombre del Lugar de la Muerte Glacial. Una vez al año, en esta estación, el viejo Jostedalsbrae empuja una pared de hielo por la cueva que se extiende sobre un fiord subterráneo.

—¡Quiere usted decir que el hielo llena la cueva?

—Eso mismo —asintió Knut Aage—. Miles de toneladas de hielo barren la pared en la cual los prisioneros están encadenados. Esto ocurre todos los años.

—Pero, ¿qué fin se proponen al exterminar a los hombres de la comisión de guerra?

—No me enteré de gran cosa entes de ser apresado —dijo Knut Aage—. Eso es asunto del individuo a quien llaman Hombre de Paz. Su cerebro es el único que conoce le poder de esa luz artificial. Otro hombre esta buscando este conocimiento. Creo comprender que el Hombre de Paz no desea matar sin necesidad, pero se le ha dicho que todos los prisioneros quedarán aplastados lenta y horriblemente por el hielo si él no revela su secreto.

—¿Cómo pudo usted escapar, Knut Aage?

—Creo que me volvieron a mandar al pueblo para acabar de atender a los pescadores y alejarlos definitivamente de este lugar —dijo Knut Aage.

—Temo que otros amigos míos estén ahí —dijo Doc—. No le pido que me guíe hasta esas cuevas, pero debo ir a verlos.

Una sonrisa sombría se dibujó en los labios de Knut Aage.

—No es preciso que pida nada, Doc Savage —dijo—. No puede usted impedir que le acompañe. Hjalmar Landson fue quien me informó de su llegada; era hermano mío por la sangre, su muerte ha de ser vengada. He recibido una comunicación misteriosa, Doc Savage. Me dice que la mujer del pelo rojo que estaba con usted en el setavaekirkir mató a Hjalmar Landson.

—Otros han creído lo mismo —dijo Doc—. Pero obrará usted cuerdamente investigando antes de hacer nada.

—No obro nunca sin pruebas, Doc Savage.

—Así es como yo lo había juzgado..

—Si pudiésemos entrar en las cuevas sin ser vistos... —dijo Knut Aage.

Doc dejó oír su fantástico trino.

—Si la luz de poder de paz persiste unas cuantas horas, tal vez esto sea posible —declaró—. Venga conmigo, Knut Aage. El aeroplano en el cual vino Kama debe funcionar ahora.

El aeroplano misterioso seguía acuñado en la grieta de la roca. Knut Aage miró el juego de los músculos de Doc Savage mientras los dedos hábiles de éste examinaban las distintas piezas del extraño motor.

—Creo que hemos encontrado el medio de realizar nuestro propósito —dijo Doc.

Las dos hélices del aeroplano empezaron a girar. No se oyeron las explosiones usuales en un motor corriente, sino únicamente el sordo zumbido de poderosos motores eléctricos. Las pilas de selenio transmitían, aparentemente, la extraordinaria energía de aquella luz.

Doc Savage volvió el aeroplano hacia la montaña. El aparato corrió veloz en dirección al mar y Knut Aage cogió a Doc por el brazo.

¡Mire abajo! —gritó—. ¡Ahí está el demonio submarino que mis hombres tenían! ¡Es una de las embarcaciones del Hombre de Paz! Esos pitones son los que le impulsan.

—Si se los quitaran, ¿no se hundiría? —dijo Doc.

—No, pero quedaría fuera de uso —declaró Knut Aage.

—Y tendríamos a un enemigo fuera de combate —añadió el hombre de bronce.

El extraño aeroplano cayó, acompañado por el crujido de sus alas y rozó las aguas del fiord. Sus pontones cercenaron, el pasar, los pitones que se veían a ras del agua.

Doc Savage y Knut Aage vieron confusamente una especie de monstruo que se retorcía inmediatamente debajo de la superficie del agua verdosa.

Fuese cual fuere su fuerza motriz, el misterioso submarino dejó de avanzar.

La fuerza de la luz del día quedó inutilizada. Aquella

embarcación tendría unos sesenta o setenta pies de largo.

Doc se fijó en más detalles que Knut Aage. Una vez cortados sus pitones, la nave iba subiendo a la superficie.

El viento soplaba con la fuerza de un huracán en el cañón del fiord.

—No podemos volver atrás aquí mismo —dijo Doc—. Daremos la vuelta fuera de estas paredes y regresaremos.

—Esta marea tiene una fuerza considerable —dijo Knut Aage—. Es probable que la nave sea echada contra las rocas.

—He pensado en eso —dijo Doc—. Intentaremos regresar a tiempo para evitar que la tripulación se ahogue.

Dos goletas de pesca de negros cascos quedaron visibles. Sus tripulaciones se afanaban recogiendo los pliegues de una enorme red barredera que aparecía destrozada.

—¡Ve usted, Doc Savage! Los hombres de ese submarino han destrozado una red que era el resultado de una año de trabajo.

El viento aumentaba en intensidad y Doc hizo bajar el aeroplano hasta el fiord, permitiendo a la corriente tocar los pontones.

—Están perdidos si el submarino llega a las rocas —dijo Knut Aage—. Se hundirá en el acto.

Pero el monstruo privado de sus cuernos no se había hundido. Se encontraba a una milla aproximadamente del aeroplano cuando penetró en una abertura del ventisquero de Jostedalsbrae. La tapa de una especie de torre de mando se abrió y media docena de hombres, que no eran mayores que puntitos a esa distancia, echaron a correr hacia el gran ventisquero.

—Podríamos subir y acorralarlos fácilmente —sugirió Knut Aage —. Emplearán horas en ir hasta las cuevas heladas del Jostedalsbrae.

—Otras cosas más urgentes requieren nuestra atención —contestó Doc—. El submarino no parece haber sufrido grandes averías. Es preciso aprovechar las pocas horas que ellos necesitan para alcanzar las cuevas de hielo de la Barrera de Satanás.

—Pero, ¿qué podemos hacer con ese buque indefenso? —dijo Knut Aage.

—Eso vamos a verlo —declaró Doc.

La proa puntiaguda del submarino esta levemente encallada entre las rocas.

La nave tenía el aspecto de un largo pez de aluminio. Cuatro protuberancias irregulares revelaban el sitio en el cual los pontones del aeroplano habían cercenado los pitones.

Doc saltó del aeroplano a la puerta de la torre de mando, seguido de Knut Aage, cuyos movimientos eran más lentos. Al entrar el noruego, el asombroso hombre de bronce tenía y una llave inglesa en la mano.

Varios rollos de tuberías estaban alineados a lo largo de las paredes de la cámara de proa, debajo de éstos se veían motores conectados entre ellos.

El cajón del túnel del eje de la hélice se extendía por el suelo interior de submarino.

—Esta en una de las naves más complicadas que he visto en mi vida —dijo Doc—. Posee muchos dispositivos que algún día serán aplicados a todos los submarinos. Además de la fuerza motriz que le proporciona la luz del día, tiene motores auxiliares para cuando los pitones están sumergidos.

—Se vieron sorprendidos por la fuerza de la corriente antes de poder maniobrar —dijo Knut Aage.

—Exactamente —asintió Doc Savage—. Tal vez la tripulación temió nuestro regreso. Esperarían ser atacados con bombas antes de poder salir del fiord.

Doc Savage se daba prisa. No tardó en salir, encaminándose al aeroplano sin que Knut Aage comprendiera todavía qué era lo que se proponía.

Knut Aage estaba en medio del submarino cuando Doc le oyó llamarle con voz excitada.

—¡Doc Savage! ¿Aquí hay algo!

El hombre de bronce se apresuró a entrar nuevamente en el submarino. El compartimiento central de éste tenía el aspecto de un almacén para los torpedos sin que, en la actualidad, tuviera ninguno de éstos a la vista.

Unas puertas de hierro practicadas en el casco señalaban el sitio por donde entraban y salían cuando el submarino estaba sumergido.

En el centro del compartimiento yacía el pez de cristal cuyas lámparas despedían todavía una leve fosforescencia azulada. La tapa que le servía de puerta estaba abierta y Doc lanzó un suspiro de alivio.

—Han cogido a Monk y a Lora Krants —dijo—. Uno fragmentos de la red cuelgan del casco. Deben haber recogido al cilindro cuando iba hundiéndose.

Se oyó un golpe sordo que parecía provenir de una cámara de aire exterior.

Se parecía al que haría la cabeza de un hombre al pegar en una pared y, en efecto, se trataba de una cabeza: la de Monk.

Doc apartó las grampas de una de las puertas y el químico cayó rodando a sus pies. Monk tenía las manos y los pies libres y se levantó penosamente.

Su cuello peludo se movía fuertemente mientras aspiró aire fresco.

—¡Dos minutos más y dejo de respirar! —dijo con voz entrecortada—. Esos bandidos querían ahogarme. ¡Y esa pelirroja no es más que una vil traidora! Doc, esos hombres la trataban como si fuese una reina. ¡Te dije que nos engañaba!

—¿Qué ocurrió? —preguntó tranquilamente Doc.

—El pez de cristal se dejó coger en una red barredera con otros peces —dijo Monk—. Nos subieron y luego volvimos a caer. Los tanques de oxígeno estaban vacíos y al cabo de un momento perdimos el conocimiento. A todo esto, acababa por creer que la muchacha era honrada y sincera… y luego, ¿qué ocurrió? —siguió chillando Monk—. Lo primero de que me di cuenta era que nos sacaban del pez de cristal y esos tripulantes del submarino trataban a la chica como a una princesa. No sé qué les diría ella. Eran esos sujetos que se pasean en cueros…

—¡Crees que habrán identificado a Lora Krants? —preguntó Doc.

—¡Caramba, Doc! —exclamó Monk—. Poco le faltó para que la emprendieran a besos con ella. Luego se metieron en un rincón y hablaron entre ellos. Quise escuchar lo que decían y dos de ellos me apartaron. La pelirroja debió decirles qué era lo que debían hacer y me metieron en este agujero de la pared.

—Es extraño —confesó Doc—. Pero, tenemos trabajo que hacer. Monk, busca por ahí… Me parece que podremos llenar nuestros tanques de aire comprimido. Encontrarás varios tanques de aire comprimido. Encontrarás varios tanques de oxígeno a bordo. Cámbialos por los del cilindro que están vacíos.

Doc salió. Knut Aage lo miraba con asombro. El hombre de

bronce había desconectado los pitones de la fuerza motriz del aeroplano y los trajo al submarino.

—No había pensado en eso —dijo Knut Aage.

—Tiene un tamaño único —dijo Doc—. No tardaremos en poder llegar hasta la Barrera de Satanás, si continúan proyectando la luz.

Si los extenuados prisioneros del Lugar de la Muerte Glacial hubiesen conocido la intención de Doc, tal vez no se habrían sentido tan abatidos.

CAPÍTULO XXIII

LA MUERTE POR APLASTAMIENTO

EL bigote de sir Arthur Westcott le caía ya a ambos lados de la boca y el imperturbable inglés lo mordisqueaba algo nerviosamente.

—¡Por Júpiter! —exclamó—. Cuando descubran lo que esos majaderos han hecho, habrá sin duda una guerra. ¡Nadie puede permitirse esas libertades con un súbdito de Su Majestad!

El digno inglés había perdido su flema. Tenía las manos esposadas y sujetas por una corta cadena de hierro a una pared de roca.

—Indudablemente, una complicación internacional será la consecuencia de esto —dijo lentamente la voz del esqueleto viviente que estaba encadenado al lado de sir Arthur—. Sin embargo, es extremadamente dudoso que presente un obstáculo insuperable a la presión irresistible de hielo. Mientras celebran conferencias, seremos partículas de infinitesimal indiferencia a los procesos diplomáticos.

Los otros cuatro miembros de la comisión de guerra internacional no hicieron comentario alguno. Su conocimiento del idioma inglés era limitado.

Si Johnny hubiese dicho: "Antes de que la Gran Bretaña inicie una guerra, quedaremos desmenuzados por esta pared de hielo", la habrían comprendido.

Johnny ofrecía un aspecto lamentable y los representantes de las demás grandes naciones no estaban en mejor estado que él.

Esta conversación tenía lugar en el mismo instante en que Doc Savage cerraba la torre de mando del submarino. Johnny no tardó en expresar su fe en el hombre de bronce, empleando para ello palabras más sencillas.

—Tengo confianza en Doc Savage —dijo—. Algo me dice que Doc no anda lejos.

Los demás miembros de la comisión de guerra estaban acurrucados en posición incómoda sobre una estrecha faja rocosa. A sus espaldas, la pared estaba reluciente de humedad helada. Sobre sus cabezas, un techo liso y abovedado llevaba las huellas del desgaste ocasionado por el hielo.

Donde estaban sujetas sus cadenas se veían hondos surcos y la estrecha plataforma en que se hallaban era una cicatriz dejada en la dura y negra roca por miles de toneladas de hielo.

—¡Por Júpiter, amigo mío! —exclamó sir Arthur—. Tiene usted un ojo clínico. ¡Esta dichosa pared está moviéndose!...

La pared en cuestión era una de las caras de un bloque formidable del enorme ventisquero. Avanzaba por una grieta abierta por siglos pasados y llenaba por completo la cueva en uno de sus extremos.

En la dirección opuesta se veía una serie de pasadizos. Toda la cueva había sido constantemente iluminada por la extraña luz que allí reinaba. A unos cincuenta pies debajo de la estrecha faja rocosa se veía el agua, honda y límpida.

Johnny y sus compañeros fueron llevados allí en uno de los submarinos provistos de pitones. Aquel submarino pasaba y volvía a pasar a menudo.

Johnny se dio cuenta que había por lo menos tres embarcaciones de ésas.

Una de ellas tenía únicamente tres pitones, habiéndole sido cortado los demás por el fuego de un cañón británico.

—Este hielo se mueve ahora a la velocidad de un pie por hora —declaró Johnny—. Cuando acabe con nosotros, no lo hará muy deprisa.

Este pensamiento era desagradable.

El reluciente hielo llenaba la cueva de pared a pared, por completo.

Cuatro pitones nadaban en el fiord. Habían salido de las cuevas interiores. A juicio de Johnny, la extraña luz del día emanaba de algún manantial situado más lejos, debajo de la montaña. El geólogo oía a veces el sordo zumbido de una maquinaria que funcionaba en aquella dirección.

El submarino emergió cerca de la meseta y la torre de mando se abrió.

Medio docena de hombres da piel oscura salió de ella, empujando algunos prisioneros delante de ellos.

—¡Renny! —gritó Johnny—. ¡Long Tom! ¡Ham! ¡Sir Arthur, ya le dije yo que Doc Savage no tardaría en llegar!

Con los tres compañeros se hallaban Larrone y Barton, el hermano de Lora Krants. Se les hizo subir a la faja rocosa y sus ataduras de piel fueron cambiadas por esposas de hierro encadenadas a la pared.

—¡Rayos y truenos! ¿Cómo has llegado aquí, Johnny?

—De la misma manera que tú, me parece —contestó Johnny—. ¿Dónde está Doc?

Hubo un minuto de silencio. Ni uno de los recién llegados habló.

—¿No le habrá pasado nada a Doc? —preguntó Johnny.

Renny exclamó, iracundo:

—¡Si algo le ha pasado, vuelve a tener la culpa esa pelirroja! La última vez que vimos a Doc, estaba tratando de salvarla de una cuadrilla de sujetos desnudos que no tienen sangre. He visto a Doc y a Monk caer bajo un grupo de ellos y luego nos cogieron a nosotros.

Renny veía siempre las cosas sombriamente, pero Ham era más optimista.

—A estas horas estoy seguro que el se metió con Doc desea no haberlo hecho —dijo el abogado—. Hemos tardado bastante en llegar aquí y Doc puede encontrarse en cualquier sitio, sin que lo sepamos.

—¡Por Júpiter! —exclamó sir Arthur—. Yo opinaba que su Doc Savage no podría vencer a esos majaderos…

—Quienquiera que sea usted —observó Ham con sumo desprecio,— sus opiniones no valen enteramente nada. ¡Usted no conoce a Doc Savage!

Los hombres de Kama volvieron a su submarino y la extraña nave se sumergió. Los pitones pasaron rozando la pared arqueada del hielo amenazador.

—Si este hielo se dejara caer ahora mismo, no tendría nada que objetar —declaró Johnny—. ¡Hermanos, me parece que vamos a descubrir lo que representa ser pasado por una maquinilla de trinchar carne!

El movimiento de la pared de hielo era lento, pero su avance era innegable.

Parte de la estrecha repisa de roca sobre la cual estaban encadenados quedaba ya triturada y reducida a polvo.

La reluciente pared azulada se parecía a un enorme cuchillo empujado por una montaña. Sir Arthur Westcott era el que estaba más cerca de la muerte que se acercaba. A su lado se encontraba Johnny y un poco más lejos, los demás.

Ham, que siempre iba impecablemente vestido, estaba hecho un espantajo, sin perder por eso su buen humor.

—Nunca me había figurado que para acabar conmigo seria preciso mover una montaña —declaró—. De todos modos, tal vez podarnos todavía salvarnos. Una cuadrilla al mando de ese Kama de San Tao está luchando contra los noruegos. Han tenido ya un encuentro en el ventisquero y si bajan juntos hasta aquí, eso nos puede ayudar.

Sir Arthur seguía mordiéndose el bigote. La pared estaba a unos seis pies de él. Las rocas se estremecían y parte de la estrecha repisa saltó, quedando reducida a dos pies escasos hasta el sitio donde sir Arthur estaba atado.

—Me alegro —declaró el inglés—. Seré el primero en irme.

Pero no parecía alegrarse y Johnny le miró ceñudo.

Los demás se hacían cargo de la situación. Iban a ser aplastados lentamente, muriendo uno tras otro. El hielo les alcanzaría y luego su peso empezaría a aplastarles. El prisionero se echaría atrás, todo lo que le permitiesen sus cadenas. Estas lo sujetarían contra el hielo y su cuerpo quedaría aplastado, pulgada a pulgada, entre la pared y el ventisquero.

—¿Has descubierto lo que todo esto significa, Johnny? —preguntó Ham—. Si una de esas cuadrillas quiere deshacerse de nosotros, habría sido mucho más sencillo matarnos rápidamente. ¿O supones, acaso, que se sirven de nosotros para hacer presión sobre Doc y obligarle a retirarse?

—Esto es posible —dijo Johnny—. Nos hemos enterado de que aquí existe una luz extraña que sirve de fuerza motriz. La comisión de guerra iba a intervenir en el asunto, pero no comprendo lo que significa esta tortura lenta...

Si los prisioneros encadenados hubiesen estado en una

gigantesca cueva interior, habrían comprendido el fin que se perseguía amenazándolos con aquella muerte horrible. Era evidente que ésta no tenía nada que ver con Doc Savage.

La mayor de las cuevas se encontraba al final de una serie de cavernas que comunicaban entre sí. Los pasadizos que llevaban al interior eran, en parte, de hielo claro y azulado y, en parte, de roca negra.

En el centro de la cueva estaba sentado; un hombre que en su juventud debió tener una figura magnífica. Su espeso cabello, blanco como la nieve, enmarcaba una cara arrugada y curtida. Delante de él, y colgados de la pared, se veían varios mapas.

El hombre seguía líneas en esos mapas con una varita de acero delgado. Al moverse la vara, sus labios murmuraban:

—Cada hombre en su propio país —decía—. El apiñamiento de la población trae guerras. Las conquistas deben cesar. Cada nación debe desarrollarse y existir por medio de sus propios recursos, dentro de sus propias fronteras.

La varita de acero se movió.

—¡Conquista, siempre conquista! —murmuró el hombre—. No tengo más que mover un dedo para que cese. Únicamente así se puede poner fin a las guerras. Únicamente mis embarcaciones y mis aeroplanos, poseerán el secreto de moverse por medio de la luz de paz...

Dentro de enormes columnas de substancía transparente, unas lumbres multicolores brillaban, crujiendo y chirriando. Un sinnúmero de lámparas gigantes convergían en conductores que parecían sobresalir del techo, perdiéndose en el espacio.

El gigante de blancos cabellos habló en voz más alta. Sus ojos hundidos tenían un brillo fanático y su acento era suave y bondadoso.

—¡Algunos morirán tal vez, pero es preferible que así sea puesto que salvaré al mundo de un asesinato colectivo y todo esto será por la paz... paz para el mundo entero!

Otra voz habló con tono sarcástico. El dueño de esta voz permanecía invisible. Era evidente que se encontraba fuera de la enorme estancia del poder de la paz y tal vez estuviera hablando por un conductor.

Varios hombres estaban, sin duda, agrupados en torno a ese

individuo, pues se oían murmullos y se sorprendía el roce de cuerpos humanos.

—He venido a buscar su contestación —dijo la voz—. Sus ideas de paz para el mundo son una hermosa teoría, pero no proseguiremos hasta que nos haya comunicado el secreto de esos rayos positivos y negativos.

El gigante de cabellos blancos rió levemente para su interior.

—Lo que he empleado una vida entera en aprender seguirá siendo mi secreto —contestó—. No me engaña usted. Ha traficado ya para vender este poder; pero nadie puede adquirir lo que no posee. Sin la llave, está usted indefenso.

La otra voz rió burlonamente.

—La hora de poner las cartas sobre la mesa ha llegado, Hombre de Paz —dijo—. He esperado hasta ahora, pero no esperaré más tiempo. La dichosa comisión de guerra que usted quería instruir se encuentra en el Lugar de la Muerte Glacial. Dentro de unas horas, los representantes de las mayores naciones del mundo serán aplastados lentamente...

El gigante de cabellos blancos se levantó bruscamente. Sus grandes manos temblaban y su voz sonó airada.

—¡Ha ido demasiado lejos! —gritó—. Nadie ha de morir, como ya lo sabe. ¡No puede obligarme a obedecerle! ¡Llamaré a mis hombres!

—¡Llámelos... pero será en vano! —siguió burlándose la otra voz —. ¿Se figura que he sido tan loco que no he tomado mis precauciones? Mire en torno suyo y luego si lo cree oportuno, llame a sus hombres.

Los ojos hundidos del gigante se volvieron lentamente de un lado a otro.

Había hombres armados en todas las puertas de la inmensa sala y esos hombres era de corta estatura y de piel morena.

—¡No puede hacer esto! ¡Uno de nuestros propósitos era la preservación de la raza blanca...!

El gigante de blancos cabellos estaba completamente fuera de sí.

—¡Cálmese! —se burló la voz—. Ya está hecho. Estamos en posesión de uno de los submarinos. Sus hombres sin sangre tienen otro y el tercero regresará sin tardar. Será detenido al entrar en la Barrera de Satanás. Nos apoderaremos de toda la maquinaria. Si

desea que esa comisión de guerra sobreviva, es preciso que nos dé una información completa.

—¿Condena usted a esos hombres inocentes a muerte para lograr sus mezquinos fines? —gritó el gigante.

—Mezquinos no es la palabra más adecuada —dijo la voz—. Una provincia oriental sola ha ofrecido cien millones y hay otros doce postores extranjeros. El poder valdrá quinientos millones antes de que hayamos acabado.

Se oyó un ruido metálico como cuando se da la vuelta a un conmutador y delante del gigante de cabellos blancos un tablero oscuro quedó iluminado de rojo. Unas figuras movedizas quedaron visibles en el rectángulo.

—Vea usted mismo —siguió diciendo la voz—. No están solos allí los miembros de la comisión de guerra, sino que les acompañan otros individuos. Usted tenía un gran amigo a quien llamaban Doc Savage_ ¿Le gustaría ver a cuatro de sus hombres aplastados por la Muerte Glacial? ¡En cuanto a Doc Savage, ya ha muerto!

Las manazas del gigante se abrían y se cerraban convulsivamente como si quisiera rechazar la visión que se le ofrecía en el cristal. La televisión le representaba la estrecha meseta del Lugar de la Muerte Glacial.

La pared de hielo azul iba desgajándose Toneladas de hielo caían en la roca que quedaba reducida a polvo. Un hombre con bigote, sir Arthur Westcott, de Gran Bretaña, tiraba de las cadenas que lo sujetaban a la pared de roca, sobre la meseta.

El hielo amenazador estaba a un pie escaso del cuerpo contraído del inglés.

Los rostros de los demás prisioneros reflejaban el horror que los embargaba.

La voz burlona dijo entonces:

—Uno tras otro, los demás verán lo que es para un cuerpo humano ser aplastado y triturado hasta quedar hecho una papilla sangrienta. Todos morirán lentamente. Lucharán con sus cadenas, pero antes de arrancar esos ganchos de hierro, sus cuerpos estarán reducidos a fragmentos. ¿No es un cuadro magnífico?

—¡Aborto del infierno! —gritó el gigante de cabellos blancos—. ¡Lo destruiré todo... yo...!

Los ojos hundidos del anciano miraban aquella meseta del

horror en la televisión, pero estaban fijos en una figura: la del hermano de Lora Krants.

Una angustia infinita se reflejó en sus pupilas y una de las manos del gigante se movió.

El gigante no parecía haber tocado nada, pero de lejos se oyó un sordo zumbido de fuerza motriz.

La voz de fuera habló secamente.

—¡Cuidado, Kama! Nos ha engañado! ¡Hágalo coger por sus hombres! ¡Ha llamado al otro submarino!

El Hombre de Paz rió en voz alta, repentina y horriblemente. Su corpachón cayó hacia adelante, con las manos alargadas hacia las palancas. Los hombres de Kama que estaban más cerca de él, saltaron con la rapidez de serpientes.

En el lugar de la Muerte Glacial, sir Arthur no hablaba ya. Aunque la temperatura era de varios grados bajo cero, el sudor brotaba de su cara enrojecida, de expresión desesperada. Gruesas gotas le caían por las comisuras de los labios, mojando las puntas de su largo bigote.

El estadista inglés estaba desencajado y sus dientes hacían sangrar, sin que se diera cuenta, su labio inferior.

Alargando un poco la cabeza, habría podido tocar la superficie de la pared de hielo movediza. La horrible muerte por aplastamiento estaba a menos de una pulgada de distancia. Dentro de un rato, el cuerpo de sir Arthur Westcott empezaría a ser aplastado, triturado, entre el ventisquero en marcha y la roca negra.

—¡Mirad! —exclamó Ham—. ¡Tal vez nos salvemos después de todo!

CAPÍTULO XXIV

BATALLA DE MOSTRUOS

EN el agua azulada, el pie de la meseta rocosa, se movían dos objetos. Cada uno de estos ostentaba cuatro pitones. Habían penetrado en la caverna por dos entradas opuestas y avanzaban a toda velocidad.

—¡Rayos y truenos! —explotó Renny—. ¡Van a destrozarse mutuamente!

Pero los comandantes de los submarinos del poder de paz eran demasiado diestros para tener un encontronazo. Semejando cuernos de monstruos sumergidos, los pitones se inmovilizaron y, en torno a las naves plateadas, inmediatamente debajo de la superficie, el agua hirvió.

—Ahora suben! —dijo Long Tom—. ¿Qué os parece que pasará?

Los cascos lisos y relucientes de los submarinos subieron juntos a la superficie. Al emerger dos torres de mando se abrieron silenciosamente y los tripulantes salieron a cubierta como el demonio surge del infierno.

Todos esos hombres llevaban rifles y empezaron a disparar casi antes de que hubieran recobrado el equilibrio.

Las balas silbaban como abejas en las cavernas llenas de ecos. Las ligeras explosiones bastaban para arrancar leve y secas detonaciones a la pared de hielo movediza.

—¡Bondad divina! —exclamó Ham—. ¡Se matan unos a otros! Esto parece el final...

—¿De qué nos ha de servir esto? —dijo Johnny—. Supongamos que luchen entre ellos. Cuándo hayan concluido, ¿dónde estaremos nosotros?

Su pregunta era lógica. En la cubierta redondeada de uno de los

submarinos provistos de pitones se veían las fisuras semidesnudas de gigantescos noruegos. Estos, eran sin duda, los partidarios leales del individuo de cabellos blancos, llamado el Hombre de Paz.

En la otra nave se encontraban los orientales de piel morena. Debido al espacio limitado de que disponían en las cubiertas, de momento sus fuerzas eran iguales.

Un enorme noruego recibió una bala en el pecho. Sin un grito, cayó al agua y desapareció, tragado por la corriente interior. El noruego que salió después atravesó el cráneo del oriental que había matado al primer hombre. El pequeño oriental resbaló hasta el agua y una mancha roja señaló el sitio por donde desaparecía.

El noruego que lo mató fue el próximo en seguirlo.

Cuatro hombres habían sido muertos en cada submarino antes de que se diera una orden. Inmediatamente, los orientales desaparecieron en la torre de mando.

—¡Rayos y truenos! —rezongó Renny—. Creía que esos sujetos de piel negra eran más valientes ¡Continúan con fuerzas iguales y abandonan la partida!

—Me parece que nuestra única esperanza reside en esos rubios —dijo Ham—. Pero los negritos no abandonan el campo de este modo por nada.

Los acontecimientos no tardaron en confirmar las palabras de Ham. Al cesar el tiroteo, los cuerpos blancos de los noruegos se multiplicaron en cubierta.

Ya eran más de veinte los que habían salido del interior de la embarcación.

—¡Eso es una idiotez! —declaró el sabio Johnny—. Y me parece que esos morenitos no andan buscando otra cosa.

De la torre de mando del submarino tripulado por los orientales salió la voz terrible de una ametralladora.

El resultado fue espantoso.

Los muertos resbalaron de la cubierta del submarino noruego hasta el mar.

Algunos vivieron bastante para retorcerse en su agonía sobre la cubierta resbaladiza, antes de ir a parar al agua.

Los hombres encadenados en la estrecha repisa contemplaban aquella matanza. La cubierta de los noruegos quedó limpia. Únicamente dos hombres permanecieron estirados sobre su

superficie redondeada.

La ametralladora seguía disparando contra la torre de mando. Una voz lenta y gruesa lanzó una orden.

La nave se sumergía. El noruego herido cayó sobre la tapa de hierro, introduciendo la cabeza y los hombres en la abertura.

De pronto, lanzó un grito de dolor. El hierro se cerraba, apretándolo el pecho desnudo. Se oyeron voces excitadas en el interior del submarino.

Era evidente que se hacía un esfuerzo para contrarrestar las operaciones de sumersión.

La orden fue dada demasiado tarde.

—¡Rayos y trueno! —dijo Renny—. ¡Se hunden con esa escotilla abierta!

La nave lisa y reluciente estaba ya debajo de la superficie del agua. Esta se introducía en el interior, bañando el cuerpo del herido metido como una cuña en la tapa de la torre de mando. Alguien intentó abrir la puerta y sacar el cuerpo, pero el mar penetraba ya como un torrente en el interior. El agua se llevó de aceite mezclado con burbujas de aire. Algunas cabezas surgieron en la superficie. Pero era evidente que los noruegos que seguían en el submarino intentaban una lucha suprema por la vida.

La nave planteada desapareció de la vista. En el otro lado de la caverna, frente a la repisa, había otra plataforma rocosa, a la altura misma del agua.

Los nadadores noruegos se dirigieron hasta ese refugio.

El submarino tripulado por los orientales maniobró, dando media vuelta. La boca amenazadora de la ametralladora surgió…

—¡Bondad divina! —exclamó Ham—. ¡Esos demonios no serán capaces de hacer eso!

Pero los hombrecillos morenos no conocían la compasión. La ametralladora escupió fuego y el plomo barrió el agua. Uno tras otro, los cráneos de los nadadores fueron perforados por las balas. Algunos se abrieron completamente al recibir más de un proyectil.

Los brazos desnudos de los noruegos azotaron desesperadamente la superficie.

Los prisioneros gimieron al unísono. La última cabeza estaba ya perforada.

La única mano blanca se levantó y siguió al cuerpo a que

pertenecía al fondo del agua.

La luz misteriosa seguía iluminando el interior del Lugar de la Muerte Glacial. El submarino de los orientales subió a la superficie.

Kama de San Tao se adelantó, sonriente y enseñando los blancos dientes.

Parecía muy satisfecho del entretenimiento que acababa de proporcionar a sus hombres y miró a los prisioneros. Estos le inspiraban seguramente tanta lástima como si hubiesen sido otras tantas moscas clavadas en la pared.

—¿Hay entre vosotros alguien que puede influir cerca del Hombre de Paz? —dijo Kama—. No se nos ha informado de quién se trata, pero el Hombre de Paz se ha traicionado. Si el hombre de quien se trata quiere darse a conocer, se le desatará y se le llevará a la caverna interior.

Los hombres de Doc se miraron uno a otros. Sir Arthur había dejado de luchar con sus cadenas. El hielo seguía avanzando lenta e inexorablemente.

De pronto, el ventisquero se encargó de prolongar el plazo de infeliz inglés.

Tal vez debido al tiroteo, un ángulo de la parte de hielo se desprendió y cayó al agua, dejando un espacio de unos dos pies entre su mole compacta y la repisa.

A la velocidad a que se movía el ventisquero, eso significaba otra hora antes de ser aplastada la primera víctima.

Los prisioneros no hablaban, esperando que el individuo aludido contestara a Kama.

Fue Barton, el hermano de Lora Krants quien habló.

—Quizá se trata de mí —dijo—. ¡Y no lo digo para salvarme1

—Así, pues, conoces al Hombre de Paz —dijo Kama—. Esto en muy extraño.

—Debo de ser yo —repitió Barton Krants. Dos de los hombres de Lama subieron a la estrecha repisa. Abrieron las esposas que sujetaban las muñecas del joven y la bajaron a la resbaladiza cubierta del submarino.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¡Ya me lo figuraba! ¡Y la pelirroja es otra de la escuadrilla!

Pero sus compañeros no miraban ya a Barton Krants.

Los cuatro pitones de otro submarino del poder de la paz

penetraban en aquel momento en la caverna. Los cuatro cuernos provistos de espejos semejan la cabeza de algún ave de rapiña. Kama lanzó un juramento en su idioma.

Introdujeron rápidamente a Barton Krants en la torre del submarino tripulado por los orientales, y Kama ordenó a sus hombres que le siguieran.

El potentado oriental, si tal era el título que reclamaba, había dejado de sonreír.

Las ordenes se sucedían en sus labios, en el idioma de San Tao.

Johnny era el único entre los prisioneros que lo comprendía.

—¡Preparaos para un ataque, pero hemos de preservar este submarino! —dijo Kama—. Estaría indicado destrozar sus espejos con unos cuantos disparos. Eso les obligaría a subir a la superficie.

Los orientales maniobraron con su ametralladora.

Los cuatro pitones del nuevo submarino disminuyeron su velocidad. La nave se había dirigido en línea recta a la parte de hielo que avanzaba en el interior de la caverna. Había un espacio considerable entre ese hielo y el agua.

El peso del ventisquero lo soportaba su propio espesor y las paredes de roca de ambos lados.

—Este submarino ha perdido uno de sus ojos —hizo observar Johnny—. El espejo o lo que sea está fuera.

Los cuatro pitones se detuvieron completamente. La nave plateada estaba inmóvil y se veían sus flancos lisos a pocos pies debajo de la superficie del agua. Tres lentes recogedoras de la luz brillaban, pero el cuarto pitón parecía una órbita vacía.

—Tal vez empleen ese pitón como periscopio —sugirió Ham—. No parece existir otro dispositivo para la observación.

En esto se equivocaba. La nave tenía algo mejor que un periscopio. El observador podía, desde el interior, vigilar el exterior a gran distancia. El dispositivo era algo por el estilo de la televisión y podía aún reproducir el interior de otra embarcación.

—¡Perforad los inductores! —ordenó Kama—. La ametralladora enfocó los cuatro pitones y un oriental apretó el gatillo.

Una lluvia de balas azotó el agua en torno a los pitones. Algunas balas alcanzaron el reluciente metal, pero sin causar en apariencia grandes desperfectos.

—¡Apuntad a las lentes! —gritó Kama—. ¡Destrozadlas! ¡Los

noruegos tendrán que salir!

—¡Bondad divina! —gimió Renny—. ¡Vamos a presenciar otra matanza!

La ametralladora subió al aire y las balas silbaron en torno a los brillantes espejos de los cuernos.

Entonces, del pitón sin lente salió una delgada columna de humo amarillento que no tardó en extenderse. Era evidente que salía de la nave impulsado por la fuerza de una bomba.

Los pitones desaparecieron en una nube. La ametralladora buscó en vano un blanco, pero no se veía otra cosa que una nube de vapor amarillento.

—¡Entrar todos! —gritó Kama—. ¡Esto es algo nuevo! ¿De dónde lo han sacado esos noruegos? ¡Tal vez se trate de gas asfixiante!

La ametralladora enmudeció y los orientales corrieron a la escotilla que cerraba su torre de mando.

—¡Apostaría un millón contra una moneda de diez centavos que esto no es otra cosa...! —dijo Ham.

Entonces fue cuando un asustado oriental sacó la cabeza de la torre y gritó algo a Kama. Dos de sus palabras parecían no tener equivalencia en el idioma de San Tao.

—¡Doc Savage! ¡Doc Savage!

Kama hizo un ademán nervioso con las manos y juró prolijamente. La nave adversaria estaba oculta totalmente por la cortina de humo amarillento. Kama siguió a sus hombres a la torre de mando.

—¡Ya le dije yo, Sir Arthur, que Doc no tardaría en llegar! —dijo Johnny.

CAPÍTULO XXV

DEBAJO DEL HIELO

DOC Savage se alejó de la gran retorta que había sido convertida en envase de la cortina de humo. Este recipiente había sido ingeniosamente conectado con el pitón inductor abierto, del cual las lentes fueron quitadas.

—Monk, ¿tienes la conexión para ese tanque compresor de aire extra? —dijo el hombre de bronce.

Monk estaba mezclando media docena de productos en recipientes de metal.

El químico parecía haber olvidado su misión y el peligro que entrañaba, pues habían descubierto un laboratorio completo a bordo de la misteriosa nave del poder de paz.

—Sí, Doc —contestó—. Tengo la comprensión y el cierre. Lo único que hace falta ahora es echar el ácido en la mezcla. Cuando empiece a hervir no habrá duda de que esto es la Barrera de Satanás. Es probable que hará más calor todavía que en el infierno.

—Luego pasaremos debajo del hielo de esa pared helada —dijo Doc—. Juzgo que tenemos media hora poco más o menos para descubrir lo que hay al otro lado. Entonces, el ventisquero estará logrando el terrible fin para el cual los prisioneros han sido encadenados en la pared.

—Pero, Doc —dijo Monk—. ¿Por qué no vamos directamente allá y los libertamos a todos sin esperar?

—Porque es probable que sufriríamos la misma suerte que los noruegos del otro submarino —contestó Doc—. Quizá todos nuestros enemigos no están reunidos en el submarino con Kama. Nos enfrentamos con fuerzas desconocidas. La luz nos favorece de momento. Si la cortaran, es posible que fracasáramos.

Doc internó el submarino debajo del hielo, hacia las cavernas interiores.

—El otro submarino nos persigue, Doc Savage —dijo la voz de Knut Aage—. Kama se dirige hacia nosotros a toda velocidad. Nos abordará si tiene la oportunidad…

—Supuse que cometería este error —declaró Doc—. Monk, abre la portañola exterior de la cámara de salida. La mezcla está preparada.

Monk asintió con la cabeza y movió una palanca. Por el periscopio especial, Knut Aage vigilaba el submarino de Kama, que se echaba en línea recta sobre ellos. Su proa tenía la forma de un ariete puntiagudo.

Apenas hubo movido la palanca cuando el agua clara y verdosa que les rodeaba adquirió un tono rojizo. Este tono se obscureció y se volvió negro.

Aunque su visibilidad no disminuyó hacia delante, detrás de ellos el canal se transformó en un charco de tinta.

—Su nave ha desaparecido, Doc Savage —dijo Knut Aage.

—Y de momento nos han perdido de vista —añadió Doc—. ¿Dice usted que la cámara de la luz está al final de este canal?

—Allí es donde el Hombre de Paz gobierna los destinos de este gran poder —dijo Knut Aage.

—Vamos allá, pues —declaró Doc.

Kama miraba por el periscopio de su submarino. Había dado la orden de avanzar a toda marcha, a pesar del peligro de estrellarse contra la pared y se proponía embestir al submarino en el cual navegaba Doc Savage.

De pronto, el mar subterráneo quedó cubierto por un velo negro. La visibilidad y la dirección se borraron y cosa entraña, Kama podía todavía observar a Doc Savage y a sus compañeros en el interior de su nave, aunque dirigir la suya se le había hecho imposible.

Kama soltó una retahíla de juramentos orientales, luego descubrió los dientes en una ancha sonrisa.

—¡Tomaremos el pasadizo del atajo! —ordenó.

Los pitones del submarino de Kama cambiaron de rumbo. La nave avanzó lentamente, rozando la pared y a los pocos minutos se internó debajo del ventisquero.

—Llegaremos a la caverna de la luz antes que el mágico hombre

de bronce —declaró Kama—. ¡Y aun tomaremos nuestras medidas para recibirle!

Delante del submarino de Doc Savage se abría la entrada de la caverna de la luz. Una luz extraña y rosada bañaba los escalones practicados en la roca y que llevaban a la inmensa sala.

—¡Vigila con atención, Monk! —ordenó Doc—. Voy a explorar.

Las cámaras de lastre hirvieron y el submarino se remontó lentamente a la superficie. Doc Savage abrió la torre de mando y emergió.

Monk rezongaba. Estaba al lado de Knut Aage, mirando por el periscopio.

El submarino de Kama no estaba todavía a la vista.

—¡Maldición, Doc! —chilló Monk—. ¡Esto no me gusta! Es posible que ese bárbaro se haya perdido en la tinta y también es posible que no. ¡Esta quietud no me convence!

Doc Savage no contestó. Estaba caminando por la resbaladiza cubierta del submarino cuya proa tocaba los escalones de piedra.

De la inmensa sala iluminada llegaba un sordo zumbido de maquinaria así como los silbidos y ruidos de líquidos que hierven en grandes retortas.

Doc Savage subió ligeramente el primero de los escalones. Desde allí abarcaba con la vista el interior de la gran caverna. Con su notable poder de observación, el hombre de bronce se fijó en varios centenares de detalles de la maquinaria.

Entre aquel complicado amontonamiento, eligió sin vacilar los instrumentos vitales y dejó oír su fantástico trino, en tributo al poderoso cerebro que había concebido aquella fuerza, perfeccionándola hasta obtener su aplicación práctica.

Calló repentinamente.

Doc Savage estaba mirando al Hombre de Paz, el gigante de cabellos blancos.

El hombre de bronce se inmovilizó. Sus poderosas manos colgaban a lo largo de su cuerpo. No traicionó con el menor gesto lo que sus sentidos extraordinariamente desarrollados habían descubierto... Doc Savage sabía que estaba rodeado. Se daba cuenta que unos ojos negros y ocultos le apuntaban detrás de los cañones de unos rifles.

Habría tal vez una veintena de éstos, pero los hombres de Kama

estaban tan bien enseñados que no habían hecho el más leve ruido.

La voz de Kama habló burlonamente:

—Adelántese, Doc Savage... Entre en la caverna de la luz —dijo —. Su propósito de resolver el misterio del poder de paz será cumplido. No quiero negarle esto. ¡Acérquese, le mando! O hace esto, o morirá en el sitio ¡No despreciaremos nuestras balas, pues sus ojos serán el blanco...!

—¡El hombre cuerdo, Kama, sabe cuando tiene que obedecer — dijo tranquilamente Doc Savage.

Levantó las manos, y escalón tras escalón subió la escalinata.

De haber estado más cerca de Kama, más dispuesto a ensañarse, habría notado una extraña circunstancia. En la apariencia, Doc Savage aceptaba su derrota en aquella trampa. Escalón tras escalón, subía hacia la caverna de la luz.

Pero sus ojos dorados estaban cerrados y al subir, Doc frotaba levemente sus rodillas entre sí.

Los ojos que le apuntaban detrás de los cañones de los rifles estaban todos a pocos metros de distancia. Los hombres de Kama se encontraban en la caverna helada.

El leve ruido de cristal roto pasó inadvertido. Una nube de vapor subió por la escalera. Se la podía confundir con la especie de niebla que subía del agua helada... Pero allí donde el gigante de bronce había caminado bajo la amenaza de los rifles no había ya nadie.

Kama gritó: —¡Disparad ahora! ¡No esperéis!

Los orientales estaban acostumbrados a muchas clases de magia, pero esta súbita desaparición de Doc Savage los paralizó momentáneamente. Luego, una docena de rifles escupieron fuego y plomo en dirección al sitio donde Doc Savage había estado.

El hombre de bronce no estaba ya allí. Sus fuertes piernas habían obrado a fuerza de muelles del mejor acero y se había echado atrás.

Al tocar el agua procuró no hacer ruido.

Doc Savage no poseía el poder de hacerse invisible. Su aparente desaparición en el aire no existía sino para los orientales, especialmente para los que le apuntaban con sus rifles.

El gas, al escapar de los frasquitos ocultos en sus fuerte piernas, cegó a Kama y a sus hombres durante unos segundos. Se disipó y otros orientales salieron corriendo de sus escondites de la caverna

de la luz.

Doc Savage estaba en la cubierta del submarino. Levantó una mano bronceada que Monk y Knut Aage vieron. La mano hizo signos.

—¡Rayos y centellas! —chilló Monk—. Doc se ha vuelto loco. ¡Nos dice que nos hundamos.

Knut Aage tenía los miembros flojos, pero no tardó en obedecer. Ya estaba cerrando la torre de mando cuando el hombre de bronce hizo una nueva seña.

—¡Ahí está! —gritó Kama—. ¡En el submarino! ¡Acribillad su maldito cuerpo a balazos!

Los orientales hicieron un esfuerzo desesperado para lograrlo. Los tiros se sucedieron y las balas abollaron el flanco del submarino. El agua hervía en sus tanques de lastre. El pez plateado del poder de paz estaba sumergiéndose.

Tan solo se veían los cuatro pitones. Una nueva descarga cerrada barrió el agua cerca de la nave. Se vió en momento una de las manos bronceadas de Doc que lentamente desapareció.

—Esta vez no hay lugar a dudas —dijo Kama, jubiloso—. Habría sido preferible permitiese ver nuestro poder, pero no había más remedio…

Por cuarta vez. Kama estaba convencido de la muerte del hombre de bronce.

Los cuatro pitones del submarino se apartaron de la escalinata.

—Es preciso que capturemos el submarino de paz para conseguir nuestros propósitos —anuncio Kama—. Sin Doc Savage nos será fácil dominar a los demás.

Kama guió a sus hombres hacia su propio submarino que estaba oculto en uno de los numerosos canales laterales, cerca de la caverna de la luz.

Knut Aage estaba en el cuarto de mando cuando su nave se alejó lentamente de la escalera de la caverna de la luz. Monk entró en el departamento central, moviendo palancas con rapidez extraordinaria.

—¡Maldito sea Doc! —exclamó—. ¡Ya sabía yo que debía ir contigo!

Dio unas vueltas a una rueda y un tablero de metal se abrió, dejando entrar una tromba de agua verdosa.

Doc Savage se puso de pie, sacudiendo el agua que caía a chorros de su cabello bronceado. Su piel dorada parecía impermeable y respiró hondamente, llenándose los pulmones de aire.

Hacía cuatro minutos que contenía la respiración. Durante este intervalo se hundió en el agua y se agarró alo ganchos exteriores de la cámara de entrada y salida del submarino.

—¡Caramba, Doc.. ¡ —empezó a decir Monk.

—No tememos tiempo que perder —interrumpió Doc—. Ya nos hemos visto obligados a esperar demasiado. El hielo del ventisquero está aplastando a nuestros compañeros. Si no nos damos prisa, el inglés y sus compañeros morirán. Johnny está encadenado a su lado…

Knut Aage miró a Doc Savage el entrar ente en el cuarto de mando.

—Es usted un milagro igual que los hombres que flotaban después de su muerte —declaró—, he descubierto que aquello era muy sencillo. Les vaciaban la sangre y les llenaba las venas con un gas.

—He podido escapar de un modo tan sencillo como eso —fue el único comentario de Doc.

El hombre de bronce hablaba con sinceridad. No consideraba su poder milagroso como algo extraordinario. Tampoco encontraba nada de particular en el hecho de conocer miles de dispositivos y productos así como su aplicación y de encontrar una solución en casi todos los casos urgentes y puntuales.

Knut Aage volvió al periscopio.

—El submarino de Kama vuelve acá —dijo—. Es probable que crea en su muerte, Doc Savage.

—Esto será hasta que nos descubra con su observador de televisión submarina —dijo Doc—. No podremos despistarles como antes. No tenemos tiempo de mezclar una nueva cantidad de humo químico. Además, necesito el proyecto para un asunto más vital.

El submarino de Kama se acercaba rápidamente. Doc dirigió el suyo hacia el Lugar de la Muerte Glacial. Ambas embarcaciones mantenían aproximadamente la misma velocidad.

Era evidente que Kama intentaba llegar a la altura de la otra embarcación y sus maniobras indicaban que no quería repetir su

esfuerzo por embestir el otro submarino.

—Monk, prepara la gran retorta —ordenó Doc—, conéctala con el tanque de compresión con el ácido de ignición preparado.

Una ancha sonrisa torció los labios de Monk.

—Si hay realmente un demonio en esa Barrera de Satanás, vamos a darle trabajito —chilló.

La gran retorta de metal que contenía una extraña mezcla de producto fue colocada debajo del pitón del cual habían sacado el ojo. Alguien que tuviera conocimientos de química hubiera comprendido que la retorta y su conexión eran de un metal hecho para resistir al calor más intenso.

El submarino de Kama se acercó. Doc vió que la embarcación hacía un esfuerzo para empujar su nave contra la pared, impulsó el submarino hacia delante a una velocidad peligrosa.

CAPÍTULO XXVI

FUEGO DEL DEMONIO

—¡BARRUNTO que esto es el final para él! —dijo Ham—. ¿Qué debe haberle ocurrido a Doc en esa embarcación de los pitones? ¿Le habrá cogido Kama?

La primera observación de Ham se refería a la apurada situación de *sir* Arthur Westcott. A pesar de su valor británico, el inglés gemía en voz alta.

Se oyó un fuerte crujido de hielo contra la roca. *Sir* Arthur tiraba de sus cadenas tanto como le era posible, pero el hielo le había cogido ya el hombro y su presión le cortaba la carne. La sangre le corría por una mano.

La estrecha repisa se desmoronó bajo los pies de *sir* Arthur. El torturado inglés quedó colgando de sus cadenas. Un ángulo del hielo le apretaba, le presionaba cada vez más.

Tal vez con el tiempo su cadena se rompiese, pero únicamente con una presión que antes reduciría el cuerpo prisionero al estado de jalea.

Sir Arthur gritó de pronto con voz angustiosa. Era evidente que su fortaleza cedía bajo la tensión a que estaba sometido.

Johnny habló entonces rápidamente:

—¡Ha vuelto… Doc ha vuelto! ¡Ahí está el submarino al que le falta un ojo…!

—Sí —exclamó Ham—. ¡Y el de Kama le sigue de cerca! ¡No sé cómo Doc se librará de él! ¡Temo que ni Doc pueda hacer algo a tiempo!

El submarino de Doc corría veloz hacia la pared del ventisquero. Los pitones pasaron debajo del hielo, cerca del sitio donde *sir* Arthur se veía inexorablemente apretado. El inglés no gritaba ya,

limitándose a murmurar para expresar su intenso sufrimiento.

Los cuatro pitones del submarino de Kama cruzaron el espacio abierto en dirección al hielo, pero fueron parados.

Debajo del hielo surgió una luz cegadora como si un soplete de tamaño gigantesco empezara repentinamente a echar fuego. La llama lamía la superficie del ventisquero, adquiriendo varias tonalidades.

Johnny, que estaba al lado de *sir* Arthur, perdió su serenidad de erudito y gritó:

—¡Os lo decía yo! ¡Esto es obra de Doc! ¡Que me supermalgamen! ¡Empieza a hacer calor!

Johnny tenía razón. El interior del Lugar de la Muerte Glacial se calentaba rápidamente. Del ángulo del ventisquero surgieron atrevidas lenguas de fuego, azules y verdes.

Aquel calor era espantoso y tenía sin duda la fuerza de cortar el acero más duro. De lo que no cabía duda era de que la llama penetraba en el hielo de la pared amenazadora. Una enorme grieta se formó y el agua empezó a caer a chorros de la misma.

Esto ocurría en el rincón que estaba aplastando lentamente a *sir* Arthur.

De pronto, el ángulo se desmoronó. Toneladas de hielo se disolvieron como si se las hubiera empujado a una inmensa hoguera. El extremo del ventisquero que alcanzaba a *sir* Arthur se derrumbó ruidosamente, cayendo al agua que estaba debajo.

—¡Rayos y truenos! —gritó Renny—. ¡Si ha tocado al submarino, Doc está perdido!

Pero el trozo de hielo se hundió y volvió a subir lentamente a la superficie.

Tenía el tamaño de un pequeño *iceberg* y su caída descubrió el submarino de Doc.

Del pitón desprovisto de ojo salía la llama salvadora. Su calor era tan intenso que el metal del aparato que la proyectaba empezaba a derretirse.

Aquel fuego silbaba, pues la presión que había detrás era considerable. Los hombres de Doc que estaban en la repisa no comprendían de dónde provenía, puesto que ignoraban la existencia del laboratorio descubierto por Doc y Monk.

Tampoco sabían que los tanques de aire comprimido habían sido

cargados con ayuda de las bombas de lastre del submarino.

La nave de Doc se movió lentamente. El enorme soplete seguía hiriendo el ventisquero, y así como un cuchillo parte un queso blando, igual cortaba a pedazos el durísimo hielo.

—¡Su Doc Savage! —murmuró una voz—. ¡Ha venido! ¡Por Júpiter! Confieso que es un tipo extraordinario, un gran hombre.

Y, dicho esto, sir Arthur Westcott, leal súbdito de Su Majestad el Rey de Inglaterra, se desmayó. Seguía colgado de la cadena sujeta a sus esposas. Sus heridas eran dolorosas, pero era probable que viviría.

—¡Eso es lo que temía! —gimió Long Tom—. ¡Este demonio de Kama quiere acabar con Doc!

Los pitones del submarino de Kama se movían rápidamente. Sin duda, el enfurecido hombre de San Tao había decidido embestir a la nave de Doc.

Esta vez quería destruir al hombre de bronce de tal manera que su muerte no dejara ya lugar a duda.

Los prisioneros gimieron. Después de todo, si Kama ganaba la batalla, sus muertes no habrían sido más que aplazadas.

—¡Va a tirarse contra el otro submarino! —dijo Johnny.

El pez plateado de Kama aumentó la velocidad de su carrera. El enorme soplete llenaba la caverna de calor. Otro sector considerable del hielo se desmoronaba.

Los prisioneros quedaron boquiabiertos. Con un ruido espantoso, el submarino de Kama hundió la proa puntiaguda en la otra nave. Dio la impresión de haberla atravesado de parte a parte.

El aire silbó. Un río de aceite pintó un arco iris en el agua verdosa. La llama del soplete gigantesco se apagó como por ensalmo.

—Nada puede salvar a Doc ahora! —gimió Renny—. A menos de que ese demente de Kama le saque de ahí.

Pero Kama de San Tao no iba a salvar a Doc Savage.

Un trueno formidable sacudió la montaña. Se parecía al estruendo de un terremoto.

Más de la mitad de la pared de hielo de la caverna se había desmoronado bajo el efecto del terrible soplete en que había quedado transformado el pitón del submarino hundido.

Con un rugido formidable, más de mil toneladas de hielo

cayeron al agua.

—Que me superamalgamen —exclamó Johnny—. ¡Doc y Kama, ambos están perdidos! ¡Los submarinos se han hundido!

Los demás prisioneros lanzaron exclamaciones y juramentos variados. No les cabía duda alguna de que los submarinos, reunidos después del choque, debieron quedar aplastados bajo aquel hielo, como un reloj quedaría aplastado bajo un martinete de vapor.

Alrededor del hielo, el agua verde se levantó en una inmensa ola e inundó a los prisioneros encadenados en la repisa. Únicamente sus cadenas evitaron que fueran arrastrados.

Al bajar el nivel del agua, unos cuantos cadáveres subieron a la superficie.

Algunos orientales habían sido destrozados antes de ahogarse. El aceite y la sangre flotaban juntos sobre el agua.

—¡Doc está perdido! —gimió Renny.

—¡Nos ha salvado, exponiendo su vida! —dijo Ham.

—Temo que no se equivoquen —dijo una nueva voz—. Esperaba llegar a tiempo para evitarlo. Me tenían prisionero en la caverna donde se encuentra la maquinaria. He encontrado las llaves que tal vez puedan abrir sus esposas. Lo veremos.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—.

¡El profesor Callus! ¡Creí que le habían matado en la montaña!

—No —contestó el profesor Callus—. Me hicieron prisionero y mataron a un guía. Me trajeron debajo del ventisquero y me encerraron en una vasta sala.

La enorme cabeza del profesor se bamboleaba sobre sus delgados hombros.

Su calva era más reluciente que nunca.

—Creí haber descubierto el misterio del océano encantado —dijo—. Esperaba que Doc Savage descifrara la fórmula conmigo. Hay un sujeto llamado el Hombre de Paz que lo sabe todo.

El profesor estaba probando las llaves y, uno tras otro, ponía a los prisioneros en libertad.

Renny fue el primero en volverse y levantar el cuerpo inerte de sir Arthur Westcott. Dejó al inglés tendido en la estrecha repisa.

—Esa pelirroja tiene en parte la culpa de que estemos aquí y no es la primera vez que ha intentado matar a Doc —declaró el ingeniero.

—Me parece que tiene usted razón —declaró el profesor Callus—. Desgraciadamente no pude hablar con Doc Savage en el ventisquero. He sabido cosas extrañas respecto a esa Lora Krants.

—¿Y que ha sabido usted?

La voz que pronunció estas palabras salía del ángulo de la repisa.

El profesor Callus había llegado a ésta por un pasadizo del cual los prisioneros, ignoraban hasta entonces la existencia, a la entrada de dicho pasadizo ¡se encontraba el hermano de Lora, Barton Krants.

El muchacho acompañó su pregunta con un salto inesperado, asestando un golpe violento en el reluciente cráneo del profesor.

Por tratarse de un hombre dedicado a trabajos científicos, el profesor Callus demostró poseer una agilidad sorprendente. Una de sus manos se alargó y sus dedos huesudos cogieron a Barton Krants por la garganta.

El muchacho volvió a pegarle con el puño, pero sus golpes no parecían surtir efecto en aquella calva dura y brillante. Una pistola achatada surgió en la mano del profesor que la aplicó contra el estómago del muchacho.

—¡Usted y su hermana son unos impostores! —gritó—. ¡Lo sé desde el principio! Son responsables de toda esta matanza, pero ha llegado su hora.

—¡Eh no haga eso! —gritó Renny—. No puede matar a un hombre porque...

Se oyó una doble explosión. La de un rifle automático. Los prisioneros se volvieron y vieron una goleta de pesca que acababa de penetrar en la caverna helada por un pasadizo desconocido.

El profesor Callus emitió un sonido extraño. Soltó la pistola. Que cayó y rebotó hasta ir a parar al agua. Un surco rojo le cruzaba la frente. Al lado de éste se veía otra señal, un agujerito redondo y limpio. El tiro había acertado...

El profesor no dijo nada más. Su enorme cabezota se dobló. Su brillante cráneo rodó por la repisa y su peso arrastró el resto de su cuerpo huesudo.

El agua saltó al recogerlo. Barton Krants gritó:

—¡Bravo, hermana!

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. ¡Otra vez la pelirroja!

¡Y ha asesinado al profesor con la mayor sangre fría!

La esbelta muchacha estaba de pie en el castillo de proa de la goleta de pesca, con el rifle todavía humeante en la mano.

—¡Barton! —exclamó—. ¿Estás sin novedad?

—¡Sí, todo va bien! —contestó el muchacho—. Pero tengo que volver allá. Hermana, le he encontrado. ¡Espérame aquí!

—¡Oiga! —dijo Ham—. ¿Qué quiere decir todo esto? ¡Quédese aquí y explíquese!

Pero Barton Krants volvía ya a meterse por el pasadizo. La goleta de pesca rozó la pared de roca. En la cubierta había ocho o diez hombres, semidesnudos. Eran los fornidos noruegos.

Un mástil provisto de una escalera de cuerda tocó la estrecha repisa. La muchacha se encaramó ágilmente por ésta, sosteniendo todavía el rifle entre las manos. Algunos de los hombres semi —desnudos la siguieron.

Renny se adelantó y cogió a la muchacha por la muñeca. Lanzando un grito de dolor, la pelirroja dejó caer el arma.

—¡Me parece que tiene que explicarnos algunas cosas, hermana! —rezongó el ingeniero—. ¡Empiece por cuando me hizo apresar en Manhattan y quiso quemar vivo a Doc!

Los hombres semi —desnudos se acercaban. Varios revólveres encañonaron a Renny y sus rifles amenazaron a los demás. Renny soltó a la muchacha.

—No se preocupen —dijo la muchacha en noruego—. ¡Son amigos míos, aunque no lo saben!

—¡Rayos y truenos! —rezongó Renny—. ¿Cree que no sabemos que está de acuerdo con esos bandidos? ¡El profesor Callus lo ha declarado antes de que le matara usted!

La muchacha sonrió tristemente, moviendo la cabeza.

—Tendrá que escucharme, coronel Renwick —dijo—. Por error, algunos de mis hombres le raptaron en Manhattan. Lo tomaron por el profesor Callus. Lo pusieron en libertad cuando les expliqué su error.

—¡Sí, eh! Entonces, señorita Krants, explíquenos ¿cómo es que capitaneaba usted la cuadrilla que intentó "limpiar" a Doc? Lo han logrado finalmente los demonios de Kama, aunque se han ido con él.

La muchacha palideció.

—¿Quiere usted decir que han muerto al señor Savage? —murmuró—. ¡Oh, es imposible, sobre todo ahora que todo parecía arreglarse! ¡Doc Savage vive todavía! ¡Lo sé! ¿Comprende usted? ¡Ayudé a esa banda para hacer caer al señor Savage en el garlito en Manhattan! Eso me dio a conocer al cerebro que dirige esta empresa. Pero telefoneé al cobertizo a tiempo par salvar al señor Savage e impedir que muriera abrasado.

Ham dio un paso adelante y su rostro delgado se iluminó.

—Esto es cierto, Renny —declaró—. Una mujer telefoneó y esto parece razonable.

—Todavía nos queda por descubrir muchas cosas, pero, miss Krants, temo que Renny le haya dicho la verdad. Doc quedó sepultado con los demás debajo del ventisquero, cuando cayó.

La muchacha sollozó convulsivamente. Había bastante más que el interés normal por un amigo en su congoja.

—Me salvó la vida —dijo lentamente—. No es posible que nada le haya ocurrido a Doc Savage.

Pero el agua fría y verdosa del mar subterráneo estaba tranquila otra vez. La mole del hielo flotante se erguía como un monumento funerario.

—Quisiera tener su fe —empezó Johnny—. Pero…

Una explosión ensordecedora cubrió sus palabras. La extraña luz se apagó como si alguien hubiese dado la vuelta a un conmutador. El Lugar de la Muerte Glacial a quedó a oscuras.

—¡Oh! —exclamó la muchacha—. ¿Que ocurre?

Fuese lo que fuese, no había terminado todavía. En una caverna distante brillaba una luz rosada y por las cuevas de hielo se esparcía un olor acre de ácidos como de del sulfuro cuando arde.

Luego las tinieblas reinaron. Trozo a trozo, grandes porciones de roca y hielo caía en la lejanía de los techos de las cavernas. El último cayó y no hubo más que silencio.

—Lo ha hecho —dijo la muchacha con voz temblorosa—. ¡Barton, Barton!

—¿No podemos tener cualquier clase de luz? —preguntó Johnny en noruego.

—¡Antorchas de aceite, Skavnar! —dijo la muchacha con voz más firme.

Las antorchas proyectaron extrañas y grotescas sombras en la

cubierta de la goleta.

Luego, Long Tom gritó:

—¡Mirad! ¡Sale del mar! Miss Krants, ¿sabe usted si Doc tenía el pez de cristal a bordo de ese submarino?

La respuesta de la muchacha era innecesaria. Se divisaba un débil resplandor azul debajo del agua. Fue en aumento, se ensanchó y subió a la superficie.

El cilindro de cristal de Doc Savage emergió al lado de la goleta.

Inmediatamente, la tapa se abrió y la primera cabeza que asomó fue la de Knut Aage, blanca como la de un muerto.

Detrás surgió el rostro feo y simiesco de Monk.

—¡Hola, insecto! —exclamó Ham, ocultando sus verdaderos sentimientos bajo una capa de sarcasmo—. ¡No puedo deshacerme nunca de ti! ¡Ni siquiera puedo desembarazarme de ese maldito marrano!

La cabeza bronceada de Doc Savage apareció. El aventurero se irguió en la cubierta de la goleta de pesca.

Habló rápidamente en noruego a los hombres semi —desnudos que le rodearon con las antorchas en la mano.

¡Creímos que te habías hundido para siempre! —dijo Ham con una ancha sonrisa—. ¡Nadie podía vivir bajo un millar de toneladas de hielo!

—Estábamos a demasiada profundidad para que nos alcanzara —declaró Doc. Vimos el hundimiento del ventisquero. El pez de cristal estaba a unos doscientos pies debajo de la superficie cuando se desmoronó. Hemos visto también el cuerpo del profesor Callus. Su cabeza parecía hundirse cada vez más. Señorita Krants, me alegro que haya llegado. Es preciso que vayamos a la caverna de la luz enseguida.

Los labios de la pelirroja temblaban y las lágrimas le bañaban las mejillas.

—¡Usted sabe!... ¡Oh! ¿Usted lo sabe?

—Sí, lo sé casi todo —dijo Doc Savage—. Estaba informado en parte desde que telefoneé a Del Monte, en California, antes de salir de Manhattan. La verdadera Lora Krants está en Del Monte. Confirmó su amistad con usted y su hermano, sin tener objeciones ante el hecho de que usted asumía su identidad.

—¡Rayos y centellas! —exclamó Monk—. He sabido siempre que

la pelirroja no era lo que parecía. ¡Me dio un apretón de manos y a continuación envió esos sujetos indecentes que se pasean sin ropa para que acabaran conmigo!

La muchacha sonrió a Monk a través de sus lágrimas.

—Me es usted demasiado simpático para que quiera causarle el menor daño, Monk —dijo suavemente.

—Tal vez sólo intentara prestarle un gran servicio al mundo —dijo Ham con malicia:— Es lástima que no pudieran acabar la faena.

—No sé por qué Doc se ha tomado la molestia de fundir ese ventisquero —aulló Monk.— ¡Piensa en toda la gente que se habría visto libre de tu mala lengua!

Sir Arthur Westcott abrió los ojos y habló débilmente:

—¡Por Júpiter! ¡Qué individuos más raros son sus ayudantes, Doc Savage!

Doc se limitó a contestar:

—No nos entretengamos más tiempo. ¡Vamos a la caverna de la luz y encontraremos a ese Hombre de Paz!

CAPÍTULO XXVII

EL HOMBRE DE PAZ

BARTON Krants sostenía el cuerpo del Hombre de Paz entre sus brazos. El rostro curtido respiraba paz. Sus ojos hundidos estaban cerrados en su agonía, pero una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Comprendió al fin lo que ese poder de luz significaría para el mundo al caer en manos de gente malvada —dijo Doc Savage;— Ha destruido el trabajo de su vida entera y de paso ha puesto fin a ésta. Ha sido una gran expiación.

La muchacha se arrodilló al lado de gigante de blancos cabellos. Su mano le acarició suavemente los ásperos mechones:

—Más vale así —murmuró—. ¡Oh!, si hubiésemos podido llegar hasta él antes de que fuera demasiado tarde.

—El asesino de Hjalmar Landson ha tenido el fin que merecía —declaró Knut Aage—. Los que querían soltar la fuerza maldita sobre el mundo, han sido destruidos. Mi pueblo puede volver a sus ocupaciones en paz.

—Sí —asintió Doc Savage—. Muchos crímenes han sido vengados. El primero es el del profesor Homus Jasson que fue muerto en mi puerta, en Manhattan. Sospecho que fue a avisarme y otro hombre le tendió una celada.

—Pero, Doc —dijo Ham—. ¿Y esas armas que Homus Jasson traía y el peligroso cobra hamadryade?

—Estoy seguro que pertenecían al otro hombre —dijo Doc—. Quería destruirnos, temiendo que le descubriésemos, cuando Homus Jasson llegó. Después de matar a Jasson, le llenó los bolsillos con las peligrosas armas, convencido que durante algún tiempo estaría al abrigo de toda sospecha.

—¡Maldito sea! —chilló Monk—. ¡Todavía no lo comprendo

todo!

—E1 Presidente de los Estados Unidos se alegrará de lo ocurrido, al propio tiempo que tendrá un gran disgusto —dijo Doc Savage—. El Hombre de Paz que tenéis delante de vosotros, era Arne Dass, el gran hombre de ciencia que desapareció. La señorita Krants y su hermano son Kana y Barton Dass. Fueron los primeros en sospechar que su padre era el causante de las perturbaciones observadas en el océano. Se les hizo agentes del Departamento de Justicia.

—¡Rayos y truenos! —logró decir Renny con voz ahogada—. ¡Así, pues, los que me cogieron en Manhattan, eran una cuadrilla de pistoleros!

—Así parece —asintió Doc, sonriendo—. El hombre en quien Arne Dass confiaba para ayudadle a imponer la paz en el mundo, se dio cuenta de los millones que el asunto entrañaba. Dass lo mandó a Washington para negociar con su propio gobierno. Aquel hombre se puso en relaciones con Kama de San Tao y sus hombres. Luego, logró muchas ofertas de otras naciones.

—Pero ¿y esos hombres de la sangre helada? —preguntó Johnny.

—La persona que era ayudante de Dass era un gran hombre de ciencia también —declaró Doc—. Produjo el rigor mortis en Homus Jasson unos minutos después de su muerte. Tenía el secreto con el cual los leales noruegos quedaban casi insensibles al frío, pero los noruegos luchaban por el Hombre de Paz, Arne Dass. El ayudante se vió obligado a recurrir a los hombres de Kama para lograr sus fines.

—¿De manera que el profesor Callus era el villano, el asesino? —dijo Ham—. ¿Y la muchacha le engañó, intentando salvar a su padre?

—Esto resume la situación —dijo Doc Savage.

—¡Maldición! —chilló de pronto Monk—. ¡He olvidado a Habeas Corpus! Tengo que salir de aquí e ir a buscarle.

—Su extraño cuadrúpedo está bien cuidado —le aseguró Knut Aage—. Mi gente le recibirá de distinto modo cuando regresemos. Les he dado la orden de no hacer el menor daño al animal.

—¡Y esto echa a perder el desenlace de una gran aventura que era perfecta! —declaró Ham—. ¡No hay manera de deshacerse de ese marrano!

FIN

Título original: *The Haunted Ocean*